Gema Samaro

LA ESTRELLA QUE LLEVA TU NOMBRE



LA ESTRELLA QUE LLEVA TU NOMBRE

GEMA SAMARO

©Gema Samaro, junio, 2025
©Todos los derechos reservados
Diseño y composición de portada: NaMaLa
Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

REDES SOCIALES

Sinopsis

Él le puso su nombre a una estrella.

Ella perdió su número.

Doce años después… es su jefe.

¿Y si el chico del que te enamoraste a los dieciocho reaparece doce años después… como tu jefe?

Lis conoció un verano a Marcos. Era guapo, besaba como nadie y le puso su nombre a una estrella. Prometieron llamarse. Pero Lis, experta en perder cosas, también perdió su número. Y Marcos, tras llamar y que le contestara un señor de Soria, la dio por perdida para siempre.

Hasta que la vida los vuelve a juntar…

Doce años después, Lis está a punto de firmar su carta de dimisión tras descubrir que su novio —y jefe de Recursos Humanos — le pone los cuernos con otra compañera.

Y, entonces, aparece él.

Marcos: más guapo, más distante… y ahora, su CEO.

Marcos no piensa dejarla marchar. No solo porque jamás la ha olvidado, sino porque Lis, con su caos y su creatividad sin frenos, es imprescindible para la empresa.

Y le propone un trato: fingir que son pareja. Ambos ganan. Ella fastidia a su ex. Él se libra de Sofía, la vecina perfecta, con la que su abuela insiste en emparejarle domingo tras domingo.

Lis se lo piensa. Pero acepta. Y empieza a recordar por qué Marcos le puso el mundo del revés hace doce años.

Las chispas se avivan. Y un viaje de trabajo los lleva bajo el mismo cielo donde aún brilla aquella estrella, testigo de lo que fueron y de lo que podrían volver a ser.

Pero no todo es tan fácil cuando ella tiene un máster en relaciones desastrosas. Y él un miedo irracional a perder lo que más quiere.

¿Podrán reescribir la historia que nunca terminó?

Una comedia romántica llena de enredos, caos, ternura y química explosiva.

Prepárate para reír a carcajadas, suspirar y enamorarte otra vez.

Capítulo 1

Doce años antes.

El viento que jugaba con el cabello rojo y ondulado de Lis anunciaba que el verano tenía los días contados.

Las olas rompían a pocos metros frente a ellos, que estaban sentados en las rocas, bajo un cielo infinito cuajado de estrellas.

Marcos miró el horizonte, donde el cielo se fundía con el mar, y encontró aquella oscuridad más triste que nunca…

—No quiero que esta noche termine —confesó, en un tono melancólico que se reflejaba en la sonrisa lánguida de su rostro.

Lis suspiró, afectada por la inminencia de una despedida que no quería que llegara:

—Me cuesta creer que esto acabe y que mañana no estaremos aquí.

—Estos días se me han pasado tan deprisa…

—Y a mí —reconoció Lis, encogiéndose de hombros.

—Parece que fue ayer cuando saliste de la heladería con tu absurda gorra dorada de lentejuelas y tus bailarinas de *brillibrilli*.

—¿Absurda? —inquirió Lis, abriendo mucho los ojos.

—Absurdamente bonita, y derramaste tu cucurucho de helado de menta y chocolate sobre mi camiseta —recordó Marcos, divertido.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Qué cara pusiste!

—¡Pensé que había tenido la mala suerte de cruzarme con la más torpe de la playa! —exclamó Marcos, poniendo una mueca de espanto muy graciosa.

—¿Torpe yo? Perdona. ¡Fuiste tú quien te abalanzaste sobre mí cuando yo salía feliz con mi cucurucho! —matizó Lis, haciendo el gesto de que sostenía un helado.

—Y luego te empeñaste en limpiarme la mancha —bufó Marcos, al recordar lo pesada que se puso con aquello.

—¡Y te la hice más grande y más artística! ¡Te dejé la camiseta como un cuadro de Kandinsky! —habló Lis, orgullosa de su obra de arte.

—¡Menudo estropicio me hiciste! —Después se quedó callado, sin dejar de mirarla. Pensó que esa noche estaba más preciosa que nunca, con un vestido azul de lentejuelas y su melena roja al viento, y trató de encontrar las palabras adecuadas, que por fin llegaron cuando confesó—: Pero así empezó el mejor verano de mi vida…

—Ha sido un sueño —repuso Lis, con una sonrisa que él encontró que era la más bonita del mundo.

—O una película.

—Una *peli* en la que los *protas* se enamoran bajo la luz de las estrellas y todo es jodidamente perfecto —precisó Lis, porque esa era la película que había vivido con Marcos durante ese verano en la playa.

—Perfecto, lo que se dice perfecto… —ironizó Marcos, con los ojazos brillantes.

A Lis le encantaban los ojos de Marcos: eran de color avellana y tenía unas pestañas largas y espesas, con las que le gustaba que le hiciera cosquillas en las mejillas.

Y también era alto, atlético, fuerte y guapísimo, con un buen pelazo castaño, ojos espectaculares, nariz recta y sonrisa perfecta, como la que lucía en ese instante cuando ella inquirió:

—¿Lo dices por estas rocas que te dejan el culo dormido o por cuando te pedí que me hicieras una foto junto a la orilla y vino una ola que me mojó entera y me dejó con el pelo pegado a la cara?

—¡La foto quedó genial! ¡Parecías Chewbacca! —comentó Marcos entre risas—, pero lo mío fue mucho más épico.

—Te tengo que dar la razón —afirmó Lis, riendo también—: ya es mala suerte que se te meta una avispa el mojito, pero que te la tragues sin darte cuenta y que te pique en la garganta es algo épico.

—¡Es insuperable! —exclamó Marcos tronchado.

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Qué cabrona la avispa! —recordó Marcos, llevándose la mano a la garganta.

—Flipé cuando me miraste con una cara rarísima y me dijiste: «¡Me ha picado!» —dijo Lis, muerta de la risa.

—Y tú pensaste que me estaba declarando…

—¡Claro! ¿Qué querías que pensara? ¡Pues que te había picado *el bichito del amor*! —exclamó Lis sin parar de reír.

—Ja, ja, ja, ja.

Los dos se quedaron mirándose unos instantes y las sonrisas dieron paso a un mariposeo en el estómago que los dejó desconcertados, porque ninguno tenía ni idea de cómo había ocurrido aquello.

Pero estaban frente a frente, con el rumor de las olas llenando el espacio que había entre ellos, y Marcos solo pudo hacer una cosa.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y, con una seriedad que estremeció a Lis, le pidió:

—¿Me das tu teléfono? No quiero perderte.

Lis asintió. Marcos le pasó el teléfono, ella grabó su número con el corazón latiéndole muy fuerte y los dedos temblorosos y se lo pasó.

—¡Has puesto LisBrilliBrilli! —masculló Marcos, tras leer el nombre que había escrito en la agenda.

—Para que sepas que soy yo —musitó Lis, alzando las cejas.

—No conozco a más Lis que tú. Bueno, la verdad es que no conozco a nadie como tú. Pero me encanta que hayas puesto LisBrilliBrilli —confesó Marcos mientras se guardaba el teléfono otra vez.

Lis sonrió, sacó su teléfono del bolsito y se lo tendió a él, diciendo:

—Como la canción de tu abuela que sonó aquella noche: *Solo tú eres esa chica, que va dejando brillibrilli al pasar…*

Lis canturreó la canción que había compuesto la abuela de Marcos, quien escribía canciones de amor para artistas de éxito, como aquella del *brillibrilli*, que creó para un cantante llamado Gael, y que sonaba sin parar el verano en el que se conocieron.

—¿Sabes que ese tema mi abuela lo compuso para mí? —le contó Marcos, alzando las cejas.

—¿Cómo que para ti?

—Mi abuela compuso esa canción pensando en cómo sería la chica de mis sueños. Y resulta que acertó porque es igualita a ti…

A Lis le gustó tanto escuchar aquello que, con una sonrisa enorme, le pidió:

—Dame tu teléfono, que tampoco quiero estar buscándote en Internet.

—Allí no me vas a encontrar. No tengo redes ni nada —le informó Marcos, tras agarrar el teléfono móvil de Lis.

—Yo tampoco —aseguró Lis, con una sonrisa de complicidad.

Pero como también podía complicar las cosas que a ambos no les gustaran las redes sociales, Marcos trató de arreglarlo diciendo:

—Me llamo Marcos Aguirre y vivo en la calle Barquillo, 8.

—Vale —asintió Lis, a la que la ansiedad de Marcos por seguir en contacto le pareció de lo más adorable.

—¿Sabes dónde está?

—No, pero lo busco —respondió Lis, con una sonrisa cálida y ancha para que se tranquilizara.

—¿Lo encontrarás? Como eres una brújula estropeada… —replicó Marcos, que ese verano había comprobado que Lis solía desubicarse con facilidad.

—Ja, ja, ja, ja.

—Te pierdes hasta en tu casa y lo entiendo porque eres una tía creativa con un mundo propio increíble…

—Llevo toda la vida viviendo en pueblos de la sierra —le interrumpió Lis—, pero te garantizo que cuando bajo a Madrid siempre llego a mi destino. A veces me desoriento un poco y conozco barrios nuevos…

—¿Barrios nuevos? —inquirió Marcos, doblado de risa.

—Sí, pero tú *tranqui* que llego. Mi madre y yo nos vamos a mudar y no sabemos adónde. Ya te lo diré, de momento, tienes mi número. Me llamó Lis Sánchez.

Lis le tendió la mano. Él la estrechó con ganas y luego exclamó:

—¡Me encanta!

—Ja, ja, ja, ja.

—En serio, ¡me encanta cómo suena Lis Sánchez! Es muy tú. La S se estira y me hace cosquillas en los labios como cuando me besas.

Se miraron, sonrieron como si en el mundo no hubiera nada más que ellos y Lis le pidió para que esa magia no terminara:

—¡Apúntame tu número!

Marcos, con un nudo en la garganta, escribió su nombre y su número, sintiendo que estaba sellando la promesa de que no la olvidaría jamás.

Ninguno quería hacerlo. El verano había sido demasiado especial como para dejarlo todo ahí.

Las risas, la complicidad, los besos infinitos, los amaneceres, los helados de cucurucho, los mojitos, los atardeceres en la playa, los paseos en Vespino, el melón que robaron de un huerto de un pariente lejano de Marcos…

—Hoy no podré ver el amanecer contigo. Mi padre quiere salir a las cinco de la mañana para evitar los atascos —habló Marcos, tras devolverle el teléfono que ella guardó.

Luego, Lis bajó la mirada, porque le entraron unas ganas tremendas de llorar y no quiso estropear el momento con sus lágrimas.

Sin embargo, Marcos la agarró por la barbilla para que le mirara, le retiró un mechón de pelo que le caía por el rostro y le aseguró:

—No te pongas triste, porque esto va a tener una secuela.

—¿Qué es «esto» exactamente? —inquirió Lis con el corazón encogido.

Marcos la abrazó fuerte y cerró los ojos para no olvidar absolutamente nada: ni el calor del cuerpo de Lis, ni los latidos de su corazón acelerado, ni las formas de su espalda, ni la suavidad de su piel, ni su olor a flores mezclado con el olor a sal del mar.

Después, se apartó un poco de ella y la miró, queriendo memorizar para siempre el color chocolate de sus ojos almendrados, las pecas que salpicaban su rostro, la boca gruesa, la nariz recta que acababa en una pequeña curvatura redondeada, el cuello largo, las clavículas marcadas, los pechos suaves, las caderas sinuosas, las piernas interminables y los pies bonitos y delicados, con las uñas pintadas a medias de un color rosa chillón.

Todo en ella le volvía loco.

Y la besó en el cuello, Lis se estremeció al sentir el aliento de Marcos rebotando en su cuello y se miraron.

Las miradas se entrelazaron, se miraron a las bocas, se besaron otra vez y el mundo se detuvo, como siempre que sus lenguas se

enredaban en un baile que los dejaba sin aliento.

Y con ganas de más.

De mucho más.

—Va a ser imposible que me olvide de ti —aseguró Marcos, con los labios rozando los de ella.

—Ojalá.

—¿Sabes por qué va a ser imposible?

—No —dijo Lis, sonriendo una vez más.

Marcos levantó la vista al cielo, señaló una estrella que brillaba solitaria sobre el mar y preguntó:

—¿Ves esa estrella?

Lis se fijó en esa estrella que brillaba en medio de esa oscuridad y asintió:

—Sí.

—Desde hoy esa estrella se llama Lis.

Lis apoyó la cabeza en el hombro de Marcos, con los ojos empañados por la emoción y replicó con los labios temblorosos:

—¡Es una pasada!

Marcos apoyó la mejilla cálida sobre la de Lis, la agarró de la mano y le dijo, como si esas palabras fueran un hechizo contra el olvido:

—Cada vez que mire el cielo sabré dónde encontrarte.

Lis le miró con los ojos tan brillantes como la estrella y le dijo, tras señalar el bolsillo donde guardaba el teléfono:

—También me tienes grabada en tu lista de contactos.

—Y también sabes dónde vivo —insistió Marcos.

—Esto solo es un hasta pronto —repuso Lis, convencida de ello.

Marcos se mordió los labios, tragó saliva y se sinceró con ella:

—Es la primera vez que me pasa esto con una chica.

Lis sonrió, con un nudo en la garganta y sin saber qué decir como siempre que él la miraba, de la manera en la que lo estaba haciendo en ese momento.

Marcos la besó de nuevo, y Lis confesó con los ojos llenos de lágrimas:

—Jamás he sentido esto por ningún chico.

—A lo mejor, si te sigo besando, el verano no termina nunca.

—Prueba, a ver si funciona… —habló Lis, con una sonrisa traviesa.

Marcos llevó la mano a la nuca de ella, deslizó los dedos por el cabello sedoso, acercó su boca a la de Lis, la acarició suavemente con los labios y la besó con intensidad y profundidad, con los ojos cerrados y el sonido del mar de fondo, como si fuera el eco lejano de lo que estaban pensando.

—No quiero que esto termine —masculló Marcos, con la voz quebrada por la emoción.

Lis, que aún tenía los ojos cerrados por el beso, los abrió y replicó con el corazón latiéndole muy fuerte:

—Algo tan bonito no puede terminar.

Marcos pensaba lo mismo, pero sintió de pronto un zarpazo de ansiedad en la boca del estómago que logró disipar tras mirar de reojo a su estrella.

—Si pasara algo, búscame.

—¿Qué va a pasar? —inquirió Lis, arrugando el ceño.

Marcos resopló, y no le quedó más remedio que hacer inventario de todas las cosas que Lis había perdido durante esos días:

—Este verano has perdido dos gorras, una pulsera, la lista de la compra que hizo tu madre, las entradas del cine…

—Ja, ja, ja, ja.

—En serio —replicó Marcos, que se negaba a que fuera lo siguiente que perdiera.

—El teléfono no lo voy a perder. ¡Mi madre me mata! —le aseguró Lis, para que se quedara más tranquilo.

—Eso espero. De todas formas, ¿por qué no me das tu correo electrónico por si las moscas? —le pidió Marcos, que no soportaba la sensación de no tenerlo todo bajo control.

—Tengo un montón y no recuerdo la contraseña de ninguno —repuso Lis, que era exactamente opuesta a él.

—Apunta mi correo y cuando tengas uno me escribes.

—No voy a perder tu teléfono —insistió Lis.

—¿Por qué no quedamos el próximo domingo en algún sitio? ¿En el estanque del Retiro? —propuso Marcos, por tener un plan E, además de un B, un C y un D.

—Aún no sé qué haremos el domingo. Llámame antes y quedamos donde sea.

—Perdona, pero soy de los que planifica hasta el caos… —se justificó Marcos, con un apuro tremendo.

—Ja, ja, ja, ja. ¡No me había dado cuenta! —ironizó Lis.

—Pero por si pasara algo y perdemos el contacto, te recuerdo que voy a estudiar Ingeniería Informática en…

Marcos no pudo terminar la frase porque Lis le besó en los labios y le dijo para zanjar de una vez el tema:

—Tranquilo, que no voy a desaparecer como la huella de la pisada de la gaviota Paca sobre la arena mojada.

—Jo, Paca. ¡Cómo la voy a echar de menos! —bromeó Marcos.

—¡Jamás olvidaré su graznido agudo y molesto como la alarma de los noventa del reloj Casio de mi abuelo!

Marcos se llevó la mano al corazón y confesó, extrañando a Lis, y eso que aún les quedaba un rato para estar juntos:

—Yo sí que siempre voy a llevar conmigo el recuerdo de este verano.

Lis sonrió con el corazón desbocado y susurró con ternura:

—Yo tampoco te voy a olvidar, ni aunque quiera… ¡y por supuesto que no quiero!

—¡Menos mal!

—Olvidarte sería como olvidar mi canción favorita… —afirmó Lis, batiendo las manos.

—Tú tienes miles de canciones favoritas. Y te inventas las letras de casi todas…

Lis pensó que Marcos tenía razón. Le encantaba inventarse las letras de las canciones y cantárselas a grito pelado, por lo que replicó:

—Pero de ti me voy a acordar siempre, porque también te llevo en el corazón y porque esto no ha hecho más que empezar…

Capítulo 2

Actualidad.

Pasaron doce años y a Lis le dio tiempo a hacer muchas cosas. Cambió tres veces de carrera, diseñó miles de cosas con *brillibrilli*, hizo varias exposiciones de arte inmersivo en polígonos destartalados, intentó organizar su armario, la nevera y su vida con todo tipo de métodos… en vano. Y, finalmente, aceptó que su verdadera vocación era inventar, y se graduó en Diseño Industrial y Desarrollo de Producto.

Estuvo unos años trabajando en una empresa donde diseñó productos como aspiradoras y cafeteras, a las que hizo un hueco en su apartamento de treinta metros. Luego cambió de empresa y se dedicó al universo de los embalajes y los envases.

Y así estuvo hasta que se hartó del diseño de objetos, se pasó al diseño de experiencias y entró en una *startup* dedicada al desarrollo de *apps*, donde sus ideas locas, su caos creativo, su obsesión por estar siempre inventando y su afición por romper las reglas la llevaron al puesto de directora de Innovación.

Lis era esa chica que se pasaba las reuniones haciendo garabatos en su cuaderno de unicornios y luego, inesperadamente, abría la boca, hacía una pregunta, extrañísima, y lo terminaba solucionando todo.

Y en cuanto al amor, durante esos años se había colgado de un montón de idiotas, hasta que descubrió el motivo.

Aprendió de todo. Siguió adelante, porque a Lis nada la detenía.

Y, entonces, apareció Mateo.

El director de Recursos Humanos de su empresa, con quien construyó una vida en torno a la gran patraña de que él no era como los demás.

Y lo era.

Hacía tres días que había descubierto que le ponía los cuernos con Begoña, la contable con la que Mateo no paraba de irse a tomar cafés a la máquina y a follar como si no hubiera un mañana en el parking que tenía frente a su despacho.

Con ese panorama, y a pesar de que amaba su trabajo, ya no tenía ganas de innovar nada, solo de vengarse, por lo que lo mejor era salir cuanto antes de la empresa.

Y reinventarse en otro continente… Pero, de momento, se quedaría en el apartamento de su amiga Ava, en Rivas, porque no pensaba poner ni un pie en el pisito donde había estado viviendo con Mateo.

Es que ni iba a volver a por sus bragas de la suerte…

No quería saber nada más de ese cerdo.

Con esa convicción, un bonito día de mayo, soleado y radiante, estaba sentada frente al monitor, a punto de terminar de redactar su carta de renuncia, cuando escuchó unos golpecitos con los nudillos en la puerta de su despacho, cómo esta se abría y, finalmente, una voz dulce —de esas que se usan para fingir que no has roto un plato — que preguntó:

—¿Tienes un minutito, Lisi?

Lis detestaba que la llamaran Lisi, a las personas que le pedían minutitos y sobre todo si se llamaban Begoña, hablaban con palabritas recubiertas de miel que solían incluir un aguijón, llevaban la melenita por los hombros tan colocada que en la ofi se decía que dormía de pie y se habían estado follando a su novio a sus espaldas.

Lis levantó la cabeza del monitor y la vio con el traje de chaqueta de color *beige* que provocaba bostezos a su paso, la sonrisa afilada y la mirada que pretendía ser inocente, pero que lo único que desprendía era cinismo:

—No tengo minutos para ti, pero ya que estás dentro…

Lis minimizó la ventana de Word para que Begoña no cotilleara lo que estaba haciendo, mientras se recordaba a sí misma que todas sus provocaciones tenían que rebotarle como los bichitos en el parabrisas de su Golf amarillo.

Adoraba su coche. Mateo quería que lo hubieran comprado a medias. Y ella se había negado. Su Golf era suyo. Y en ese momento se alegró más que nunca de haber tomado esa decisión.

No estaba para hacer custodia compartida del coche y coordinar quién se lo quedaba los fines de semana.

Y mientras Lis estaba sumida en esos pensamientos, Begoña recortó la distancia que las separaba, se plantó frente a ella aferrada a su móvil y a un cuaderno de tapa gris oscura, igual que ella, y le habló haciendo el papelón de buena chica. Papelón, porque ¿cómo iba a ser buena chica una tía que se pasaba el día diciéndole a la cara a la gente que estaba más gorda, más flaca, más ojerosa, con el pelo más estropajoso… como si en su casa no tuvieran espejos?

—He venido a pedirte que no te tomes esto de forma personal. Simplemente ocurrió. Y empezó como algo muy profesional.

—¿Profesional? ¿Le pagabas por tirártelo en el ascensor? —ironizó Lis, poniéndose de pie frente a ella.

—Lisi, vengo de buen rollo. No me hagas esto más difícil —le pidió Begoña, haciendo un puchero que Lis encontró de lo más ridículo.

—Pobre —farfulló Lis, sin pestañear.

—Para nosotros no está siendo nada fácil esta situación. Ninguno lo buscábamos, pero tenemos muchas reuniones de equipo y sin saber cómo…

—Te tropezaste y caíste encima de su polla —la interrumpió Lis, alzando las cejas.

—Por favor… —murmuró Begoña, haciéndose la digna.

—¿Qué? —replicó Lis, encogiéndose de hombros.

—No seas zafia.

—Perdona, caíste encima de su gusanito.

—Surgió la chispa —contó Begoña, con una sonrisa que no pudo resultar más falsa.

—*Networking* horizontal creo que lo llaman… —ironizó Lis.

—Lo que te estoy queriendo decir es que empezó a nuestro pesar. Éramos compañeros y de pronto…

—Se os fue de las manos la dinámica grupal —le interrumpió Lis, porque ya no podía más. Y lo que le faltaba era tener que aguantar la chapa de esa tía explicándole con condescendencia los cuernos que le habían puesto.

—Nunca me había pasado esto —reconoció Begoña, agitando el teléfono al aire.

—Pues mis ladillas que te llevas…

—¿Qué? —replicó Begoña estupefacta.

—No tengo. ¿Tú sí? —repuso Lis, llevándose la mano al pubis con cara de espanto.

Begoña resopló, la miró con superioridad moral y comentó como si acabara de escaparse de un retiro de respiración consciente:

—Entiendo que llevabas tres años con él, pero Lis te repito que fue algo que no busqué.

—¿Nunca te habías follado a un tío que tiene novia? ¡Soy tu excepción al respeto más básico! —gritó Lis, haciendo aspavientos con las manos.

—No es solo sexo —dijo Begoña en un tono frío, pausado y neutro que irritó más a Lis.

—Hablas como si fueras mi terapeuta, con ese tonito tan clínico. ¿Me vas a preguntar también cómo me hace sentir eso? —inquirió Lis, mordaz—. Solo espero que después no tengas la cara de endosarme también la factura por la sesión de terapia.

—Estoy aquí para te enteres de lo que ha pasado por mí. No por los cotilleos de la *ofi* —afirmó Begoña, encantada de haberse conocido y convencida de que estaba haciendo lo correcto, aunque Lis no pudiera comprenderla.

—Me enteré por el video de la cámara de seguridad del parking —habló Lis y Begoña se quedó lívida porque era la primera noticia que tenía. Mateo le había contado que Lis ya sabía que estaban liados, pero no le había detallado cómo se había enterado—. Hablé con el vigilante porque no encontraba el bolso y yo creía que se me había caído en el parking. Revisamos el video y apareció una peli porno de bajo presupuesto protagonizado por mi novio y Begoñikiñiki, la de Contabilidad.

—No me ridiculices llamándome así —le pidió Begoña, con un temblor de ojo que se le puso de pronto.

—¿Y tú qué haces cuando me llamas Lisi? —replicó Lis sintiendo que se acababa de adjudicar un buen puntazo.

—Lo mío es cariñoso. Lo tuyo es ofensivo, porque lo mío con Mateo es amor.

—¿Amor a qué? ¿A quitarle el novio a otra?

—Ya te he dicho que es la primera vez que me pasa algo así. No soy una *robachurris*. Y créeme que luché con todas mis fuerzas, pero

hay cosas que son tan grandes que no se pueden evitar.

—Lo grande no será su pene…

—Lis, por favor —le interrumpió con ese tonito como si fuera la más evolucionada espiritualmente de la *ofi*.

—Es lo que hay —dijo Lis con unas ganas tremendas de abrir la ventana, y no para suicidarse, sino para que se le revolviera a esa tiparraca la ridícula melenita perfectamente planchada y, de paso, se volara también todo ese rollo zen, buena onda, que iba a obligarla a tomarse un Almax. Y, a continuación, añadió—: Solo espero que no follaráis en mi sofá naranja…

—Somos muy respetuosos. Tan solo nos bebimos tu botella de vino caro… Me apetecía un calimocho —confesó con esa vocecita melosa y Lis ya no pudo contenerse más.

—¡Zorra! —le espetó Lis.

—Parece que te importa más tu vino que Mateo —replicó Begoña, haciéndose la ofendida.

—Pues mira, sí. Él es culpable de todo.

—Por favor, ¡no quiero guerras! —habló Begoña con una actitud intachable, como si no acabara de reconocer que había hecho algo tan imperdonable como birlarle al novio, y mezclar su Vega Sicilia con Coca-Cola.

Y a Lis, de pronto, se le ocurrió algo para devolverle el golpe que le iba a molestar más que abrir una ventana y arruinarle la melenita, y dijo con una sonrisa triunfante:

—Me conformo con un empate, ¿me puedes pasar el teléfono de tu padre que estoy deseando que nos ocurra algo juntos que no podamos evitar? ¡Sigamos destrozando matrimonios!

Begoña se descompuso como la mantequilla que lleva una semana fuera de la nevera, se quedó rígida y farfulló:

—Esto es precisamente lo que no quiero. Entiendo que esta situación puede ser incómoda para ti.

—Como un taconazo de tres tallas menos —le soltó para que empatizara con su dolor.

Begoña chasqueó la lengua, soltó el móvil y el cuaderno, junto las manos como si fuera a bendecirla y le dijo con ese tonito suave cargado de veneno:

—Pero vamos a tener que seguir trabajando juntos y debemos comportarnos como adultos. Hay que priorizar el trabajo por encima de nuestros pequeños dramas…

—La verdad es que lo que Mateo tiene en las piernas es un pequeño drama. ¡Nunca encontraremos una definición mejor! —exclamó Lis, tras soltar una carcajada.

—Deja de mostrarte tan pasivo-agresiva, con tu sarcasmo típico de las personitas reventadas y amargadas de la vida, y seamos civilizadas.

Lis, que estaba hasta la coronilla de esa tía, repuso para acabar cuanto antes.

—Me parece bien.

Begoña sonrió, convencida de que había ganado y replicó tras volver a coger el teléfono y el cuaderno:

—Lo celebro. Lo más maduro es pasar página rápido. Esto son cosas que suceden todos los días. ¿No te parece? Centrémonos en que esté todo bien en el trabajo, en que haya un buen clima laboral, dejemos a un lado los temas personales y sigamos adelante como adultos.

Lis aplaudió el discursito hipócrita y luego le soltó a Begoña:

—¿Sabes cuál va a ser la primera cosa que haga civilizada, adulta y madura?

—No tengo ni idea —masculló Begoña, desconcertada. Porque con Lis nunca se sabía, en las reuniones de trabajo siempre sucedía lo mismo. Parecía que se las pasaba en las musarañas y, de repente, abría el pico… y tenía una idea brillante. Así que expectante, añadió —: Sorpréndeme.

Lis esbozo una sonrisita, entrecerró los ojos y replicó con una voz asquerosamente dulce:

—Te voy a pedir que salgas de mi despacho.

—Lis… —farfulló Begoña, tiesa total.

Lis señaló a la puerta con el dedo y, con la rabia bien colocada, exclamó en un tono directo que no admitía réplica:

—¡Sal antes de que te siente con mis propias manos en la silla giratoria y llegues dando vueltas sobre tu eje al parking!

Begoña se dirigió a la puerta y salió del despacho con su traje aburrido y su hipocresía barata, sin decir ni mu.

Lis respiró aliviada al perderla de vista, volvió a sentarse frente al monitor y empezó a redactar la carta de renuncia que iba a mandar al correo electrónico del traidor de su ex.

Tenía claro que Begoña solo había contribuido al desastre, pero que el verdadero culpable de todo era él, que le había mentido, la había traicionado y se había pasado por el forro el pacto que tenían de exclusividad sexual y afectiva.

Por eso, junto a la carta de renuncia, iba a adjuntar en el cuerpo del mensaje un texto solo para él, con el que le iba a ajustar las cuentas con una buena dosis de sarcasmo fino y sin la más mínima muestra de perdón.

Porque, entre otras cosas, él tampoco se lo había pedido…

Así que primero terminó la carta de renuncia, más profesional, formal y aséptica, pero con sus puntazos de ironía ~~camuflada~~, que quedó así:

A la atención de:
Mateo Antúnez
Director de Recursos Humanos de TechOm471.

Asunto: Renuncia voluntaria

~~Estimado~~ Mateo:

Por la presente, comunico mi renuncia voluntaria al puesto de Directora de Innovación, con la intención de respetar el plazo de preaviso establecido en el convenio.

Yo soy de respetar… Yo sí.

Ha sido una experiencia increíble trabajar en esta empresa, pero no me queda más remedio que dar por concluida esta etapa, no porque sea incapaz de afrontar la nueva realidad, sino porque mis principios me impiden estar en un lugar donde hay personas que no los respetan.

¿Te doy las iniciales? No. No creo que haga falta. Todo el mundo sabe dónde está el despacho del tío más traidor de la empresa.

Agradezco todo lo que esta casa ha hecho por mi crecimiento profesional y personal, y me voy presumiendo de que siempre he ido de frente.

No todos pueden decir lo mismo, pero yo sí. Y a boca llena.

Igualmente, la compañía puede contar con mi firme compromiso de facilitar el proceso de transición (porque yo sí que tengo palabra, no como ~~otros~~ tú).

Atentamente,

Lis Suárez

Tras firmar la carta, guardó el documento en PDF y se lanzó a escribir el correo electrónico al que iba a adjuntar la carta.

De: LisInno

Para: MateoRRHH

Asunto: Mi carta de renuncia y otras cosas que no pienso quedarme sin decir

Buenas,

Adjunto te envío mi carta de renuncia en PDF, por si quieres imprimirla, ponerla en un marco de plata y colgarla en la pared de tu despacho, junto a tus títulos.

¡Este ha sido tu último gran logro, machote!

Me piro.

No me apetece seguir trabajando contigo ni seguir viendo a diario ese careto que tienes de estreñido.

Te dejo todas mis cosas, porque no pienso volver por allí ni quiero nada que me recuerde a ti.

Lo del Vega Sicilia, que tenía guardado para celebrar algo importante, no te lo voy a perdonar jamás.

Y hoy, en cuanto salga del trabajo, me iré a comprar otra botella para celebrar que pronto vendrán otras ofertas de trabajo, otros proyectos, otros planes y otra autoestima mucho más fuerte, gracias a ti.

Porque esto solo va a hacer que por fin esté en mi puto prime.

Así que ahí te quedas tan feliz con tu Begoñikiñiki, y ni se te ocurra responder a este mensaje.

~~Un saludo,~~

Lis

P.D: A pastar.

Después colocó el cursor en «Enviar» y cuando estaba a punto de hacer clic, pensó que lo mejor era imprimirlo y entregárselo en mano a ver qué cara se le quedaba a ese cretino.

Mandó los documentos a imprimir, los recogió, se levantó, salió del despacho, cruzó la oficina bajo la mirada cotilla de sus compañeros y, justo antes de llamar a la puerta del despacho del traidor, escuchó una voz grave, *sexy* y firme, como de un tío acostumbrado a mandar y mucho, que dijo:

—¿Lis? ¿Lis Sánchez…?

Lis dio un respingo porque nadie la llamaba por su antiguo apellido. Se giró despacio y desganada porque ya había tenido suficientes marrones por ese día, y entonces lo vio…

A él.

A Marcos.

Su Marcos…

Capítulo 3

Lis no podía creerlo.

El chico que puso su nombre a una estrella.

El que le enseñó a montar en Vespino.

El que besaba como nadie.

A quien le estampó un helado de menta y chocolate.

Y con quien robó un melón, tronchados de la risa…

Estaba frente a ella, doce años después.

Llevaba el pelo más corto, y lo tenía todo mucho más marcado, desde la mandíbula a los pectorales.

Estaba más bueno que nunca.

Lleva un traje a medida azul marino, una camisa blanca impoluta, una corbata roja y un reloj con el que marcaba estatus. Mogollón de estatus.

Sin duda, era un pez gordo.

Y se alegraba mucho por él, aunque tenía pinta de que ya no se reía a carcajadas, ni besaba incansablemente bajo las estrellas, ni robaba melones.

Tenía los mismos ojos de color avellana con los que le hacía cosquillas con las pestañas, pero la mirada ya no era la misma.

Marcos —su Marcos— la miraba ahora con una frialdad como si aquel verano jamás hubiera sucedido.

Y fue tal impacto para ella que preguntó con una mezcla de pena, nostalgia y alegría por volverle a ver:

—¿Marcos?

Marcos le tendió la mano y le dijo tras apretar las mandíbulas y con una hostilidad que a Lis la dejó alucinada:

—Marcos Aguirre, soy el nuevo CEO. Y tú eres… —Lis se quedó más perpleja todavía cuando Marcos no dijo nada por unos instantes, bajó la vista hasta sus tetas y habló mirándola otra vez a los ojos: —Tú eres Lis.

—¿Te has acordado por mis tetas? —preguntó Lis, llevándose la carta de despido al pecho—. A ver, que sigo teniendo las mismas, pero después de lo que pasó entre nosotros, que actúes conmigo

con ese aire de jefe implacable y cabronazo, la mirada dura y la sonrisa congelada, me parece de un insensible y de un…

—No te estaba mirando las tetas —interrumpió Marcos que, a pesar de estar enfadadísimo con ella, tuvo que morderse los labios para no soltar una carcajada.

—¿Y qué mirabas entonces? —replicó Lis, retirando los folios del pecho.

—La tarjeta identificativa donde pone que te llamas Lis Suárez. En eso también me mentiste —respondió Marcos con una mirada más dura todavía.

—Ya te contaré la historia de mi nuevo apellido. Sigue empezando por S… —comentó Lis, esperando despertar al Marcos que ella conoció y que tenía que seguir dentro de él.

Pero de ese Marcos parecía que ya no quedaba nada, porque le reprochó con rabia y frialdad:

—Me mentiste en todo.

Lo que Lis no sabía era que Marcos en ese instante no solo tenía un cabreo tremendo con ella y el orgullo herido, sino que también tenía unas ganas de besarla que se moría.

Porque estaba más guapa que nunca.

Una guapura que no era de esas de modelo despampanante, sino de chica natural con la que no puedes parar de reír y de la que acabas colgado hasta las trancas.

Llevaba la melena larga, suelta y ondulada, seguía oliendo de esa manera que le volvía loco, en su mirada aún estaba esa chispa y en los pies lucía unas *zapas* de *brillibrilli* que le trajeron demasiados recuerdos.

Porque seguía siendo Lis. Su Lis.

La chica de la que se enamoró como nunca, aunque luego llegara el desengaño…

—Cuando llegué a casa me di cuenta de que tu número no estaba en mi agenda —contó Lis, a la que se le quebró la voz.

Pero a Marcos ese intento por justificar que desapareciera de su vida le irritó más todavía, porque le sonó a que también formaba parte del guion de la mentira que vivió, y le recordó muy enojado:

—Lo guardé con mis propios dedos.

—No lo debiste dar a guardar —negó Lis, con un punto de tristeza en la mirada.

—¿Cómo que no? —replicó Marcos, indignado, como si Lis intentara tomarle el pelo.

—Tu número estaba en la agenda. No se grabó, pero tú podías haberme llamado y nunca lo hiciste… —le reprochó Lis, porque ella se quedó esperando esa llamada que nunca llegó, hasta caer en el aburrimiento y la desesperación.

—Llamé, pero el teléfono pertenecía a un señor de Soria —repuso Marcos, sintiendo que ella se estaba recochineando vilmente de él.

Sin embargo, Lis abrió mucho los ojos, dio un respingo, se llevó la mano a la boca y exclamó espantada:

—¡No!

Marcos pensó que se le daba muy bien hacer teatro, pero que no la creía para nada y de nuevo insistió:

—No me diste bien el número.

—Era un número nuevo y a veces soy un poco disléxica —masculló Lis, lamentando la suerte que tuvieron.

—Ya —farfulló Marcos, sin molestarse en disimular su incredulidad.

—A veces cambio el orden de los números, sobre todo si estoy nerviosa o agotada —explicó Lis, para que la entendiera.

Marcos podía entender que lo del teléfono hubiera sido error de tipeo, pero tenían hasta un plan Z…

—Te estuve esperando en el Retiro y me quedé hablando con una paloma —dijo él, recordando lo estúpido que se sintió.

—¡Y yo estuve esperándote en el parque hasta que cerraron! —exclamó Lis, que no entendía nada.

—¿Cómo es posible que no nos viéramos ese domingo? —preguntó Marcos, y sin poder librarse de esa sensación de que le estaba tomando el pelo.

—¿Cómo que domingo? —inquirió Lis, estupefacta.

—Te propuse que quedáramos el domingo.

—¡No me digas! —exclamó Lis, llevándose la mano a la frente y sintiéndose fatal—. Entendí que el sábado. Es que a veces también tengo problemas para memorizar las secuencias cortas como las

estaciones, los meses del año o los días de la semana. Pero fui a buscarte a tu casa…

—¿A mi casa? —replicó Marcos a la vez que pensaba que cómo podía tener el morro de reírse en su propia cara.

—Me planté en la calle Velilla.

—No vivo en la calle Velilla —murmuró Marcos, echando humo hasta por las orejas.

—Ah, ¿no? —preguntó Lis, con una inocencia que a él acabó de sacarle de sus casillas.

—Mis padres viven la calle Barquillo —refunfuñó Marcos.

—¿Era Barquillo? —quiso saber Lis tras morderse el labio inferior ante tanto despropósito—. Me quedé con que el nombre de la calle tenía que ver con algo relacionado con el mar y acabado en illa.

—Lis ¿tú piensas que soy imbécil? —preguntó Marcos, harto.

—Te lo digo en serio. Me fui al número dieciocho de la calle Velilla.

—¡Mi número es el ocho! —exclamó Marcos, con la vena del cuello hinchada.

—¡No te pongas así! —le pidió Lis, porque para ella había sido igual de doloroso.

—¿Y cómo quieres que me ponga?

—Ya te digo que me lío con los números. Y luego te busqué en redes por si te hubieras creado un perfil, incluso me planté en varias facultades donde imparten Ingeniería Informática y no te encontré. Nadie conocía a Marcos Aguilar…

—¿Aguilar? —inquirió Marcos, que se apretó el puente de la nariz y le exigió—: Mira, mejor déjalo.

—Te estoy diciendo la verdad —dijo Lis en un tono que sonó de lo más creíble.

Pero Marcos no pensaba dejarse engañar una vez más y le soltó:

—La verdad es que estuve buscando a Lis Sánchez por todas partes hasta que acabé aceptando que me había hecho *ghosting*.

—No te hice *ghosting*, sucedió lo que te estoy contando —repuso Lis, con la mirada vidriosa y una pena tremenda.

Marcos pensó que se le daba genial la interpretación, pero esta vez no se iba a creer el papelón y dijo:

—No sé si al destino le molan las comedias románticas o que yo tengo muy mala suerte, porque de todas las empresas que hay, he tenido que comprar la que tiene como activo a la experta en desaparecer sin dejar rastro.

Lis podía llegar a entender que Marcos reaccionara de esa forma, pero no iba a parar hasta que se percatara de que ella también había sido víctima de esa situación:

—Lo que nos sucedió fue un desastre. Una tragedia moderna. Lo pasé fatal. Sentí como que nuestra historia tan bonita de pronto la había absorbido la gravedad del caos.

—Como si un agujero negro se hubiera tragado mi mejor verano —matizó él, sintiéndose estafado.

—Pero el agujero nos ha escupido de vuelta y aquí estamos en la misma órbita, como si nunca hubiéramos dejado de girar el uno alrededor del otro.

—Yo nunca dejé buscarte… —se sinceró Marcos, de un modo tan conmovedor que Lis volvió a reconocer al chico del que se había enamorado.

—Yo tampoco —musitó Lis con un nudo en la garganta.

Si bien la mirada de Marcos se endureció de nuevo y replicó en un tono bronco:

—No te creo.

—Mi cerebro me jugó una mala pasada, mezclé números y cambié palabras, pero estamos de nuevo frente a frente —insistió Lis, con una mezcla de frustración, tristeza y esperanza.

—¡Menuda broma cósmica! Adquiero una empresa y me llevo de regalo volver a toparme con la chica que me dio plantón —replicó Marcos con un sarcasmo que a Lis le sentó como un tiro.

—No te di plantón —afirmó Lis poniéndose seria—. ¡Y estoy feliz de que el destino de nuevo nos haya juntado! —reconoció después esbozando una pequeña sonrisa.

—Como tu nuevo jefe… —le recordó Marcos por si había olvidado ese pequeño detalle—. ¿Por qué tengo la sensación de que el universo está jugando conmigo?

Lis puso una mueca de desagrado, negó con la cabeza y le informó:

—No vas a ser mi jefe.

—¿Cómo que no? —replicó Marcos, porque esa posibilidad simplemente no existía en su cabeza.

—¿Sabes que es esto? —le preguntó Lis, agitando los folios al aire.

—Que me estás evitando otra vez. Con lo que confirmo que lo tuyo no fue un error sino un ensayo general —le reprochó Marcos, con un tono de decepción y de advertencia.

—Es mi carta de renuncia —le aclaró Lis, molesta con la terquedad de Marcos—. Justo cuando has aparecido, estaba a punto de entregarla.

—¿Renuncias porque he comprado la empresa? —quiso saber Marcos, dolido, con una decepción profunda y con la rabia contenida, más por dignidad que por otra cosa.

—La renuncia no tiene nada que ver contigo —le dijo Lis, para que no se lo tomara como algo personal—. Además, no teníamos ni idea de quién nos iba a comprar. Has mantenido el secreto hasta hoy mismo.

A Marcos le gustó saber que la renuncia no tenía nada que ver con él, pero con todo le habló impasible y con el tono directo y profesional propio de un CEO, no del chico que robaba melones:

—La compra se hizo a través de un fondo, no quería que hubiera filtraciones que echaran por tierra la operación. A la antigua dirección también le convenía el secretismo para evitar rumores y fuga de talento. Así que en el acuerdo incluimos una cláusula de silencio hasta el día del anuncio oficial. A las doce reuniré a la plantilla y les comunicaré que soy el nuevo CEO. Pero mientras tanto quiero ver con mis propios ojos cómo funciona todo y sin que la gente haga el paripé porque aún no saben quién soy.

—Has hecho una buena adquisición. Es una buena empresa, con buen equipo, buenos resultados… —opinó Lis, a la que le molestó bastante que Marcos le hablara de esa forma tan fría y tan ceremoniosa.

¿Dónde estaba el chico que se bebía mojitos con avispa?, se preguntó.

Y mientras ella estaba con ese runrún, él la interrumpió para decir:

—Es una empresa que incluye un fantasma del pasado. ¿Qué probabilidad había de encontrarte, una entre…?

—¿De verdad que piensas que desaparecí porque me dio la gana? —le interrumpió esta vez Lis a él, porque la tenía frita—. No tenía más que un nombre y una dirección equivocadas. ¡Lo pasé fatal!

Marcos no podía creerla. Ya no. Y sin mostrar ni un ápice de emoción, porque ni de coña iba a mostrarse vulnerable con ella, sentenció:

—Tardaste en olvidarme lo que duró el trayecto de regreso a casa.

Lis, agotada y frustrada de dar explicaciones otra y vez, y de que para él sus palabras solo fueran excusas baratas, replicó:

—Lo que tú digas… En fin, tengo que presentar mi carta de renuncia. No voy a quedarme.

—¿Por mí? —insistió Marcos.

Y Lis esta vez respondió, porque tampoco quería estar a las órdenes de un tío que no confiaba en su palabra:

—Por todo.

Si bien Marcos negó con la cabeza y dijo en un tono seco y cortante:

—No puedes marcharte.

—¿Cómo que no? ¿Vas a hacerme una jugosa contraoferta? —ironizó Lis.

—No voy a cometer el error de permitir que te marches —respondió en un tono decidido que no daba lugar a réplica ni a protesta.

O esa había sido su intención, porque Lis sí que replicó para preguntarle una duda que la estaba reconcomiendo:

—¿Hablas como jefe o como el chico que perdí sin querer hace doce años?

—¡Qué más da! —exclamó Marcos, a la defensiva.

—¡Para mí es importante saber la respuesta!

Marcos fue absolutamente sincero con ella, la miró y dijo:

—En los dos casos quiero que te quedes.

Lis desconcertada, solo pudo murmurar arrugando el ceño:

—No entiendo nada.

—En lo profesional no puedo permitirme el lujo de dejarte marchar y perder a uno de los principales activos de esta empresa, tanto por el impacto que tienes en los resultados como por tu talento y tu liderazgo. Sería una gran pérdida estratégica.

A lo que Lis replicó incrédula, pues estaba poco acostumbrada a escuchar un reconocimiento por parte de un jefe:

—¿Y por qué sabes que soy un activo tan estupendísimo si acabas de llegar? ¿Nos has espiado o te lo ha chivado tu tarotista de cabecera?

—Antes de cerrar la compra, encargué informes externos de evaluación. Necesitaba un análisis objetivo del equipo y tú eres una pieza fundamental en esta empresa con tu creatividad disruptiva y tus ideas, que tienen un impacto directo en los resultados. Me consta que los proyectos más rentables llevan tu huella, que tienes una fuerte cultura de equipo, que el personal confía plenamente en ti y que eres clave para el crecimiento y la competitividad de esta empresa, para su dirección estratégica, para definir su rumbo y para mantenernos a la vanguardia.

A pesar del tono formal, serio y frío de Marcos, a Lis se le aflojaron las rodillas del *shock* de escuchar a alguien evaluar así su trabajo y replicó mordaz:

—¿Eso dicen los informes de mí? ¿O esto es parte de un experimento empresarial para saber qué pasa si le decís cosas bonitas a los pobres empleados?

—Das resultados, dirección y sentido —zanjó Marcos, para que no le quedara duda de que hablaba completamente en serio—. Eres demasiado valiosa como para dejarte marchar.

—Solo hago lo que toca —dijo Lis, encogiéndose de hombros. Y no por falsa modestia. Era la pura verdad. Estaba allí para hacer lo que sabía.

—Eres muy buena en lo tuyo.

—Soy la se pasa las reuniones haciendo dibujitos y de vez en cuando pregunta cosas raras. Pero si queréis poner mi nombre a la sala de juntas… —bromeó Lis, con una mueca burlona.

Una mueca que a Marcos le retrotrajo a aquellos días tan felices y que le llevó a decir con una intensidad que a ella la dejó paralizada:

—Te quiero…

—¿Qué? —replicó Lis, convencida de que había escuchado mal.

—Que te quiero en todas mis reuniones —se apresuró a aclarar Marcos, con ese tonito implacable y frío de CEO, pero con una mirada que Lis reconoció al instante: era la misma que la del chico con el que hizo el amor bajo las estrellas.

Capítulo 4

Lis, que ya no podía estar más desconcertada, pestañeó deprisa y le preguntó:

—¿De verdad que soy tan importante para esta empresa?

—Es lo que dice todo el mundo. Así que me parece que va siendo hora de que tú te lo creas también.

Lis sonrió y reconoció con una sinceridad absoluta tras echarse la melena hacia atrás:

—Mi trabajo suele estar en las sombras y tiendo a pensar que nadie lo ve.

—Sí que se ve.

—Pienso que solo caigo bien —reconoció Lis—. La verdad es que me cuesta creer que me vean como alguien importante.

—Tus jefes te valoran, tus compañeros te admiran…

—Nunca me lo han dicho así de claro… —le interrumpió Lis, atónita por ese reconocimiento inesperado.

—Y si además tú minimizas tus logros… —apuntó Marcos, arqueando una ceja.

—Vale —dijo Lis, porque era inútil negar la evidencia—. A lo mejor tengo que trabajar lo de reconciliarme con mi propia valía. Y, ya que estamos con los buenos propósitos, tú también podías trabajarte lo de dejar de odiarme…

—No te odio —aseguró Marcos, porque no le guardaba rencor. Era imposible. Pero sí se mantenía firme en sus posiciones, por eso añadió—: Lo que me repatea son las excusas y, por supuesto, si hubiera podido elegir, habría preferido que no desaparecieras sin decir nada.

—Estaba convencida de que tu interés en retenerme era por una cuestión personal. Más que nada para vengarte…

—No soy vengativo —afirmó Marcos de un modo que sonó de lo más convincente y creíble—. Pero reconozco que tengo curiosidad por saber qué nos deparará este nuevo encuentro. Ya veremos, si te quedas…

Lis tragó saliva y replicó con un deje de tristeza en la voz, puesto que esta vez también tenían que separarse:

—No puedo quedarme porque entre otras cosas el director de Recursos Humanos era mi novio.

—¿Y? —replicó Marcos, que no entendía qué problema había con eso.

Lis se arremangó, nerviosa, la sudadera verde fosforito que hacía juego con el color de sus uñas y resopló.

La manicura siempre se la hacía su amiga Ava, que tenía un centro de uñas. Esta vez, además de pintárselas de su color favorito, le había dibujado unos robots futuristas y metalizados, de lo más molones.

Uñas que, de no estar decoradas con ese diseño tan llamativo y divertido, Lis se habría mordido una por una, porque en ese momento estaba atacada.

—Uf… ¡Esa es otra historia! —respondió Lis.

—¡Estás llena de historias! —exclamó Marcos, ansioso por conocerlas todas.

Lis comprobó que no hubiera nadie en la zona noble de la oficina que pudiera poner la antena, porque, aunque los despachos estaban perfectamente insonorizados, no quería correr el riesgo de que su ex traidor —cuyo despacho se encontraba a escasos dos metros de donde estaban—, la escuchara, y habló:

—Esta te la resumo rápido. Descubrí hace tres días que mi novio me engañaba con la jefa de Contabilidad y, como comprenderás, no puedo seguir en la empresa.

—¿Los pillaste in fraganti? —supuso Marcos, que estaba flipado con la historia.

—Perdí el bolso…

—Ya —masculló Marcos, deseando saber el resto de la historia.

—A veces tengo dificultades con las funciones ejecutivas de mi cerebro, tanto para planificar como para organizar, y pierdo cosas con cierta frecuencia —le explicó Lis, por si acaso aún no se había dado cuenta.

Sin embargo, Marcos sintió que aquello no tenía nada que ver con él y le pidió en un tono cortante:

—A mí no me incluyas en la categoría de cosas que pierdes con frecuencia porque lo mío fue premeditado.

—¡Qué pesado! —exclamó Lis, resoplando.

—Guardé mi número en tu teléfono —insistió Marcos, que lo recordaba como si lo hubiera hecho ese mismo día.

—¡No estabas en mi agenda! ¡No lo guardaste bien! —le reprochó Lis, cansada de su desconfianza—. Lo siento, pero a veces también te equivocas.

—O lo borraste como acto fallido —aseguró Marcos, arqueando una ceja.

—Si lo borré yo, no fue un acto voluntario —zanjó Lis que no quería seguir dándole más vueltas a lo mismo. Si no la creía, era su problema. Y añadió—: Lo que sí son muy conscientes son mis ganas de dejar esta empresa. Así que, si me permites, le voy a entregar la carta de renuncia a este mamonazo, que se va a enterar de lo que vale un peine, porque la carta va bien calentita.

Lis se echó a andar, decidida a dejar esa etapa atrás, o esa fue su intención porque Marcos la interceptó, la bloqueó el paso y le dijo clavándole la mirada y con una voz grave y firme:

—No se la vas a entregar.

—¿Por qué me miras así? —replicó Lis, alterada al tener ese pedazo de cuerpo de roca imponente y *sexy* tan cerca de ella, y al impregnarse el aire de un olor a perfume caro y a feromonas masculinas tan irresistibles y peligrosas que deberían estar prohibidas—. ¿Qué pretendes? —le soltó, con el deseo haciéndole cosquillas en el vientre—. ¿Hipnotizarme para acabar saliéndote con la tuya?

Y él con unas ganas de devorar la boca que no había podido olvidar jamás, replicó con una seguridad pasmosa:

—No se la vas a entregar porque voy a hacerte una oferta que no vas a poder rechazar.

Lis pensó que, si la oferta era indecente, no iba a tener fuerza de voluntad para decirle que no. Así que replicó…

—Si lo que vas a proponerme incluye quitarme la ropa y una cama…

Marcos de solo imaginarla desnuda en su cama, despeinada y jadeante, tuvo una erección súbita y dijo a la defensiva:

—¿Cómo se te ocurre? Soy un tío decente. Es una oferta de negocios.

Lis lo celebró porque si la oferta hubiera sido sexual, le habría faltado tiempo para lanzarse a su cuello.

Porque no solo sentía por Marcos una atracción que nunca había conocido en su vida, sino que su ex traidor la tenía a pan y agua y estaba de lo más necesitada.

Pero bueno, descartada la propuesta indecente, Lis le advirtió:

—No hay dinero que pague tener que ver el careto a mi ex a diario, y a la otra dándome consejitos zen envenenados, sin que se le mueva un pelo de la melenita planchada con una GHD a tope de grados.

Marcos esbozó una sonrisa lobuna y, seguro de que le iba a encantar su propuesta, replicó:

—No te voy a ofrecer más dinero. Hablemos. Vamos a mi despacho.

Lis pensó que, aunque tenía clarísimo que no quería seguir en la empresa, no pasaba nada por escuchar la propuesta.

Más que nada porque se le había activado el modo cotilla y no iba a perderse el salseo, así que levantó las cejas y masculló:

—Vale.

Marcos se dio la vuelta, porque era un hombre decente, pero no de piedra. Y no era plan de que Lis le viera con esa tremenda erección.

Así que se giró a toda velocidad y enfiló hacia su despacho, al fondo del pasillo, y con Lis detrás, alucinada con el cuerpazo de empotrador que se le había puesto a Marcos. Su Marcos.

Y eso que cuando tenía dieciocho ya era un buenorro de campeonato, pero con treinta lo suyo era algo escandaloso.

El traje ajustado marcaba el cuerpo perfecto, de músculos duros. Qué espalda, qué brazos, que culazo… pensó Lis, mientras seguía sus pasos admirando cómo caminaba con elegancia, aplomo, seguridad y un movimiento de caderas demasiado *sexy*.

Tan *sexy* que de pronto Lis se imaginó debajo de él…

Horror.

Bueno, horror no. Tan solo se le dispararon los pezones…

Luego, él se detuvo ante la puerta de su despacho, el mejor del edificio, la abrió y le pidió a Lis que pasara con un gesto de la cabeza y rezando para que no se percatara de cómo se había puesto de solo imaginarla en su cama.

Lis entró en el despacho y él no pudo evitar que la vista se le fuera al culo increíble de ella, que se realzaba con el pantalón vaquero ceñido y de tiro alto.

Y se puso más duro todavía…

Tanto que le dijo con una voz que le salió como preorgásmica…

—Siéntate, por favor.

Y tras decir esto, Marcos sintió tal bochorno por el tonito que se puso a toser para disimular, pero lo cierto era que como siguiera mirándole el culo iba acabar rompiendo los pantalones por la entrepierna.

Y, Lis, ajena a todo esto, se sentó en la silla que él retiró gentilmente y dijo tras agradecerle el gesto y ahuecándose la sudadera para que no se le marcaran los pezones:

—Es la primera vez que estoy en el despacho del jefe supremo.

—¿Tienes calor? —preguntó él, al ver el gesto que hacía con la prenda.

Y tras decir esto, y a la carrera, para evitar que Lis se percatara de la erección que apenas cubría la chaqueta, se dejó caer en su silla, al otro lado de la mesa de tres metros de largo de madera maciza.

Entonces, ella replicó, sin filtro ninguno, debido a los nervios:

—Es por los pezones.

Marcos al escuchar esa palabra se sintió preparado para levantar la mesa con el miembro, pero se cruzó de piernas y farfulló:

—¿Cómo dices?

—Nada —dijo Lis, apartando las manos de la sudadera—. Tenía un poco de calor en los pezones, pero ya está —habló como si fuera lo más normal del mundo—. Estoy bien. La temperatura es perfecta.

—Si necesitas alguna cosa. Agua, café…

Lis, de nuevo, no pudo contenerse y se sorprendió a sí misma replicando, porque había leído en alguna parte que el cannabis

bajaba la libido:

—O un porrito.

Marcos pensó que a lo mejor el cannabis formaba parte de su kit de creatividad y repuso:

—No tengo, pero…

Lis negó con la cabeza, hizo aspavientos con las manos y le pidió:

—No me hagas caso. No quiero nada. Gracias. Y como te decía, nunca había estado en este despacho. La mesa es tan grande que dan ganas de sacar una red y ponerse a jugar al *ping-pong*.

Marcos pensó que la mesa era demasiado imponente y absurda, pero en ese momento le vino genial para tapar la rebelión de su entrepierna y le preguntó a Lis:

—Llevas cuatro años en la empresa… ¿cómo es que nunca habías pisado este despacho?

—El anterior jefe supremo operaba desde su finca menorquina. Decía que su presencia disminuía la productividad y que por eso delegaba. Solo venía en Navidad para salir en la foto institucional junto al árbol y con el gorrito puesto y luego soltaba un discurso farfullado que ni él entendía. Me meaba con él.

—Yo soy justo lo contrario —confesó Marcos que no tenía nada de jefe ausente—. Soy de los que está. Y a la vista de todos, sin parar de observar, de escuchar y de enterarme de todo.

—Pues no sé qué es peor, si un jefe que no está nunca o uno que está ahí tipo búho acechante, con la mirada escrutadora y esperando el error con el café en ristre… ¡Qué agobio! —bufó Lis, tras echarse la melena a un lado.

Y al hacerlo, dejó a la vista el cuello donde él había hundido su nariz tantas noches después de hacer el amor, para olerla y sentirla, hasta quedarse dormido con la convicción de que, con ella, lo tenía todo.

Pero no podía permitir que ese recuerdo le descentrara, así que la miró de nuevo a los ojos y fue directo al grano:

—No voy buscando el fallo, sino el potencial. Y tú lo tienes. Por eso no quiero que te marches. Y lo que te propongo es que des por saco a tu ex, que lo fastidies, que lo irrites, que lo incomodes hasta que se retuerza de rabia y de arrepentimiento por haberte perdido…

Lis resopló, se recostó en la silla, esbozó una sonrisa traviesa y confesó:

—Reconozco que suena a música celestial.

—Te está gustando el plan —repuso él, con una sonrisa ladeada.

Lis pensó que sí le estaba gustando, aunque no iba a dejarse enredar, así que replicó:

—Pero no me gusta que me guste… ¡Lo que quiero es largarme de aquí!

—¿Por qué tienes que irte, si te apasiona lo que haces y eres la mejor? —contraatacó Marcos que no pensaba rendirse—. Te recuerdo que el que la pifió fue él.

—Ni siquiera me ha pedido perdón. Para él es algo que sucedió y se dejó llevar. Y no es que tenga la polla demasiado inquieta. No. Es que se ha enamorado. Lo de ellos es amor. Y, como comprenderás, no tengo cuerpo para ser testigo de ese amor tan grande que les ha brotado con un patatón.

—Lo que no tienes es tiempo… —precisó Marcos con un deje intrigante y misterioso.

—¿Cómo que no tengo tiempo? —preguntó Lis, sin saber a qué se refería.

—Porque tú estás enfrascada en tu propia historia de amor —respondió Marcos, como si fuera algo evidente.

—¿Qué historia de amor? No te sigo…

—La nuestra —dijo él, tan tranquilo.

—¿La nuestra? —inquirió Lis, perpleja—. Pero si jamás me vas a perdonar que te diera el teléfono de un señor Soria y que buscara a Marcos Agudo por todos los campus…

—Me has dicho antes que creías que me llamaba Marcos Aguilar —murmuró con el ceño fruncido y con un brillo de desconfianza en la mirada.

—Sí, tío, pero estoy nerviosa y me bailan las letras —aclaró Lis, que se puso aún más nerviosa cuando él la miró, dejando claro que no creía ni una palabra de lo que decía.

Marcos chasqueó la lengua, decidió que lo mejor era no perder más tiempo con reproches y recondujo la conversación diciendo:

—Lo que te estoy proponiendo es un plan perfecto para que tu ex reviente, lamente haberte perdido y confirme que jamás volverás a estar a su alcance.

—¡Y tanto! ¡No le quiero ni regalado! —exclamó Lis, poniendo cara de espanto.

A Marcos le encantó escuchar aquello y le propuso con una gran sonrisa, como si aquello fuera una gran idea:

—Finjamos que somos pareja.

—¿Qué? —replicó Lis dudando entre si la idea era brillante, estúpida, absurda o tremendamente peligrosa. Vamos, la típica idea que iba a abocarla a un desastre más grande que el que ya tenía.

Sin embargo, Marcos estaba entusiasmado con su plan maestro y le sugirió para que aquello fuera de lo más creíble:

—Cuéntale la trola de que fui tu amor de verano…

La sugerencia puso a Lis de un humor tremendo, que la llevó a cruzarse de brazos y exclamar:

—¡No es una trola! Fuiste mi amor de las cuatro estaciones. Porque no dejé de pensar en ti.

—Yo sí que no dejé de pensar en ti —lanzó Marcos, como si fuera una acusación, dejando vagar la vista por el ventanal.

Y se sintió fatal por haber caído de nuevo en el reproche, pero es que no podía evitarlo.

Estaba demasiado dolido…

Y Lis otro tanto, porque replicó mordaz, dolida porque no le creyera y porque aquello tenía pinta de que tenía un pésimo arreglo.

—Y yo no. Me lo estoy inventando…

Marcos notó a Lis tan tensa y ofuscada que masculló, temiendo que su plan se fuera a la mierda:

—Dejemos ese tema y sigamos con el guion de la propuesta: fui tu amor de verano, al retomar el contacto ha vuelto a surgir la chispa y… ¡estamos saliendo juntos!

—Y tendríamos que fingirlo con todos, no solo con él —supuso Lis, para darle algo de coherencia a aquel despropósito.

—Claro —asintió Marcos, con la sonrisa arrogante del que sabe que va a salirse con la suya—. Tenemos que hacer el paripé de que

somos novios. Ese es el plan. Y esa es tu venganza. ¿Te lo vas a perder?

Capítulo 5

Lis pensó que, ya que Marcos creía que era una cabrona capaz de haberle hecho *ghosting,* tampoco pasaba nada si añadía al combo otro bonito sentimiento y le confesó, sin importarle un bledo lo que pudiera pensar de ella:

—La venganza es un sentimiento oscuro, pero reconozco que, desde que me enteré de que mi ex me engañaba, no he parado de fantasear con vengarme.

—Ajá —asintió Marcos, seguro de que aquello iba por muy buen camino.

—La venganza no es un sentimiento noble, pero tampoco lo fue él al engañarme con Begoñikiñiki.

—¿Y ese nombre? ¿También es una venganza? —replicó él, risueño.

—Ahora toda la empresa la llama así —respondió Lis, encogiéndose de hombros—. Pero no fue intencionado… Se ha corrido la voz de forma espontánea. Somos la comidilla de la empresa. Y la gente se ha puesto de mi lado. Begoña tampoco es que caiga muy bien. Es la clásica *buena onda* que pasa su tiempo libre enterrando medio cuerpo en la tierra para sentirse como una planta…

Marcos soltó una carcajada y después preguntó tras ver la cara de Lis, pues aquello no tenía nada de chiste:

—¿En serio?

—Hace poco pagó un dineral para sentirse como una lechuga en un retiro de un pueblo de Segovia —le informó Lis, mientras con los brazos y las manos imitaba el gesto de una lechuga—. Y siempre está haciendo alarde de lo que bien que le fluyen las energías y lo en paz que está en el universo. Es una zorra zen. Y la verdad es que me apetece que se haga justicia.

—¿Justicia? —inquirió Marcos, alzando una ceja.

—Después del daño que me han hecho, no estaría nada mal que la vida me premiara con mi verdadero amor: ¡el nuevo CEO cabrón! ¡Lo que disfrutaría si esos dos cerdos nos vieran de la manita!

A Marcos no le gustó para nada que Lis usara esa palabra para definirlo y replicó perplejo:

—¿Cabrón?

—Se van a cagar en cuanto te vean. Y más con tu perfil de jefe frío y controlador, siempre encima de todo el mundo.

—Solo voy a estar encima de ti —precisó Marcos, porque su inconsciente de nuevo le delató.

—¿De mí? —replicó Lis, alucinada

—O debajo. O como quieras… —matizó él, quitándole importancia. Como si no acabara de reconocer que se moría por volver a hacer el amor con ella…

—Ah, ya, como novio *fake* —supuso Lis, moviendo una mano con desgana—. Aunque, ¿y si Mateo ni se inmuta al vernos juntos?

—Lo hará. Porque nos va a ver entrando de la mano en la oficina, de risas en la cafetería, intercambiándonos miraditas en los pasillos, besándonos en…

—¿Besos también? —quiso saber Lis, abriendo mucho los ojos.

Marcos se revolvió en la silla, reprochándose a sí mismo haberse venido demasiado arriba con el teatro y replicó para enmendar la pifia:

—¿Quieres poner condiciones al trato? Nada de besos. Nada de caricias. Nada de tocamientos…

Y lo dijo en un tono tan serio que no pudo sonar más ridículo y Lis se tronchó:

—Ja, ja, ja, ja.

Marcos se ajustó el nudo de la corbata y salió del paso diciendo:

—Estas cosas hay que pactarlas.

—Supongo que cuando haya gente tendremos que hacer el paripé con todo el arsenal —replicó Lis, porque aquello era lo más lógico.

—¿Todo? —farfulló Marcos, sintiendo que otra vez la sangre se le iba a la entrepierna.

—Tampoco te estoy pidiendo que me empotres en un pasillo mientras controlas al personal como buen jefe cabrón. Me refiero a todo el arsenal dentro de un orden y una lógica…

—Entiendo —murmuró Marcos, al que solo le faltó la imagen del empotramiento para ponerse aún más duro.

—Y también tendremos que subir a las redes fotos de nosotros juntos —propuso Lis, para dar más credibilidad al montaje.

—Me parece perfecto como estrategia de marketing sentimental —dijo él con una sonrisa de satisfacción.

Y, entonces, fue cuando a Lis se le despertaron las alarmas porque de pronto le surgió una duda:

—Y tú, ¿qué ganas con esto? ¿Vengarte al ver de lo que soy capaz por despecho?

—¿Despecho? ¿No estás haciendo justicia? —le recordó Marcos.

Lis le clavó la mirada y le exigió porque no pensaba continuar con aquello sin conocer la respuesta:

—Respóndeme.

Marcos se acarició la barbilla mientras escogía las palabras adecuadas para elaborar bien la respuesta y por fin dijo:

—Gano porque el plan tiene una contraprestación. Tiene que ser así para que sea equitativo.

Lis, entonces, lo entendió todo, estrujó la carta de renuncia y repuso:

—Esta es tu venganza. ¡Como si lo viera! Te vas a desquitar con la letra pequeña del contrato… Uf. Cuenta de una vez. ¿De qué se trata?

Marcos, visiblemente incómodo, se pasó la mano por la nuca, resopló y, abochornado, respondió sabiendo que ella se iba a partir la caja:

—Tienes que fingir también que eres mi novia los domingos.

Y, como él había supuesto Lis, que no esperaba escuchar semejante cosa, se dobló de risa:

—Ja, ja, ja, ja.

Marcos pensó que sonaba ridículo, pero no se le había ocurrido mejor manera de que su abuela lo dejara en paz… y de seguir viendo a Lis fuera del trabajo.

—No te pido el domingo entero —explicó él, bajando la vista, avergonzado de tener que admitir que era un tío de treinta años que no sabía cómo librarse de los planes de la casamentera de su abuela —. Solo quiero que vengas los domingos a comer a casa de mi

abuela, hasta que se percate de que tú eres perfecta para mí, y no esa tía que lleva meses intentando encasquetarme.

—Ja, ja, ja. ¿Tu abuela lleva meses intentando emparejarte? —preguntó Lis mientras pensaba que la abuela no podía ser más entrañable: solo quería la felicidad de su nieto, aunque la estuviera buscando en el lugar equivocado.

—Lleva meses intentando meterme por los ojos a Sofía, su vecina, y la sienta a la mesa domingo sí y domingo también —respondió Marcos, con una mueca de contrariedad.

—¿Y no te gusta? ¿Cómo es? —quiso saber Lis, con curiosidad.

—Es guapa, cirujana estética, seria, centrada, ordenada, de las que tienen un sitio para cada cosa, no pierden nunca nada y anotan bien en la agenda los nombres y los números.

Lis se envaró, le apuntó con la carta de renuncia y le soltó para que parara con el sarcasmo:

—No me hace ni pizca de gracia que te rías de mi dislexia.

Marcos pensó que se había pasado un poco con la indirecta y se excusó diciendo:

—No me estoy riendo. ¡Es que ella es así! Le di mi número y, a los cincuenta y siete minutos, ya me estaba mandando un wasap con un *link* a una página de arqueología buenísima…

—Mira que bien —farfulló Lis, molesta aún.

—Es muy culta, sabe de todo. Acaba de heredar un pastón de su tía Casilda y vive en un casoplón frente a mi abuela que ya tiene pagado.

—Es un dechado de virtudes. ¡Y sin hipoteca! ¿Dónde vas a encontrar a alguien así? —replicó Lis irónica, casi burlándose.

—Y ese es su problema —repuso Marcos, hablando completamente en serio—. Es demasiado perfecta para mí. Lo que menos necesito es una versión femenina de mí mismo: meticulosa, organizada, metódica, perfeccionista… De eso voy sobrado —reconoció clavándole la mirada otra vez—, yo necesito a una persona imprevisible, caótica y desordenada que entre en mi vida como un huracán y lo ponga todo patas arriba.

Alguien que se pareciera a Lis, pero sin su afición a dejar colgada a la gente.

Lis se quedó callada, con una expresión que pasó de enojo a sorpresa porque Marcos acaba de describirla a ella.

—Vaya… —musitó un tanto nerviosa—. Qué claro lo tienes.

—Sé lo que quiero —dijo él, ajeno al impacto que sus palabras habían tenido en Lis.

—¿Y por qué no se lo dices así a tu abuela? —replicó ella, confundida porque Marcos hubiera hecho un retrato de chica ideal que se parecía sospechosamente a ella.

—Mi abuela es una terca de pelotas, y cuando se le mete una cosa en la cabeza, no hay quien se la saque.

—A quién habrás salido tú… —bromeó Lis.

—Ella es peor que yo —reconoció Marcos y la verdad era que para nada se sentía orgulloso de ser así—. Por eso no me queda más remedio que recurrir a este teatrillo, con el que ambas partes saldremos beneficiadas.

Lis negó con la cabeza porque ese plan ya no le pareció tan perfecto:

—Tu abuela tiene que cazarlas al vuelo, se va a dar cuenta de que no hay nada entre nosotros.

—Tendremos que esforzarnos para que eso no suceda —dijo Marcos, con un tono de voz de lo más *sexy*.

—Madre mía —murmuró Lis, entre resoplidos de solo imaginar cómo podía acabar ese esfuerzo.

—¿Qué pasa?

—Estoy dudando —dijo Lis, tras soltar el aire—. No sé si es una buena idea, la verdad…

—Es conveniente. ¿Aceptas? —preguntó Marcos, tendiéndole la mano.

Lis se quedó mirando la mano grande y fuerte que le había acariciado por todas partes, sintió un calor súbito de recordarlo y pensó que, aunque el pacto era conveniente, las consecuencias podían ser desastrosas.

Y debía ser precavida, necesitaba pensárselo bien antes de pifiarla aún más, por eso respondió:

—No me parece nada fácil fingir en este momento que somos pareja.

—Ya lo fingiste en una ocasión. Tienes experiencia —le reprochó con un deje de resentimiento que exasperó a Lis.

—¡Ya estás otra vez! ¡No se te quita de la cabeza!

—¿Cómo quieres que lo olvide? —inquirió él, entre dolido y decepcionado.

—Fue un desastre lo que pasó. Pero yo no tengo la culpa de que todavía te moleste.

—Ah, no. Claro… Tú no tienes la culpa —masculló él, retándole con la mirada.

—Nunca fingí —sentenció Lis—. Por eso tengo que pensarme lo de tu plan. Sería como jugar con fuego…

Y Marcos, una vez más, no pudo controlarse y soltó con toda su rabia:

—Tú eres experta en eso…

Lis chasqueó la lengua, pensó que aquello no daba más de sí y le advirtió:

—Me parece que vas a tener que meterte tu plan por donde te quepa. Con tu desconfianza, tus recelos y esas miraditas que me echas, cuestionando todo el rato mis intenciones, es imposible que funcione un romance falso. ¡No se lo va a creer nadie!

—Lo que te propongo tampoco es fácil para mí —reconoció Marcos, a la defensiva—. Me arriesgo a que juegues otra vez conmigo…

Lis sintió que era una auténtica pena que un reencuentro que podía haber sido bonito hubiera acabado en esa porquería, pero ya no podía hacer más y le pidió:

—Lo mejor es que olvidemos esta conversación. Me niego a cometer el mayor error de mi vida.

Lis agarró la carta de renuncia, se levantó y voló hasta la puerta. Cuando tenía la mano en la manilla, escuchó que él gritó:

—Lis…

Lis se giró, le miró sin decir nada y él le preguntó lamentado que todo hubiera acabado de aquella manera:

—¿Y si en esta ocasión las cosas fueran diferentes?

Lis, con una pena enorme, negó con la cabeza y respondió convencidísima:

—Imposible. Con tu terquedad, tu desconfianza, tu suspicacia y tu resentimiento… esto solo puede salir fatal.

—Pero…

Lis se negó a seguir en ese bucle, agarró la puerta y salió de allí dando un portazo, aferrada a la carta de renuncia que pensaba entregar a su ex en ese justo instante.

Ya no tenía que pensarse nada.

A la mierda con el estúpido plan. Y a la mierda también con Marcos Aguinaga o como se apellidara…

En ese momento estaba tan mal que ni siquiera se acordaba de cuál era exactamente su apellido.

Y todavía se puso peor cuando su ex salió de pronto del despacho y fue hacia ella con una cara que conocía demasiado bien…

—¿Cómo has podido tratar así a Bego? —la reprendió, como si le hubiera hecho algo terrible.

Y, ya frente a frente, Lis bufó y le exigió mirándole asqueada:

—¡Déjame en paz!

Pero Mateo no pensaba dejarla tranquila hasta que escuchara lo que tenía que decirle.

Begoña le había contado su particular versión de la conversación que habían tenido, y él se había puesto hecho un basilisco.

Por eso, tras colgarle el teléfono, había salido de su despacho a ponerle los puntos sobre las ies a su ex y la casualidad quiso que se la encontrara casi en la puerta…

—Ella ha ido a tenderte una mano y tú la has echado de malas maneras —le reprochó, muy enojado.

—¡Tienes razón! —ironizó Lis, porque lo que le faltaba para rematar el día era soportar a su ex haciendo de escudero de la zorra zen—. ¡Tenía que haberle regalado una botellita de Vega Sicilia por haberme quitado a un gilipollas de encima! Ah, no, espera… que ella es más de mangar botellas y mezclar el vino bueno con refrescos.

Mateo la miró con desdén y le soltó con la misma superioridad emocional que se gastaba su amante:

—Te estás comportando como una cría.

—Y tú como lo que eres: un capullo —replicó Lis, alzando las cejas.

Mateo pensó que no iba a consentir que Lis lo hiciera sentir como si fuera lo peor, ya que tenía razones de sobra para haber actuado así, y le explicó:

—No fue algo premeditado. No buscaba hacerte daño. Pero contigo todo era muy intenso. Estaba cansado de demasiadas cosas: tu desorden, tu caos, tu no parar ni un segundo. Era como vivir en una montaña rusa…

—Podías haberme avisado de que querías bajarte de la atracción. Y así me habría ahorrado el trago de veros follar en el parking —repuso Lis, más asqueada todavía.

—Pensaba decírtelo y no sabía cómo. No quería lastimarte. Estás muy enamorada de mí y sé que esto que me ha pasado es un palo para ti. Pero no era feliz contigo…

Lis tuvo que hacer esfuerzos para no troncharse de la risa cuando él dijo que ella estaba muy enamorada. Más que nada porque no era cierto. Es más, nunca estuvo muy enamorada de él, ni siquiera al principio.

Lo suyo había sido una relación de compañeros de trabajo, que mutó en amistad y, muy a fuego lento, acabó en relación amorosa.

Una relación tranquila, madura, sosegada… Vamos, un puto coñazo, pensó Lis. Y encima tenía que soportar que le dijera que no había sido feliz…

—¡Tú no eres feliz ni conmigo ni con nadie! Si eres un amargado… —le reprochó Lis, sin saber cómo podía haber aguantado tanto tiempo al lado de un tío tan muermazo.

—Respiras por la herida. No voy a tener en cuenta nada de lo que digas —dijo él, sintiéndose, una vez más, por encima de ella.

—Eres tan bueno y generoso…

—Lo soy. Y la caridad empieza por uno mismo. Por eso he decidido vivir la vida que merezco —dijo con todo su papo.

Es que ni se cortó un pelo...

Capítulo 6

Lis rompió a reír, porque no podía tomarse aquello de otra forma:

—Ja, ja, ja. Ponerme los cuernos ha sido una obra de caridad que has hecho contigo mismo. ¡Bravo! ¡No puedes ser mejor persona!

—Contigo era un no parar. No hay respiro. Y es mucho desgaste —repuso Mateo poniendo una cara de dolor, como si esos tres años con ella se los hubiera pasado haciendo trabajos forzados.

—Hablas como si hubiésemos estado los tres años de relación de *after en after*. ¡Cuando la mayoría de los domingos nos los hemos pasado en pijama! —exclamó Lis, atónita.

—Con Bego me he dado cuenta de lo que realmente necesito. Con ella es todo diferente, me da paz —aseguró Mateo, llevándose la mano al pecho y con gesto de estar en el nirvana—. Y quiero compartir mi vida con ella. Si no te importa, me gustaría seguir en el piso que tenemos alquilado…

—No pienso poner un pie allí —replicó Lis, haciendo aspavientos.

—Te mandaré una furgoneta con tus cosas a la dirección que me digas.

Lis negó con la cabeza, con las manos hizo el gesto de que se lo quedara todo y remachó:

—No quiero nada.

—Deseo que nos llevemos bien. Vamos a tener que seguir viéndonos cada día en el trabajo.

Lis esbozó una sonrisa de oreja a oreja, agitó la carta de renuncia al aire y dijo alto y claro:

—No.

—¿Cómo que no? ¿Piensas dejar el trabajo? —inquirió Mateo, como si Lis fuera hacer una locura.

—¿A ti qué te importa lo que haga? —repuso Lis, ofuscada.

Mateo era un hombre anodino de treinta años, solo un poco más alto que Lis, de mirada algo vacía a causa de la operación de miopía, calvicie incipiente en su cabello castaño claro, tirando a pajizo, y un par de endodoncias pendientes. Y habló como si tuviera el aura doradísima de pura bondad:

—Te equivocas. Me importas.

—Ya veo. Lo constaté con el video del parking —ironizó Lis, harta de la condescendencia barata de Mateo.

—No creo que lo más sensato en tu estado sea afrontar una mudanza y un cambio de trabajo —dijo Mateo, arrastrando la voz en la palabra «estado» con una suficiencia que a Lis le resultó repugnante.

—¿En mi estado?

—Confundida, dolida, frustrada, decepcionada… rota. Necesitas estabilidad. Vete a casa de tu madre. Y quédate en la empresa, en un trabajo que conoces y que te gusta —habló Mateo, con una actitud tan prepotente como si estuviera enseñando a una niña a dar sus primeros pasos.

En fin, solo le faltó darle una palmadita en el hombro. Ella respondió con un buen bofetón dialéctico:

—Sé tomar las decisiones por mí misma. No necesito tu paternalismo apestoso…

—¿Adónde vais a ir? Los alquileres están por las nubes, y te va a costar muchísimo encontrar un trabajo tan bueno como este. Aunque hay rumores de que el nuevo jefe es un cabrón… —aseguró Mateo, bajando la voz tras comprobar que no hubiera nadie que pudiera escucharlos.

—¡No me digas! —exclamó Lis, para que desembuchara.

—Acaba de aterrizar y, por lo que cuentan, no tiene nada que ver con el otro. Por lo visto, con este no paras de sentir su aliento en la nuca. Y es muy exigente…

—Está bien que te espoleen de vez en cuando para dar lo mejor de ti —comentó Lis deseando que Marcos, látigo en mano, espoleara a su ex hasta que, a la hora del tentempié, en vez de un pincho de tortilla pidiera un tanque de oxígeno.

—Se dice por ahí que este tío jamás está conforme y siempre tiene un «pero» para hacerte sentir que no estás a la altura.

—A su altura, ya te digo yo, no estás… ¡Te saca una cabeza! —murmuró Lis, con una sonrisa sarcástica.

—No pillo el chiste.

—¡Olvídalo! —exclamó Lis, sin dejar de sonreír.

—Poca broma. Cuentan que este tío no da ni una puñetera orden clara. Le gusta que todo pase por su supervisión, aunque luego se queja de que el personal no tenga iniciativa. Al parecer, si te ausentas unos minutos de más de tu mesa, ya te está cogiendo por banda para darte la turra con que no estás comprometido. Es un tocapelotas de primera. Pero, con todo, estás mejor aquí. *Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.*

—Lo malo conocido no lo quiero ni de lejos… —masculló Lis, dando un paso atrás para alejarse más de él.

—El dolor te impide pensar con lucidez —aseguró Mateo, llevándose el dedo índice a la sien—. Pero sigue mi consejo de amigo, por favor. Este trabajo es un buen refugio para evitar que te quedes atrapada en el dolor y te hundas por haberme perdido.

Lis pensó que era un petardo de tío, sin ningún margen de mejora, y replicó:

—¿Qué? ¡Tú lo flipas!

—Sé que te estás haciendo la fuerte —dijo con el mismo deje impostado y patético de terapeuta barato que utilizaba Begoñikiñiki —. Te conozco demasiado bien. Estás destrozada por dentro. Y no te voy a engañar: va a ser complicado y muy duro recuperarte de esta ruptura y superarla. Teníamos planes, proyectos, sueños que se han desvanecido. Nunca más seremos nosotros…

Lis pensó que el ego de su ex era tal que no le quedó más remedio que lanzarle una pregunta capciosa:

—¿Quieres explorar mi supuesto dolor porque estás preocupado por mí o porque eres un sádico ansioso por verme sufrir?

Mateo puso un gesto de inocente incredulidad e insistió de nuevo:

—Estoy siendo honesto. Esto te va a costar y te va a llevar su tiempo.

—Gracias por tus alentadores consejos que no te he pedido. ¡Son muy reconfortantes! —exclamó Lis, mordaz.

—Te estoy diciendo la verdad.

Lis bufó, lo miró perpleja de hasta dónde era capaz de llegar ese tío con tal de sentirse irremplazable y replicó:

—No te basta con ponerme los cuernos, también quieres verme tirando la toalla…

—No es que quiera verte mal. Es que, en estos casos, es normal no tener ganas de nada y sentirse como al borde de un precipicio. Es muy jodido por lo que estás pasando y, en una situación tan delicada, lo más recomendable es que te vuelques en el trabajo, que focalices ahí tu energía y que…

Lis ya no pudo seguir escuchándolo más y le interrumpió para exigirle:

—¡Deja de decir chorradas! —Luego, lo miró ofuscada y le espetó —: Eres tan traidor, tóxico, egocéntrico y manipulador…

—No merezco esos insultos —masculló Mateo, ofendido, como si realmente lo que mereciera fuera una medalla al mejor ex del año.

—¡Tú eres el que me ha insultado! Yo no soy de las que tira la toalla. ¡Soy de las que la mete en la lavadora y…!

Lis no pudo seguir hablando porque, de pronto, escuchó una voz profunda y grave que gritó su nombre:

—¡Lis!

Lis se giró y era él. El nuevo CEO cabrón que acababa de aparecer porque había llegado la hora ~~de su venganza~~ de hacer justicia.

Mateo se lo había ganado con creces y estaba a punto de comprobar lo poquito que le había costado superar que *ya no serían más nosotros*…

—¡*Marcooooooooooooooooooooos*! —gritó Lis, agitando las manos.

Luego, corrió hacia él, saltó a sus brazos como un koala en celo, Marcos la agarró por el culo en un acto reflejo para que no se cayera, Lis le rodeó el cuerpo con las piernas y le plantó un beso en la boca. Pero no se quedó ahí… Lis se abrió paso con la lengua, buscó la de Marcos, la enganchó con la suya y se puso a hacer el molinillo con ella.

—Dios —farfulló Marcos, después de ese arrebato de Lis que le tenía sin aliento y con la polla dando brincos.

—¡Marcos! ¡Qué *guaaaaaaaaaaay*! —habló ella a gritos, con los labios pegados a los de él.

Marcos no sabía qué estaba pasando ni qué era eso tan guay que la tenía tan contenta y murmuró:

—Me he perdido algo…

Lis le guiñó un ojo, le dio otro morreo de impresión y le dijo a grito pelado y alucinada de que supiera hacer teatro hasta con la polla, pues se le había puesto tan dura que, como se frotara un poco contra él, iba a correrse…

—¡Qué *geniaaaaaaaaaaaaaaaaaaaal* va a ser que curremos juntos! *Miraaaaaaaaaa*, te voy a presentar a alguien…

Marcos dejó a Lis en el suelo. Y, fascinada con el tronco de eucalipto que él llevaba atado a la entrepierna, por seguir con el símil del koala, le agarró de la mano y tiró de ella para que se echara a andar en dirección a Mateo que estaba mirándolos con la mandíbula en el suelo.

—¡Estupendo, *amooooooooooooor*! —exclamó Marcos que en cuanto vio el careto a ese tío insulso, que no podía tener menos brillo, se hizo una perfecta composición de lugar.

Lis sonrió. Marcos siempre había sido rápido y lo celebró con otro beso en los labios justo antes de plantarse frente a su ex:

—Cielo —dijo Lis tras el beso—, te presento a Mateo, el jefe de recursos rumanos. Mateo, te presento a Marcos A. (porque con los nervios no recordaba el apellido), el nuevo CEO de la empresa. Sí, ese mismo que me acabas de comentar que se rumorea que es un cabrón…

Marcos le tendió la mano y Mateo la estrechó con tan poca firmeza que aquel dudó si no sería un zombi:

—¡Encantado!

—Igualmente —replicó Mateo, mientras Marcos estaba ansioso por soltar esa mano fría y blanda, como la última trucha de la pescadería.

Menos mal que Lis le agarró por el brazo, la empujó contra ella y así pudo liberarse de esa mano floja.

Luego, ella le contó a su ex con una emoción como si le acabara de tocar la lotería:

—¡Y no vas a creer quien es! ¿Te acuerdas de que te conté que viví una historia de amor muy bonita con un chico en la playa cuando tenía dieciocho y que le perdí la pista? ¡Pues te presento al chico de la playa…!

Marcos sintió tal alegría por el cuerpo al escuchar la palabra «amor» que se le dibujó una sonrisa tonta en los labios y no le importó tenderle la mano otra vez, con un orgullo que no le cabía en el pecho:

—¡Ese soy yo también! —exclamó apretando de nuevo la mano de trapo de Mateo—. ¡Soy el CEO cabrón y el chico de la playa!

El apretón de manos fue más flojo y más breve que el anterior y, después, Lis le contó a Mateo:

—A mí también me llegaron rumores sobre el nuevo jefe supremo. Y cuando me enteré de que era él, o sea Mi Marcos, el chico que llevaba doce años buscando, ¡me faltó tiempo para volver a escribirle! Y fue tan mágico… ¡No te puedes imaginar! ¿Verdad, amor? —inquirió Lis mirando a Marcos derretida.

—Magiquísimo —asintió él, con una sonrisa que supuso que era de lo más idiota.

—Quedamos esa misma tarde y otra vez surgió el superchispazo —contó Lis, haciendo un corazón con las manos.

Mateo arrugó el ceño y replicó, alucinando ante la posibilidad de que Lis hubiera tenido el cinismo de reprocharle algo que ella misma había hecho:

—¿Hace cuánto fue eso?

—Unas cuantas semanas. ¿Te acuerdas cuando te dije que tenía unos calambres tremendos en los gemelos? —Mateo asintió y ella añadió sin ningún pudor—: Pues no era por las sentadillas. Era de montar a Marcos como una verdadera vaquera. No quise decirte nada para que no te hundieras en la miseria ni te metieras en un pozo sin fondo.

Mateo se quedó pálido y, con la mandíbula tan floja como la mano, preguntó:

—¿Estáis juntos?

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Lis, agarrando a Mateo de la mano y saboreando su victoria—. ¡Lo nuestro es mucho más que sexo sucio y salvaje! ¡Así que deja de sufrir por mí, que yo estoy mejor que nunca!

—Pero vas a dejar el trabajo… —farfulló Mateo, al que no le gustó para nada saber que Lis le había puesto un buen par de cuernos.

—¿En qué momento te he dicho que fuera a hacerlo? —replicó Lis, batiendo las manos.

—Me has dicho antes que ya no íbamos a tener que vernos las caras a diario… —le recordó Mateo, que supuso que el cabronazo del CEO no la quería en la empresa.

Si bien Lis se echó a reír y replicó con lo primero que se le ocurrió:

—Ja, ja, ja. ¡He dicho eso porque, estando mi Marcos en la *ofi,* voy a pasarme el día en su despacho! ¿Verdad que sí, amor?

Luego, agarró a Marcos por las solapas de la chaqueta y le pegó otro buen morreo…

—Soy igual de cabrón que de lapa —aseguró Marcos, tras abrazar fuerte a Lis.

—Ja, ja, ja. No tienes nada de cabrón, mi amor. Eres todo amor y tan cariñoso como un peluchito… —dijo Lis, abrazándole como si fuera su osito—. No sé por qué circulan esos rumores tan feos sobre ti…

—¿Qué dicen? —preguntó Marcos, con curiosidad.

—Que exprimes a la gente como si fueran limones —contó Lis fascinada con la dureza que tenía entre las piernas el peluchito—, que los criticas con saña hasta que se sienten muy poquita cosa, que das las órdenes con el culo, que controlas hasta la forma en que mordisquean los *bolis*; pero luego te quejas de que no sean proactivos.

—Caray. ¡Menudo retrato! —exclamó Marcos mientras Mateo no sabía dónde meterse.

—¡Horrible! —insistió Lis, con una sed infinita de justicia—. Es como si, en una foto tuya, alguien te pintara un diente negro, una espinilla gigante y una buena polla en la frente. Pero espera que aún hay más… ¿Qué más decían del nuevo CEO, Mateo? —le interpeló Lis, que después explicó a Marcos como la que no quiere la cosa—: Le pregunto a él porque es el que se ha encargado de difundir esos rumores por toda la *ofi.*

Mateo se pasó la mano por la cara con un agobio tremendo y solo pudo farfullar:

—A ver…

—Ah, ¡ya recuerdo! —exclamó Lis, que no pensaba apiadarse de su ex—. Mateo me ha contado que dicen de ti que, si un empleado se ausenta de su puesto unos minutos, por lo que sea, una diarrea o un algo…, les montas unos pollos por la falta de compromiso, que hasta tiemblan las paredes.

—No era exactamente así —intervino Mateo con la voz entrecortada—. Y ya se sabe que no hay que hacer caso del flujo no estructurado de información —habló él, muy profesional, quitándole importancia al chisme.

Lis y Marcos deshicieron el abrazo y luego ella incordió un poco más diciendo:

—Esa es la teoría, pero aquí nos enteramos de todo antes por radio pasillo que por el director de Recursos Humanos. ¡Yo que tú le haría una buena revisión al contrato de Mateo! —sugirió Lis a Marcos —. ¡Y le subiría el sueldo al pasillo! Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

A Mateo la broma de Lis le sentó como un tiro, carraspeó un poco y se justificó ante Marcos:

—En la empresa gozamos de una buena comunicación interna, pero la falta de información sobre la nueva adquisición ha dado pábulo a rumores.

—¡Y nos enteramos de todo por radio pasillo! ¡Como siempre! —exclamó Lis, muerta de risa.

Mateo, que ya no podía estar más incómodo, decidió que lo mejor era salir por piernas y se excusó diciendo:

—Si me disculpáis, tengo mucho trabajo pendiente. —Luego, se dirigió a Marcos y le dijo—: Bienvenido a bordo y quedo a la espera de las directrices para esta nueva etapa.

—Tengo previsto presentarme formalmente al equipo a las doce —anunció Marcos—, y estoy seguro de que juntos haremos una transición sólida y fructífera.

—Va a estar de puta madre —habló Lis, como si estuvieran hablando de organizar un fiestón—. ¡Nos lo vamos a pasar pipa! Y a ver si un día de estos os venís a comer a casa —le propuso a su ex— y nos hacemos las dos parejitas una barbacoa con *pisci*, ¿verdad, amor? —añadió mirando a Marcos como si fuera un chocolate con churros: salivando y todo.

—Planazo. Vamos hablando… —replicó Marcos, muriéndose ya por estar a solas con Lis.

—Perfecto. Nos vemos a las doce… —masculló Mateo, que se despidió y se fue derecho a su despacho.

Y ya por fin solos, Marcos le preguntó a Lis con la mirada chisporroteante:

—¿Esto significa que hay trato?

—Ya tienes novia… falsa —precisó Lis, no se fuera a creer otra cosa.

—Lamento lo de antes —se excusó Marcos, arrepentido—. Quería hablar de nuevo contigo para pedirte que no te fueras, pero me alegro de que no haya hecho falta y que hayas cambiado de opinión.

—Por darle en las narices a ese cerdo-cretino-repugnante… —le aclaró Lis, hablando con rabia.

—¿Qué hacía una chica *brillibrilli* con un tío tan gris? —quiso saber Marcos, con una curiosidad tremenda.

—La gente dudaba si era mi novio o si llevaba a un inspector de Hacienda todo el día pegado a mí.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él? —preguntó Marcos, tras echarse a reír.

—Tres años —respondió Lis, reprochándose a sí misma haber aguantado tanto.

Marcos bufó y replicó apiadándose de ella…

—Debió ser agotador pasarse tres años recordándole que estaba vivo.

—¿Pero es que está vivo? —inquirió Lis, poniendo una cara muy graciosa.

—Y cuando nos ha visto juntos se ha quedado como momificado.

—Que se joda —masculló Lis, convencida de que había hecho lo correcto—. El muy gilipollas me ha reñido por mandar a freír espárragos a Begoñikiñiki, y luego me ha confesado que estaba muy preocupado por mí, por lo mucho que iba tardar en levantar cabeza y en superar su abandono. ¡Y ya ves! Ahora resulta que el cornudo primigenio es él…

—He tenido que hacer esfuerzos sobrehumanos para no descojonarme cuando le has explicado el verdadero motivo de tus

agujetas…

—Es tan egocéntrico que se lo merece ¡y más! —sentenció Lis, tras echarse la melena hacia atrás.

—Entonces, ¿sellamos el pacto? —preguntó Marcos, tendiéndole la mano.

—¡Sellado está! —exclamó Lis, tras darle un enérgico apretón.

—¡Genial! —replicó Marcos, feliz por haber cerrado el acuerdo—. ¡Y no hagas planes para el domingo que comemos con mi abuela…!

Capítulo 7

Desde que Lis lo dejó con Mateo, se había refugiado en el pisito de su amiga Ava, en Rivas, mientras esperaba encontrar un apartamento propio.

Y allí estaba, frente al armario de su amiga, eligiendo qué ponerse para la comida con la abuela de Marcos.

Momentos antes, Ava le había hecho la manicura y le había pintado las uñas de un vibrante naranja, adornadas con diminutos dibujos de parejas de jirafas.

Lis eligió las jirafas porque le parecían muy simpáticas y muy monas, ideales para una primera presentación en casa de la abuela de su supuesto novio.

Pero con la ropa no tenía ni idea de qué ponerse… Y más porque Ava vestía siempre de negro, media más de uno ochenta y usaba una talla treinta seis.

—No hay nada que sea muy yo —dijo Lis, descorazonada.

—Es que es mi armario —le recordó Ava, que estaba a su lado, sentada en el borde de la cama—. Si quieres te acompaño a tu antiguo apartamento y nos traemos tus cosas.

—No quiero volver a pisar esa casa, después de que la profanara esa tiparraca.

—Pero ahora eres feliz con el CEO, te tiene que importar una mierda —habló Ava, encogiéndose de hombros.

—Si eso vamos otro día. Marcos está a punto de llegar y me ha visto los cuatro trapos con los que salí de casa. Necesito algo ¡y con brillo! —exclamó Lis, moviendo sin parar las perchas cargadas de ropa negra.

—Lo único brillante que tengo son unas bolsas isotérmicas para congelados que todavía no he usado.

Lis se giró y la miró con un brillo de ilusión asomando en los ojos:

—¿Son grandes?

—Gigantes. Para meter los congelados cuando voy a casa de mi madre a pillar.

—¡Pásame una bolsa! —le pidió Lis, con una sonrisa exultante.

Ava arrugó la nariz y preguntó poniéndose de pie y con una curiosidad enorme:

—¿Qué vas a hacer con la bolsa?

—Un estilismo que lo vas a flipar.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Ava, aunque se esperaba cualquier cosa de su amiga.

—Te voy a coger unas mallas negras, una camiseta de manga larga negra, me voy a plantar encima la bolsa a modo de chalequito galáctico y, con mis *zapas* de *brillibrilli,* voy a ir ideal.

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Tráeme la bolsa y unas tijeras! Voy a hacerle un agujero para meter la cabeza y cortar las asas. Me va quedar chulísimo, ya verás…, rollo Thierry Mugler, colección primavera-verano del 94.

—Vas a ir haciéndole un homenaje —replicó Ava, rebuscando en el armario las mallas y la camiseta que daban más talla.

—Exactamente.

Ava era una chica organizada, que encontró todo al momento, se lo pasó a su amiga y se fue a la cocina a por la bolsa y las tijeras.

Lis se puso mientras las mallas y la camiseta y se calzó las zapatillas. Al momento, Ava regresó con las cosas, se las pasó a Lis, que metió dos tijeretazos a la bolsa, se la puso a modo de chaleco y le mostró el resultado a su amiga, que exclamó:

—¡Lady Isotérmica ha venido desde el futuro para conocer a la yaya de Marcos!

Lis se miró en el espejo de cuerpo entero del armario, sonrió con el *outfit* y gritó entusiasmada:

—¡Mola! ¡Me gusta muchísimo!

—Y con la melenaza suelta, los labios rojos y ese maquillaje subido… ¡Estás total!

Lis se había peinado y maquillado para ir a matar y le comentó a Ava:

—Vamos a tener que esmerarnos muchísimo para que la abuela se trague que estamos juntos.

—¿Muchísimo? —preguntó Ava, sin dar crédito—. ¡Te recuerdo que él se puso duro como la barra de pan rústico que compramos hace tres días!

—Ya, tía, hay mucha atracción entre nosotros, pero desconfía de mí. Sigue pensando que le hice *ghosting*.

—Dale tiempo.

Lis suspiró, resignada, porque hablar con Marcos era como hacerlo con una pared… *sexy*. Muy *sexy*, eso sí, y replicó:

—Es un cabezón.

—Pero estoy segura de que sigue sintiendo por ti, que lo que hubo entre vosotros sigue ahí.

—No se fía y yo tampoco estoy preparada para que pase nada. Haremos el teatro y listo. Él se quita de en medio a la vecina perfecta y yo doy por saco a los otros. No va a pasar nada más… —habló Lis, con un deje de tristeza porque ¿qué futuro podía tener con alguien que ni siquiera le creía?

Sin embargo, Ava no era de la misma opinión y recurrió a su gato que era vidente…

—Pues yo pienso que sí que va a pasar algo. Pero mejor preguntemos a Apolo…

Apolo era un gato blanco con una amplia mancha blanca en forma de M sobre el rostro, que —según había leído Ava— era considerada en algunas culturas como una señal de que se trataba de un gato mágico y especial.

Y lo cierto era que Apolo lo era.

De hecho, se llamaba así porque le gustaba la música, tirarse al sol y tenía un don para la adivinación.

Cuando tenían dudas sobre el futuro, escribían las distintas opciones en pósits. Y Apolo siempre pisaba con la pata justo la que terminaba cumpliéndose.

—Mejor pregunta por tu bombero, porque entre Marcos y yo, ya te digo que no va a haber nada —sugirió Lis, haciendo aspavientos con las manos.

Ava llevaba un año colgada de su vecino de arriba, un bombero buenorro que le alegraba la vida con solo cruzárselo en la escalera.

—Con mi bombero sigue todo igual. Y en mi caso sí que no va a pasar nada con él: tengo cero posibilidades. Ya lo asumí, porque no me parezco en nada a las tías que salen en sus fotos de Instagram.

Lis y Ava habían cotilleado un montón de veces el Instagram de Christian Manzano, alias el bombero buenorro, y en ninguna parte aparecía una novia.

—Son amigas —aseguró Lis.

—O *follamigas*. Y está claro que no debo ser su tipo.

—¿Por qué?

—Porque no hay ninguna chica en su *feed* que sea como yo: con mi aire melancólico y oscuro, mi piel de un blanco fantasmal, alta, delgada, de pelo liso y negro, ojos grandes pintados con un *eyeliner* negrísimo, nariz de gancho, un piercing en el labio, las paletas de los dientes torcidas, sin curvas, sin tetas, sin culo y con unos pies grandes, como dos barcas.

—Porque tú eres única y no tienes nada que ver con esas tías que parecen clonadas —le dijo Lis, mirándola con orgullo.

—Tías buenorras, *fitness*, de sonrisas perfectas, con tetazas y superculos, con sus camisetas rosa Barbie y esa seguridad y confianza que da saber que siempre les sale todo bien. Criaturas despreocupadas que se piensan que el mundo es bonito porque siempre les toca el trozo grande de la tarta…

—Tú no eres una más.

—Yo soy autónoma y hago trimestrales.

—Tú eres única. Especial. Diferente…

—Rara —interrumpió Ava, para que dejara de ponerle adjetivos.

—Molona. De belleza y elegancia vampíricas. Y con unos pies que son una oportunidad de negocio…

—Ah, ¿sí? —replicó Ava, enarcando una ceja.

—Con tus pies podrías hacerte millonaria en OnlyFans y en diez años ya estarías jubilada en la playa con tu yate y tu casoplón.

—Pero soy una romántica y mis pies son solo para el hombre de mi vida —repuso Ava, mordaz.

—Para tu bombero… ¡Vamos a preguntarle a Apolo qué os depara el futuro!

—Pregunta si quieres, pero vamos te va a decir lo que ya sé. Si tuviera algún interés en mí, habría llamado a mi puerta con cualquier excusa.

—A lo mejor hay una razón por la que no llama a tu puerta para pedirte unos *alicantes*…

—¿Alicantes? ¿Eso qué es? ¿Qué me pida las llaves del piso en Campello de mi abuela? —preguntó Ava, muerta de risa.

—Estoy un poco nerviosa por la cita. Digo que a lo mejor no llama para pedirte unos alicates, porque el chico es tímido.

—En los bailecitos que hace en TikTok, no parece nada tímido. ¡Este tiene pinta de haber vivido demasiados *alicantes* locos!

—No es tímido para TikTok, pero sí para hablar con su vecina *sexy,* con la que tiene sueños húmedos cada noche —afirmó Lis, con una sonrisa gigante.

—Sí, seguro que sí —farfulló Ava, con una mueca sarcástica.

—Tendrías que hablarle de algo más que no fuera la baldosa que se ha caído en el portal hace más de un año.

—Saco el tema, porque no se me ocurre otro cuando nos cruzamos en el portal. Y si le gustara, me daría bola… Y no me da. Me comenta lo malo que es el seguro de la comunidad y adiós muy buenas.

—Tienes que hacer algo —dijo Lis, poniéndose en jarras.

—¿Algo como qué? —repuso Ava, porque su amiga, directora de Innovación, siempre la sorprendía.

—Le cogería algo que tenga tendido en la ropa.

—¿Me estás aconsejando que le coja una camiseta del tendedero con un palo de gancho, y luego suba a su casa con la excusa de que la prenda se le ha caído a mi cuerda? —inquirió Ava, pensando que ni de coña.

—Mejor que le pidas un rescate… ¡y que lo pague en carne!

—Nunca voy a catarlo —repuso Ava, cruzándose de brazos, completamente cerrada en banda.

—¿Por qué no le abordas en el ascensor y…?

—Nunca coge el ascensor. Y yo, desde que lo descubrí, tampoco. Nos decimos «¡hola!» en la escalera, nos sonreímos y ya está. Al menos en el portal, tenemos el tema de conversación de la baldosa.

—Anda que no hay cosas de las que hablar… —le sugirió Lis, que para ella aquello era pan comido—. Cuando le veas, comenta que tienes frío, o calor, o hambre, o sueño…

—O ganas de follar directamente.

—Yo diría algo así como: «¡Tengo una *seeeeeeeeeeed*, que me tomaría ahora mismo una cerveza bien fría!». Ya verás cómo él también te dice que se la tomaría y, ¡zas!, le sugieres ir al bareto de la esquina. ¡Y ya lo has hecho! ¡Facilito! ¡Tu primera cita! —exclamó Lis, haciendo la V con los dedos.

—Me veo mejor diciendo: «¡Tengo *fríoooooooooooo*, me envolvería en un edredón nórdico…! ¡Vayamos al Ikea a comprarlo y luego retozamos en él!» —bromeó Ava.

—Tú sigue burlándote de mis ideas, pero funcionan para romper el hielo de forma sutil y elegante. Y no sonreírle en la escalera y preguntarle en el portal por la baldosa… ¿Cuánto tiempo llevas así?

—Solo un año. Desde que llegó al edificio y decidí que sería mi *crush* —respondió Ava, después de soltar un suspiro profundo.

—¿Un año te parece poco? Tía, hay que hacer algo ya… Y para confirmar que él siente lo mismo que tú, vamos a preguntar a Apolo —masculló Lis, frotándose las manos—. ¡Vete a por la lata de Applaws de pollo que yo me encargo de preparar los pósits!

Ava no estaba muy convencida; pero, como sabía lo plasta que podía llegar a ser su amiga cuando se le metía algo en la cabeza, se fue arrastrando los pies.

Y Lis se dirigió a su habitación, donde, tras coger unos pósits y un bolígrafo en forma de papagayo que estaban sobre la mesita de noche, se puso a escribir a toda prisa.

Luego se fue al salón y allí se reencontró con Ava, que tenía la lata de pollo en la mano y le preguntó al verla con varios pósits:

—¿Cuántas preguntas vas a hacer a Apolo?

—Un par. Va a ser un minutito. ¡Abre la lata!

Ava abrió la lata y, al momento, apareció Apolo con su elegancia felina y con un aire de superioridad, como si el piso fuera suyo y las demás, las acopladas.

Lis se agachó rindiéndole pleitesía y le hizo unas carantoñas. Apolo entrecerró los ojos y luego le lanzó una mirada de mosqueo, con los bigotes tensos, como oliéndose que tanto mimo excesivo solo podía significar que querían algo de él.

—Apolo, bonito, ¡estamos en tus manos! —exclamó Lis, hablándole como si fuera un bebé y confirmando las peores sospechas de Apolo—. Dinos si tu ama va a ligar con el bombero buenorro… —Acto seguido, Lis agarró un pósit donde había escrito el «sí» y siguió hablando mientras lo pegaba al lado derecho de Ava, que estaba con la lata abierta en la mano—: Y puedes responder que sí va a catar al bombero o puedes decirnos que tu ama se va a quedar a verlas venir —dijo, pegando el pósit con el «no» al lado izquierdo de Ava.

Apolo, que lo quería era comerse la lata de pollo y que esas dos le dejaran en paz, sin pensarlo se fue hacia el pósit de la derecha…

Si bien Ava se percató de que Lis había colocado ese pósit más cerca de ella y que por eso Apolo lo había elegido:

—¡Has hecho trampas! ¡Has puesto el sí más pegado a mí!

—¡No hay trampa ni cartón! Apolo ha dicho sí. ¡Y el universo sabes que le obedece! —exclamó Lis, alzando las cejas.

—Pregunta otra vez porque esta no vale.

Lis chasqueó la lengua y volvió a preguntar al gato que la miraba con desdén:

—Apolo, ¿tu ama va a tener un novio bombero?

—¡Así en genérico no preguntes! —refunfuñó Ava, agitando la lata al aire—. Si preguntas hazlo bien. Pregunta que si va a ser mi novio el vecino bombero.

Lis volvió a dirigirse a Apolo que bufó, con las orejas hacia atrás, porque lo que él quería era su lata de pollo y que esas dos locas se dejaran de chorradas, y le preguntó con un tonito agudo y empalagoso como si Apolo tuviera un mes o fuera directamente imbécil:

—*Guapísimooooooooo*, ¿nos puedes decir si el vecino bombero del cuarto va a ser el novio de tu ama?

—¡Pon los pósits a la misma distancia de mí! —le ordenó Ava, para que no volviera a pasar lo mismo de antes.

Lis lo hizo y Apolo se fue hacia el «sí», moviendo la cola con un cabreo considerable:

—¡*Siiiiiiiiiiiiiii*! —exclamó Lis, eufórica—. ¡Ha elegido el pósit que dice que vas a catar al bombero! ¡Apolo ha hablado!

—Yo creo que esta vez va a fallar… —murmuró Ava, porque no podía creerlo.

—Siempre se cumplen sus profecías. Y ahora vamos conmigo… —Lis carraspeó un poco y volvió a poner esa voz que provocó que Apolo le diera un zarpazo suave, de aviso—. ¡Mi chico me quiere dar la patita! ¡Ay, que te como!

Apolo le lanzó una mirada asesina y Lis le sonrió, porque sabía que era un borde, pero también un gato tierno que, en esas noches en que se había sentido tan mal por culpa de Mateo, no la había dejado sola ni a sol ni a sombra. Y, después, le preguntó a ese peluchito con garras:

—Apolo, cariño, ¿tú crees que voy a volver a tener algo con Marcos? A un lado de tu ama pondré este pósit donde he escrito: «Sí, volverán tantas chispas que la gente pensará que los del ayuntamiento han adelantado los fuegos artificiales de las fiestas», y al otro lado pondré el otro pósit en el que puede leerse: «No, ni de coña, Marcos va a seguir pensando que le hice *ghosting* hasta el siglo XXII».

Apolo la fulminó con la mirada y, si no le dio un zarpazo más fuerte esta vez, fue porque Ava movió un poco la lata y él se dirigió hacia uno de esos chismes amarillos que la amiga de su ama no paraba de colocar en el suelo.

Y, cuando Lis pensaba que Marcos nunca iba a dejar de desconfiar de ella porque era un cabezota, Apolo se sentó encima del pósit que decía que sí.

Ava dio unos saltitos de emoción y gritó tras agacharse para dejar la lata en el suelo:

—¡Vais a encender fuegos artificiales otra vez!

—Tía, no. No creo. Conmigo sí que la va a pifiar —murmuró Lis, mirando cómo Apolo se lanzaba sobre la lata de pollo.

—Pues yo pienso que no… ¡Muy bien, Apolo! ¡Eres un gato listísimo y…!

Ava no pudo seguir hablando porque sonó el teléfono móvil de Lis, que estaba encima de la mesa del salón. Esta lo cogió y comprobó que era Marcos…

Capítulo 8

Lis se echó un último vistazo en el espejo ovalado del salón, comprobó que le faltaba brillo en el rostro y sacó el lápiz iluminador del bolso mientras decía:

—Ya está aquí.

—¿Es Marcos?

Lis asintió, se aclaró un poco la voz, aceptó la llamada y exclamó con un nudo en el estómago por los nervios y la emoción:

—¡Hola, Marcos! Dime…

—Ya he llegado. Estoy abajo. Si quieres, puedes bajar… Si es que no has cambiado de opinión.

Lis resopló y dejó el móvil en el aparador con el manos libres activado. Volvió a plantarse frente al espejo y le dijo, a la vez que se aplicaba el iluminador con toquecitos sutiles sobre el rostro:

—Cuando hago un trato, lo cumplo. Si no, me dedicaría a la política…

A lo que Marcos replicó en un tono bastante borde:

—Te espero. Baja ya, que estoy en doble fila.

Luego colgó sin más, y Lis al tiempo que se extendía el iluminador con la yema de los dedos, le preguntó a Ava:

—¿Qué te parece lo suspicaz que está?

—Bueno… —murmuró Ava, mientras Apolo devoraba la lata.

—Siempre está con las indirectas de que digo una cosa y hago otra, y que no soy nada de fiar.

—Apolo dice que lo superará.

Lis, mientras se terminaba de retocar, repuso sin esperar que nada cambiara:

—No lo creo. Ya te contaré, a ver qué tal…

Ava sonrió con aire gamberro y dijo, tras sacar la lengua y girarla en círculos:

—Espero que tengas que fingir mucho.

—Tengo claro que voy a hacer teatro. ¡Voy al baño a lavarme las manos!

Lis dejó el iluminador sobre el aparador, se marchó al cuarto de baño, se lavó y secó las manos, y volvió al salón, donde Ava le preguntó pues fingir tenía un riesgo:

—¿Y si sientes mariposas otra vez?

—¡A la porra con ellas! —bufó Lis, batiendo las manos—. No puedo enamorarme. Y menos de un tío que no para de recordarme que no tengo palabra.

Lis se puso el bolso en bandolera y guardó el teléfono móvil. Se dirigió a la entrada acompañada de Ava. Y, ya en la puerta, esta le dio un beso en la mejilla y exclamó:

—¡Pásalo en grande!

Lis sonrió, caminó hacia el ascensor que estaba en la planta, pulsó el botón y las puertas se abrieron.

Lis entró, apretó el botón de la planta baja, se giró para decirle adiós a Ava y justo entonces se percató de que Apolo estaba detrás de ella con ganas de salir a pegarse una buena farra…

—¡Coge a Apolo, que se escapa! —gritó Lis, señalando al gato.

Y, tras decir esto, las puertas del ascensor empezaron a cerrarse, pero no lo hicieron del todo porque atraparon un trozo del chaleco intergaláctico de Lis.

El ascensor detectó que había una obstrucción y se bloqueó por seguridad.

Lis dio un tirón con cuidado para salvar el estilismo, pero como no se desenganchaba, tiró un poco más fuerte, luego otro poco más y así hasta que le importó un bledo el estilismo y terminó tirando con desesperación.

—¡Devuélveme mi chaleco galáctico, envidioso! —le gritó al ascensor.

Pero de poco sirvió.

Nada.

Imposible.

No había manera de desengancharse.

Muy agobiada y ansiosa, miró la botonera y probó a pulsar el botón de abrir puertas, pero no pasó nada.

—¡Ábrete, *cabroooooooooón*! —le chilló al ascensor.

Aquello era lo que le faltaba, pensó Lis, hiperventilando porque encima era claustrofóbica.

Así que pánico total.

Bueno, total del todo no.

Porque respiró profundo y lento unas cuantas veces para hacer acopio de algo de serenidad y, en ese estado, se retorció como una contorsionista de circo, dispuesta a salir de ahí, aunque tuviera que estar una semana con agujetas. Logró abrir el bolso, rebuscar dentro, agarrar el teléfono móvil, marcar el número de Ava y gritar tan fuerte que ella la escuchó sin necesidad de teléfono:

—*Avaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa*, ¡estoy atrapada en el ascensor!

Ava, que tenía a Apolo en el regazo, lo dejó en el suelo, salió pitando del salón, cerró la puerta tras de sí para que el gato no se escapara y se fue directa a la puerta del ascensor:

—¡Estoy aquí! ¿En qué planta estás atrapada?

—¡No me he movido de la tercera planta! —exclamó Lis, angustiada desde el otro lado—. ¡Se me ha quedado el puto chaleco galáctico pillado y el botón de abrir puertas no responde!

—¡Tranquila! —replicó Ava, mientras pensaba qué hacía.

—Entre la claustrofobia y la posibilidad de que alguien llame al ascensor y me arrastre estoy… ¡tranquilísima!

—Voy a avisar al portero —dijo Ava, que ya tenía claro el protocolo de actuación. O no, porque de pronto recordó algo—: ¡*Coñooooooo*! ¡No! Manuel, el portero, no trabaja los domingos, pero pulsa a la campana para que se active la llamada a los servicios de rescate.

Si bien Lis tenía otro plan que era muchísimo mejor…

—¡Y que tarden en venir cinco horas porque es domingo!

—¿No tienes algo punzante en el bolso con el que rajar la bolsa isotérmica? ¡Unas llaves! ¡Un *boli*! ¡Un…!

—¡Una mierda! —chilló Lis, desquiciada.

—¿De verdad que no tienes nada?

—Con los nervios, me he dejado hasta el iluminador. Lo único que llevo es el teléfono —respondió Lis, a gritos.

—Está bien —farfulló Ava, intentando mantener la calma—. No te preocupes que voy a pensar…

—¡Deja de pensar y llama al vecino! —le exigió Lis, histérica.

—¿A cuál? —inquirió Ava, que estaba un tanto empanada por el estrés.

—Joder, ¡al bombero! —le gritó Lis, exasperada.

Ava dio un respingo porque, de repente, le entró la duda de si su amiga estaba fingiendo y replicó:

—¿De verdad que estás atrapada? ¿O estás haciendo la bromita para que se cumpla la profecía de Apolo?

—¡Me encanta fingir que estoy atrapada en un ascensor, con la claustrofobia que tengo y con Marcos esperándome abajo, mosqueado porque una vez más le voy a dar plantón! ¡Mueve el culo *yaaaaaaaaaa*! —gritó Lis en un tono tan desesperado, dramático y, sobre todo, autoritario que movió a Ava a la acción.

—¡Voy a avisarle! —replicó Ava, más nerviosa todavía de solo pensar que iba a tener que llamar a la puerta de su *crush*—. Espera un momento que me voy a pintar los labios.

—¡No puedo esperar más! *Avaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa*, ¡espabila! ¡Siento que me está faltando el aire!

A lo que Ava respondió, convencida de que era lo mejor que su amiga podía escuchar en ese momento:

—Si ha llegado tu hora, te mueres y ya está.

—¡Tía, vete a la mierda! —gritó Lis, que, de la rabia que le dio escuchar aquello, dio un tirón superfuerte para liberarse, pero no logró nada.

—Se llama intención paradójica —le explicó Ava para que viera que su comentario era bienintencionado—. ¡Lo vi en TikTok! Si dices eso, el cerebro lo interpreta como ya que no hay peligro y te quedas tranquila.

El cerebro de Lis se quedó tan tranquilo con el comentario que le ordenó fuera de sí:

—¡Llama al bombero, *yaaaaaaaaaaaaaaaaa*!

Lis pegó tal grito que Ava salió disparada al piso de arriba, recién duchada, con la cara lavada y una camiseta negra de manga corta, desgastada y tres tallas más grande, que usaba para estar por casa.

Llamó a la puerta temblando entera, respiró hondo para calmarse, se echó la melena a un lado, se mordió los labios y se pellizcó las

mejillas para darse color.

Y entonces él abrió.

En bolas.

En bolas del todo… no. Llevaba solo una toalla blanca anudada a la cintura y a Ava se le aflojó la mandíbula al ver ese pelo alborotado, el *six pack*, los bíceps y los tríceps de acero:

—¡Hola! —saludó él, con una sonrisa que le robó a Ava el poco aliento que le quedaba.

—¡Hola! ¡Madre mía! —atinó a decir Ava.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —replicó el vecino, con cierta preocupación al verla un tanto alterada.

Ava sintió tal nudo en la garganta de la ansiedad que no podía ni tragar, asintió, luego negó y respondió, por fin, hablando atropelladamente:

—Sí. Y no. O sea, sí. Yo sí estoy bien. Pero te necesito… No para mí. Yo estoy aquí... Libre. Es para ella, que no lo está... No está nada bien.

Al bombero le extrañó que su vecina —una chica que le encantaba porque parecía siempre centrada, tranquila, que sabía lo que quería y que jamás hablaba por hablar— estuviera farfullando incoherencias, con las pupilas muy dilatadas. Por eso solo pudo hacerle una pregunta:

—¿Te has tomado algo? ¿Gas de la risa, tal vez?

Ava deseó que la tierra la tragara, luego negó con la cabeza, tomó aire y habló intentando no parecer que estaba bajo los efectos de las drogas:

—No. Es que mi amiga está atrapada en el ascensor, el portero no está y tiene miedo de que alguien lo llame y la arrastre.

El bombero abrió un armario zapatero que tenía en el recibidor, sacó unas zapatillas deportivas blancas y le preguntó, mientras se calzaba, con un tono profesional y serio:

—¿Dónde está atrapada?

—En mi planta. Entró y, al cerrarse las puertas, se le quedó pillado el chaleco isotérmico.

El vecino, tras ponerse las zapatillas, arrugó el ceño y después inquirió:

—¿El qué?

Ava resopló y, para que no pensara que su amiga era una pirada, le explicó:

—Mi amiga es directora de Innovación en una empresa de reconocido prestigio. Y, como es muy creativa, siempre pone su sello a los estilismos…

—¿Lleva puesta una bolsa de congelados? —preguntó el bombero, que pensó que, a pesar de los años que llevaba de servicio, la gente siempre lograba sorprenderlo.

—Aja. Una bolsa enorme. Las puertas han pillado un trozo de plástico, está enganchada y lo está pasando fatal porque la pobre también es claustrofóbica. Y he venido a pedirte ayuda porque como sé que eres bombero…

Y se quedó callada mientras inventaba algo para justificar que supiera cuál era su profesión. Pues lo cierto era que lo sabía porque le había fichado el nombre en el buzón y se pasaba el día cotilleándole en las redes sociales.

Menos mal que él replicó para decirle, pues él también había hecho lo mismo con ella:

—Claro, somos vecinos. Estas cosas se saben.

—¡Eso es!

—Has hecho bien en avisarme —dijo el bombero, encantado de poder echar una mano a la chica en la que se había fijado desde el primer día que llegó al edificio—. Voy a coger la llave de rescate, y tú, mientras, tranquiliza a tu amiga. Eres buena en eso…

—¿Yo? —inquirió Ava, perpleja.

—En las reuniones de vecinos jamás levantas la voz. No te hace falta. Y siempre acabamos haciendo lo que tú quieres. Eres una chica muy lista y con los nervios bien templados.

—Eres muy amable —musitó Lis, echándose un mechón de pelo detrás de la oreja, pero a la vez sintiéndose culpable por estar ligando mientras su amiga, hiperventilada, estaba atrapada en el ascensor y ¡con una bolsa de plástico puesta!

—Tú más —dijo el bombero, con su mejor sonrisa, esa que solo reservaba para la chica más especial que había conocido en los últimos tiempos—. Y lo que te decía: baja con tu amiga y, para que

se tranquilice, infórmale de que las puertas del ascensor, cuando detectan una obstrucción, se bloquean por seguridad. La cabina no se va a mover, así que no hay riesgo de que el ascensor arranque y la arrastre. Que no se preocupe por eso… y dile que ya voy a su rescate.

—Ha pulsado el botón de abrir puertas, pero no funciona —habló Ava, que no podía dejar de mirar la sonrisa del bombero.

Una sonrisa que no se parecía a ninguna que hubiera visto antes: cálida, ancha y peligrosa. Y tuvo la estúpida sensación de que había sido solo para ella.

A lo que él replicó en un tono profesional, tranquilo y eficiente, muy metido en su papel de bombero:

—No funciona porque, en este tipo de ascensor, cuando las puertas se obstruyen, hay que abrirlas desde fuera. Y tengo la llave… ¡Dame un segundo! ¡Yo me encargo de todo!

Ava pensó que, de lo que también tenía que encargarse, era del fuego que la estaba quemando por dentro por culpa de esa sonrisa y de esa forma de tomar el control como un superhéroe. Aunque lo único que exclamó, sonriente y agradecida, fue:

—¡De acuerdo! ¡Muchas gracias!

Ava bajó al tercer piso como si flotara en una nube, y también culpable por sentir todas esas cosas en medio de un rescate.

Y, cuando se plantó frente a la puerta, le gritó a su amiga desde el otro lado:

—¡Ya he hablado con él! Me ha dicho que estés tranquila, que la cabina no se va a mover mientras las puertas estén obstruidas. Se ha ido a buscar una llave de rescate para abrir desde fuera. ¡Y viene en un pispás!

—De verdad que… ¡menuda suerte tengo! —farfulló Lis, entre una inspiración y una exhalación profunda—. Y Marcos me acaba de llamar… Está en doble fila y me ha preguntado si voy a tardar mucho. No me he atrevido contarle la verdad, porque va a pensar que es una trola para quitármelo de en medio.

—¿Y qué le has dicho?

—Que el gato me ha cogido el peine y llevo un buen rato intentando quitárselo.

—Pobre Apolo, con lo bueno que es —musitó Ava, encogiéndose de hombros.

—No se me ha ocurrido otra cosa. Apolo me perdonará. ¿Y tú qué tal con el buenorro? ¿Ha habido conexión?

A Ava se le escapó una sonrisa tonta y delatora, que menos mal que Lis no vio porque iba a percatarse de todo, y le contó hablando en voz baja:

—Me he quedado tan alucinada al verle que el tío se ha pensado que estaba bajo los efectos de un globo de la risa. Solo llevaba una toalla pequeña atada a la cintura… *Diosssssssssssssssssss*… —Ava no pudo seguir hablando porque escuchó un portazo—: ¡Acaba de cerrar la puerta! ¡Ya baja!

Y Ava se llevó un sorpresón, cuando ese pedazo de bombero bajó de la misma guisa, dejándola boquiabierta al mostrar ese catálogo de músculos perfectos y la toalla a punto de caerse.

—Perdona, no me he cubierto para no perder ni un segundo.

—¿Cómo? —replicó Ava, nerviosa y sin saber qué tenía más disparado, si el cortisol por el estrés del rescate o las endorfinas al escuchar a ese cañonazo decir, con una voz *supersexy*: «Yo me encargo de todo».

—Que vengo de esta guisa para acudir antes al rescate —aclaró él que también lo tenía todo disparado porque le encantaba su vecina.

Tenía una belleza natural que no necesitaba de ningún artificio para destacar. Además, no pretendía impresionar a nadie. Era independiente, iba a su bola, tenía la mezcla perfecta de autocontrol y vulnerabilidad, era fuerte y sensible, era discreta y también cercana. No necesitaba que nadie la rescatara, pero por fin había llamado a su puerta.

Y mientras el bombero estaba con ese runrún, Ava pensó que hacía bien en no cubrirse, pues las obras de arte estaban hechas para exhibirse, y después farfulló:

—Genial, qué bueno que estés aquí…

—¿Cómo se llama tu amiga? —le preguntó él, pegándose a la puerta.

Y quien respondió fue Lis, que estaba escuchándolo todo y que, a pesar de estar al otro lado, se percató de la química y de la tensión

que había entre los dos, y decidió remar a favor de obra, diciendo:

—¡Lis, me llamo *Liiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiis*! Y mi amiga se llama Ava. Tiene un centro de uñas propio en el barrio, justo enfrente del bareto donde ponen los mejores vermuts del mundo. ¡Tenéis que ir a tomaros uno en cuanto salga de esta, a mi salud! ¡Solo espero que sea pronto…!

Capítulo 9

Ava, muerta de la vergüenza, le dijo a su amiga para que dejara de alcahuetear:

—Si cierras el pico, seguro que te saca antes.

—Deja que hable —le cuchicheó el bombero con esa voz *sexy* de tío que lo tenía todo absolutamente bajo control—. Así se desestresa un poco… —Y luego se dirigió a Lis, hablando alto, firme y calmado —: ¡Tranquila, Lis! ¡Ya voy a sacarte!

Y para que constatara la inminencia del rescate, Ava exclamó eufórica:

—¡La tiene en la mano!

—¿El *queeeeeeeeeeeeeé*? —inquirió Lis, que añadió una razón más para querer salir de ahí cuanto antes: necesitaba ver con sus propios ojos qué estaba pasando entre esos dos.

—¡La herramienta mágica! —respondió Ava, en un tono cantarín.

Si bien Lis se tomó la aclaración de su amiga de la peor forma posible y refunfuñó:

—Tíos, ¡no estoy para bromas!

—En serio, tiene en la mano la llave con la que va a rescatarte —insistió Ava tras mirar de reojo al bombero y comprobar que, realmente, eran dos las herramientas que tenía.

Y Lis, tras convencerse de que no estaban tomándole el pelo, suplicó:

—Ah. Ok. ¡Date prisa por Dios, Christian Manzano!

—¿Sabes mi nombre? —inquirió el bombero, sorprendido.

—Por los buzones —respondió Ava con la primera estupidez que se le vino a la cabeza—. Mi amiga tiene una memoria fotográfica increíble. Se sabe los nombres de todos los vecinos.

A Christian tampoco le pareció tan raro que una chica que vestía con bolsas isotérmicas tuviera memorizado el nombre de los vecinos con solo mirar los buzones y le pidió a Lis en su tono de bombero buenorro:

—Escúchame, Lis, necesito que me digas si estás alineada…

—¿Alineada, con qué? —le interrumpió Lis, entre bufidos—. ¿Con el desastre? Pues seguro que sí. Es más, me huelo que hay una conjunción de Saturno y Marte que lo está complicando todo.

—Parece muy interesante el tema de la conjunción —habló el bombero, mordiéndose los labios para no soltar la carcajada—. Luego me lo cuentas. Ahora quiero saber si está alineada… la cabina. ¿Puedes decirme si está detenida al nivel del piso?

—Si me sacas, te cuento otro día todo sobre la conjunción Saturno y Marte tomándonos un copazo por ahí… Los tres. O los cuatro, mejor. Es que tengo un novio… falso, que seguro que se apunta también —le propuso Lis para motivarle más todavía y de paso organizar una quedada.

—Esto está hecho —dijo Christian.

Y como Lis no le respondía lo de la alineación, se agachó para comprobarlo. Miró por la rendija, confirmó que estaba alineada y se levantó con tanto ímpetu que la toalla acabó en el suelo.

Y ni se agachó a recogerla. No quería perder ni un segundo más, para pasmo de Ava que estaba a punto de salir ardiendo de solo contemplar el tremendo culazo de su vecino.

Luego, mientras Lis seguía hablando sin parar, Christian introdujo la llave triangular en una ranura que estaba entre las hojas de la parte superior de la puerta, la desbloqueó y por fin la abrió manualmente, empujando con una fuerza y un todo que Ava casi se corre al ver la otra herramienta mágica.

—¡Dios *míooooooooooo*! —gritó Ava.

Las puertas se abrieron y, al oírla gritar así, Lis sintió que estaba en peligro y no se lo ocurrió nada mejor que saltar a los brazos del bombero en pelotas.

—¡Agárrame fuerte, por tu madre, Christian Perales!

—Soy Manzano. ¡Y estás a salvo, Lis! ¡Ya estás fuera! —exclamó Christian que la alzó en brazos y ella rodeó el cuerpo con las piernas.

Lis le agarró la cara con ambas manos y gritó mientras no paraba de darle besos en la frente:

—¡Gracias, gracias, *graciaaaaaaaaaaaaaaaaas*!

Y justo en ese instante, mosqueado con la espera, a Marcos le dio por bajar del coche, llamó al portero automático, comprobó que el

portal estaba abierto, entró al edificio, se dirigió al ascensor, se plantó frente a él, pulsó el botón y como no respondía, subió a toda velocidad hasta el tercer piso, donde se encontró con Lis encaramada a un tío desnudo al que no paraba de besar en la frente.

—¡Hola! Ya veo que estás con el gato que no quiere soltar tu peine —dijo Marcos mordaz y con la respiración un poco agitada por subirse los tres pisos en ocho segundos.

Lis al verle dejó de besar al bombero, se tronchó de risa y replicó feliz de estar de fuera del ascensor:

—Christian no es el gato.

—Si no me lo llegas a decir… —bufó Marcos, sarcástico a la vez que se preguntaba que qué clase de tomadura de pelo era esa.

—¡Es mi salvador! —exclamó Lis, mirando al bombero con una admiración total. —¡Ha venido con su herramienta mágica para devolverme la *libertaaaaaaaaaaaaaad*!

Marcos contrarió el gesto, molesto, pero trató de mantener la compostura antes de replicar:

—Me parece genial. Puedes hacer con tu vida lo que quieras. Pero tampoco te costaba nada mandarme un wasap para decirme que tenías otros planes y así me habría ahorrado el viajecito a Rivas y media hora de espera en el coche.

Lis resopló lamentando que Marcos no se hubiera coscado de nada y le aclaró:

—¡No hay cambio de planes! Mira, te presento a Christian, el vecino del cuarto y bombero de profesión. Y Christian él es Marcos, mi novio falso…

Christian dejó a Lis en el suelo, se agachó a por la toalla, se la enroscó en la cintura y le tendió la mano a Marcos:

—¡Encantado!

—¡Igualmente! —exclamó Marcos mientras se daban un apretón de manos enérgico y firme.

—He tenido que salir corriendo por la urgencia y me ha pillado recién salido de la ducha —le explicó Christian, tras soltarle la mano.

—¡Has sido muy majo y servicial! Sin ti aún seguiría ahí dentro… —habló Lis, agradecida.

—Para eso estamos —replicó Christian, con modestia pero seguro.

—¿Te has quedado atrapada en el ascensor? —preguntó Marcos que por fin ató cabos.

—Sí —respondió Lis, resoplando porque sabía la que se le venía encima.

Como de hecho así fue, pues al momento Marcos replicó ceñudo:

—¿Y por qué me has mentido?

Antes de que a Lis le diera tiempo a responder, intervino Ava para echar una mano a su amiga:

—Perdonad que me meta… Soy Ava. La amiga de Lis.

—Perdona tú, Ava—se disculpó Marcos—, por no haberme presentado. Encantado.

Ava se acercó a él, le plantó sendos besos en las mejillas y dijo después con una sonrisa cordial:

—Igualmente. Y que sepas que Lis no miente, lo que le pasa es que le encanta inventar. ¡Es deformación profesional!

—Me he inventado lo del gato, por temor a que lo del ascensor te pareciera una excusa para no quedar contigo —se justificó Lis.

Marcos resopló, se apretó el puente de la nariz con los dedos, como para calmarse y repuso:

—Es más creíble que estés atrapada en un ascensor que peleándote con un gato para que te devuelva el peine.

—Mira… —habló Lis para hacerse entender.

Pero Marcos no la dejó, porque no necesitaba que le diera más explicaciones:

—No hay nada más que decir. Entiendo que te encante inventar, pero a unos nos gustan las verdades y a otros las mentiras…

—Por eso quieres llevarme a almorzar con tu abuela y presentarme como tu novia. Porque solo dices verdades… —le echó en cara Lis, claramente ofuscada.

Luego, se hizo un silencio que cortaba el aire y Christian entre que se sentía incómodo por las pintas que llevaba y que el ambiente era cada vez más tenso entre los novios falsos, decidió largarse de allí:

—Bueno, chicos, yo me voy a subir a casa…

—Muchas gracias por socorrerme, Christian —le dijo Lis, llevándose la mano al pecho—. Y lo dicho: ya quedaremos otro día

los cuatro. Marcos desconfía de mí porque nos conocimos un verano —le contó para ponerle al día—, perdimos el contacto y, a pesar de que me he cansado de decirle que fue por una serie de catástrofes, sigue convencido de que le hice *ghosting*. Y de ahí no le saco. Pero seguro que se apunta a lo que organicemos porque, aunque según él sea una pinocha; le encanta hacer de mi novio falso.

—¡Perfecto! —exclamó Christian, que estaba dispuesto a soportar la tensión que había entre la pareja trucha, con tal de poder quedar un día con Ava—. Si queréis alguna sugerencia de sitios para cenar o para tomar copas, me lo decís.

—Lo mejor es que lo hables con Ava para organizar día, hora y sitio —le sugirió Lis.

—Genial. Ya sabéis donde vivo —masculló Christian, alzando las cejas.

—Sí —asintió Ava, que no podía creer que hubiera hecho tantos avances con su *crush*.

Pero su *crush* la miró con las pupilas dilatadas, respiró hondo y después masculló:

—Te espero. Tócame cuando quieras… Quiero decir que… —se excusó muerto de la vergüenza.

—Ya —farfulló Ava, conteniendo la risa—. Te entiendo. Yo te aviso…

Christian miró a Ava y pensó que para qué iba a esperar a que le avisara, si tenían un vermut pendiente y les propuso:

—Si me esperáis a que me vista, podemos tomar el vermut en el sitio que me habéis recomendado. No lo conozco.

Lis chasqueó la lengua, señaló a Marcos con la cabeza y replicó:

—Nosotros nos tenemos que ir a hacer el papelón de que somos novios, pero me encantaría que fuerais a celebrar mi rescate con un vermut.

—Por mí, encantado —se apresuró a decir Christian y luego se dirigió a Ava y masculló ansioso—: No sé si tú tienes algo que hacer…

—¡Nada! —exclamó Lis, para allanarle el terreno a su amiga—. Hoy nos tocaba poner dos lavadoras y ¡la ropa ya está tendida! Así que va seguro…

Los ojos de Ava se abrieron de par en par, alucinando con lo que estaba ocurriendo. Y más cuando Christian le clavó la mirada azulísima y brillante y le preguntó:

—¿Quedamos en una hora?

Ava se quedó callada. No le salían las palabras. Pero dio igual, porque Lis respondió por ella:

—Baja a buscarla dentro de una hora…

—Vale —dijo Christian con la alegría reflejada en el rostro y sin poder disimular la emoción por la cita.

Como Ava, que su cara también lo dijo todo y que sintiéndose flotar replicó:

—Nos vemos entonces en una hora.

Christian se fue a su casa subiendo los escalones de tres en tres para alucine de Ava que no podía dejar de mirarlo. Y, cuando por fin lo perdió de vista, se giró hacia los otros, diciendo exultante:

—Os dejo que creo que tengo una cita.

—¡Le molas! Te digo yo que le molas… —le aseguró Lis, porque la química entre ambos saltaba a la vista.

—Deséame suerte, por favor —le pidió Ava, mordiéndose el labio inferior.

—Suerte, para que te deje con las piernas temblando —bromeó Lis, divertida.

Ava soltó una carcajada y luego decidió ayudar a Lis, de la misma forma que lo había hecho con ella…

—Esta es Lis… Ya sabes cómo es —dijo Ava dirigiéndose a Marcos —, y me ha hablado muchísimo de ti.

—Si tú lo dices… —masculló Marcos, con una mueca de incredulidad.

—Lis y yo somos amigas desde que teníamos seis años, cuando nos conocimos en el colegio de Bustarviejo. Y tú siempre serás su mejor verano. Estuve con ella buscándote, y no hemos dejado de hacerlo hasta que por fin apareciste.

Lis agradeció a Ava sus palabras, aunque estaba tan convencida de que no iban a hacer ninguna mella en Marcos que la interrumpió para que no siguiera por ahí:

—Da igual lo que digas. No te va a creer. Se pensará que te he sobornado para que digas esto.

Sin embargo, Lis estaba equivocada, porque Marcos escuchaba con suma atención a Ava, quien le pareció una chica seria, auténtica y en quien podía confiar…

—No dudo de tu palabra, Ava —dijo Marcos.

—Gracias —repuso Ava, agradecida por la confianza.

—Duda solo de mi palabra. Va a dudar siempre —farfulló Lis, con una mezcla de enfado y de pena.

No obstante, Ava negó con la cabeza y le dijo convencida de que Apolo no iba a equivocarse tampoco esta vez:

—No. Ya verás como no. Y ahora os dejo que en una hora me esperan…

Luego, se despidieron de ella y, ya cuando Lis y Marcos se quedaron a solas, él le preguntó expectante:

—Entonces, ¿vienes a comer con mi abuela?

—¿Para qué crees que me he puesto mis mejores galas? —inquirió Lis, mostrando con un gesto el modelo que lleva encima.

—Es un estilismo… deslumbrante —reconoció Marcos, porque daba igual lo que se pusiera que ella siempre estaba radiante.

—Muy yo. Se me ha arrugado un poco la bolsa isotérmica después del percance con el ascensor, pero tiene arreglo —comentó Lis, planchándola con las manos.

—¿Llevas puesta una bolsa? —quiso saber Marcos, perplejo.

—¿A que parece otra cosa?

—Lo que no sé es el qué —farfulló Marcos, a la vez que se rascaba la cabeza.

—Mi ropa está en mi antigua casa, aquí no tengo más que los trapos que ya me has visto. Y como Ava solo tiene ropa negra, se me ha ocurrido plantarme la bolsa de los congelados para darle más brillo a mi estilismo.

Marcos pensó que era imposible encontrar a alguien como ella y afirmó:

—A mi abuela le va a encantar.

Si bien Lis no se lo tomó como el cumplido que era, sino que se puso a la defensiva y le advirtió:

—Si vas a hacer el chiste de que tu abuela usa bolsas así para llevar el pescado congelado a casa…

—No, en serio. Mi abuela es muy peculiar. Ya la conocerás. Si es que vienes… —murmuró Marcos, temiendo que se hubiera arrepentido.

Pero Lis bufó, abrió la puerta del ascensor y exclamó:

—¡Qué pesado, tío! ¡Vamos!

—¿Quieres bajar en ascensor? —inquirió Marcos, que se alegró de que el incidente no le hubiera afectado y que estuviera como si nada.

—¿Por qué no? Hay un bombero en el edificio que puede rescatarme…

Marcos entonces lo entendió todo. Lis estaba pillada por el bombero y con una mezcla de celos y frustración absurdos, pensó él, porque le tenía que dar igual lo que Lis hiciera con su vida, sujetó la puerta del ascensor con la mano, le cedió el paso con un gesto de la cabeza, Lis entró y luego él pulsó el botón de la planta baja.

Y justo después de que las puertas se cerraran, Marcos afirmó en el tono más neutro que pudo encontrar, para que no se confundiera con celos:

—Te gusta el bombero, pero dices que él está por tu amiga solo para disimular.

—¿Qué dices? —replicó Lis, perpleja.

—Lo que oyes. Parece que estás ansiosa por quedarte atrapada otra vez, para que te salve…

—Me da tranquilidad saber que está ahí. Y está pilladísimo por Ava…

—Y eso te pone triste… —insistió Marcos.

—¿Por qué? —quiso saber Lis, enarcando una ceja.

—Porque te gusta…

Capítulo 10

—Que no, tío. ¡No seas pelma! No me gusta. Es el *crush* de Lis y es recíproco. Después de lo de hoy no tengo ninguna duda. ¡Y les he conseguido una cita con la tontería! —exclamó Lis, frotándose las manos de lo contenta que estaba.

—Dos citas, porque también les has emplazado para otra los cuatro juntos… —le recordó Marcos.

—Sí, esa la propuse antes aun a riesgo de que Ava me acusara de lianta —le explicó Lis, justo cuando llegaron a la planta baja.

—Y no eres lianta —ironizó Marcos, tras abrir la puerta.

Lis salió del ascensor, él fue detrás de ella y mientras se dirigían al portal le explicó:

—Simplemente la quiero y solo deseo su bien. Ella está pillada por el bombero y yo he hecho todo lo posible para que sea feliz.

Luego, salieron del portal, él encendió el coche que estaba aparcado en doble fila, le abrió la puerta y le pidió:

—Sube, por favor.

A Lis casi se le salen los ojos de las órbitas al ver estacionado un Porsche Taycan y farfulló:

—¿Y este coche?

—No te gusta —supuso él—. Te parece hortera, ostentoso, ridículo, absurdo…

—Para —le exigió Lis—, no es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Me gustabas más cuando eras el chico que venía a buscarme con la Vespino.

—Dónde estará ese chico…

—En algún sitio debe estar —afirmó Lis, encogiéndose de hombros.

—Le dejaste tirado. No queda ni rastro de él —dijo Marcos, cortante.

Lis resopló al escucharle hablar de nuevo con esas palabras cargadas de resentimiento y murmuró:

—*Buenooooooooo*, ya estamos…

—Es un hecho constatado, no hay reproche en mis palabras —precisó Marcos, aunque su tono dejaba entrever el despecho.

—No, qué va —murmuró Lis, justo antes de entrar en el coche y cerrar dando un portazo.

Luego, Marcos se subió al coche sin decir nada, se acomodó al volante, arrancó y, unos instantes después, dijo:

—Mejor dejemos el tema de dónde estará el chico de la Vespino y preparemos el guion para la actuación que nos espera en un rato.

—El guion es el mismo que empleamos con Mateo —dijo Lis, para hacer aquello lo más corto posible—. Vivimos un romance de verano muy bonito, nos perdimos la pista por unas cuantas fatalidades, nos volvimos a reencontrar al convertirte en el nuevo CEO y la chispa se avivó al instante.

—Unas fatalidades… —repitió Marcos en un tono sarcástico—. Parece como si a los dioses del Olimpo les hubiera dado envidia de vernos tan felices y dijeron una tarde: «¡Vamos a joder a estos desgraciados!». Entonces, un dios borró mi número de tu agenda de contactos, otro cambió los números de tu teléfono, otro hizo que creyeras que mi apellido era Aguilar y que vivía en la calle Velilla, otro echó algo en tu bebida y provocó que te confundieras y me dijeras que eres Lis Sánchez, cuando en realidad eres Lis Suárez…

—Cuando te conocí me llamaba Lis Sánchez —afirmó Lis, dejando vagar la vista por la ventana y haciendo respiraciones profundas para no mandarle a la mierda, porque tenían un pacto.

—¿Y desde cuándo eres Lis Suárez? —inquirió Marcos, suspicaz, y esperando que inventara una buena historia.

Sin embargo, a Lis se le dibujó una sonrisa en el rostro y habló con una verdad que dejaba en evidencia que las palabras le salían del corazón y que tenían poco de invento:

—Desde hace cuatro años llevo el apellido de mi padre.

—No sabía que Sánchez era el apellido de tu madre —masculló Marcos, sorprendido.

Lis se recostó en el asiento y decidió contarle su historia, pero no al Marcos del Porsche. No. Esa historia se la contó al chico de la Vespino que sabía que aún estaba dentro del tío suspicaz y desconfiado en que se había convertido:

—Mi madre tuvo un rollo de Erasmus en Londres con un chico de Burgos, se quedó embarazada y él le dijo que no podía hacerse cargo. Sus planes eran seguir viajando por el mundo por una larga temporada y no quería ataduras de ningún tipo. Se ofreció a pagarle el aborto, mi madre desapareció de su vida sin más y decidió seguir con el embarazo.

Marcos, que estaba escuchando la historia con mucha atención, pensó que, si Lis no hubiera existido, se habría perdido la parte más bonita y divertida de su vida, y dijo rotundo:

—Me alegro.

—Yo más. Pero crecí sintiéndome abandonada por él. Y esa pena se acrecentó cuando te perdí —repuso Lis, clavándole la mirada.

Ella era no rencorosa, pero Marcos le había tocado tanto las narices que se había ganado una buena dosis de sinceridad.

Marcos paró en un semáforo, la miró atónito y replicó a la defensiva:

—Pero yo no te abandoné…

—Cuando te enteras de que tu padre estuvo dispuesto a pagar lo que fuera para quitarte de en medio, tiendes a creer que, si alguien desaparece de tu vida, es porque no quiere saber nada de ti.

—¡Yo sí que quería saber de ti!

—Sucedió que ya no estabas —dijo Lis, encogiéndose de hombros —. Y se me revolvieron los traumas hasta tal punto que empecé a desconfiar aún más de todos los chicos que se me acercaban. Tenía pánico de encontrarme con otro inmaduro emocional como mi padre o… como tú.

El semáforo se abrió. Marcos continuó la marcha y habló con frustración y rabia:

—¡Yo quería estar contigo!

—Pero no estabas —insistió Lis, lanzándole a la cara esa verdad descarnada que se había ganado a pulso con sus malditas suspicacias. Y luego, siguió sincerándose con él—: Así que lo que hice fue construir un ideal de chico perfecto y no parar hasta encontrarlo. En la búsqueda de esa estúpida utopía conocí a tantos idiotas que acabé en terapia. Y un día, mi terapeuta me arrojó la

pregunta que lo cambió todo: «¿Has pensado en hablar con tu padre?».

—¿Y lo habías pensado?

—Era consciente de que tenía un trauma no resuelto, pero me daba miedo buscarlo y que, otra vez, no quisiera saber nada de mí —reconoció Lis, con la voz un poco quebrada—. La terapeuta me recordó que yo ya no era esa bebé, sino una mujer cuyo valor no dependía de su padre, y que podía hablar con él perfectamente y poner límites para protegerme. Así que, con veinticinco años, me puse a buscarlo. No dudaba de que, hasta que no encontrara un acomodo para la figura de mi padre dentro de mí, no iba a dejar de colgarme de tíos impresentables. Más que nada porque, en mi empeño por buscar hombres que fueran lo más opuesto posible a mi padre, acababa siempre enganchada a tipos que eran como él… o incluso peores.

—Joder… —farfulló Marcos, convencido de que él encabezaba la lista de los tíos peores que su padre.

—Necesitaba ponerle remedio. Y pasaba por encontrar a mi padre. Se lo dije a mi madre... —Lis se quedó en silencio unos instantes, solo de recordar lo que le costó abordar el asunto, por si ella lo tomaba como una traición o una deslealtad. Luego, respiró hondo y siguió contando—: Ella jamás me había hablado de mi padre. Creía que así me protegía y yo no sabía ni cómo se llamaba ese señor al que mi madre ni siquiera mencionaba. Era como si yo hubiera nacido de una espora… Pero le conté lo importante y necesario que era para mí contactar con él, y después de pensárselo durante varios meses, por fin me dio su nombre completo. No tuve más que teclearlo en Google para saber dónde podía encontrarlo.

—¿Y vive en España? —preguntó Marcos con la curiosidad del que está demasiado interesado en la historia.

—Es director creativo en una agencia de publicidad en Brisbane. La primera foto que vi de él mostraba a un tío con cara de pirado, gafas de pasta amarillas, camisa con pelícanos y botines verdes.

—Ja, ja, ja, ja. Perdona… —farfulló Marcos, que después de soltar la carcajada se mordió los labios para que Lis no se molestara.

Pero Lis no se molestó en absoluto, al contrario, se rio igual que él y confesó:

—Me pasó lo mismo. Empecé a ver fotos suyas y me descojonaba… ¡Es como yo! Físicamente nos parecemos un montón… Y no solo en eso…

—¿Cómo fue el encuentro? —inquirió Marcos, que no podía más con la intriga.

—Le escribí un correo electrónico en el que le puse —y cito de memoria, porque lo leí como un millón de veces antes de enviarlo—: «Hola, soy la hija que quisiste abortar y tengo tus mismas orejas. Me gustaría tomarme un café contigo algún día. Sin reproches. Sin expectativas. Solo por curiosidad genética. Necesito saber de dónde vengo y conocer algo más del dueño del esperma al que le debo la vida. Ya me dices. Saludos».

Marcos se quedó estupefacto con el mensaje y también maravillado: por lo que decía, por el valor de decirlo así, por atreverse a enfrentar la ausencia, por reconocer una necesidad real, por su lucidez y por escudarse en la ironía para protegerse del dolor.

Y no dijo nada. Solo podía pensar en que nunca estaría a la altura de Lis. Era increíble, y más fuerte de lo que él llegaría a ser jamás…

Además, tenía ese punto de locura que lo hacía todo siempre más divertido, y que la volvía tan irresistible que era imposible alejarse de ella.

Pero lo que replicó por fin, después de esos instantes de silencio, fue:

—¿Y cuánto tardó en responder?

—Nada.

—¿Nada? —inquirió Marcos, dando un respingo.

—Eran las tres de la mañana en Australia y el tío estaba despierto porque es un búho como yo. ¡Me respondió al momento! Me pasó su teléfono y a los dos días se plantó en Madrid y nos tomamos ese café.

Marcos aprovechó otro semáforo para mirarla alucinado con la historia y mascullar:

—¡Qué fuerte!

—Mucho. No le dije nada a mi madre para que no me condicionara. No quería que me contara nada más que lo que ya sabía: que era el tío que quiso abortarme. Punto. Quedé con él, y apareció en la cafetería tarde porque se perdió…

El semáforo cambió a verde y Marcos se echó a reír, pues ese hombre le recordó demasiado a alguien. A la chica que, con solo estar cerca, le hacía sentir que no existía mejor lugar en el mundo que a su lado.

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Es un desastre! —exclamó Lis, tras partirse de risa también, al ver a ese Marcos que sí reconocía. Era el Marcos cómplice, el que escuchaba sin juzgar, sin soltar ni un maldito consejo del tipo: «Pues yo que tú habría hecho esto y lo otro…». Acompañaba de verdad en la escucha, por eso siguió compartiendo con él ese momento tan importante de su vida—: Mi padre se pierde siempre. Bueno, tengo que decir, en honor a la verdad, que yo también llegué tarde a la cita… porque también me perdí. Pero él llegó después. Y solo tuvimos que mirarnos a los ojos para saber que éramos lo mismo —dijo Lis, con un nudo en la garganta por la emoción—. Él con su camisa de piñas y yo con mis *brillibrillis*, nos dimos la mano igual de nerviosos. Nos sentamos en una mesa, y me preguntó que si quería un café con corazón…

—¿Corazón? —preguntó Marcos extrañado.

—Cruasán —aclaró Lis, divertida.

Marcos soltó otra carcajada y gritó llorando de la risa:

—¡No!

—En ese instante descubrí de dónde me viene la dislexia. Y soltamos una carcajada… —confesó Lis, entre risas—. Luego llegaron los cafés, y nos pusimos a juguetear con la cucharilla de la misma manera. ¡Era flipante! ¡Hasta cruzamos las piernas y movimos la punta del pie al compás!

—Qué increíble —masculló Marcos, fascinado con el relato.

—Era como estar frente a un espejo. La misma mirada, los mismos silencios, el mismo hablar en tromba y el mismo talento para liarla parda. Estábamos tan sorprendidos y nerviosos que no podíamos dejar de hablar. ¡Somos iguales de parlanchines! Y me

contó su vida… Es un publicista que ha estado trabajando por todo el mundo y que nunca dejó de pensar en mí.

Lis no pudo seguir hablando, porque se le llenaron los ojos de lágrimas y sintió tanta emoción que se tuvo que llevar la mano al pecho.

Marcos, conmovido al verla así por el rabillo del ojo, le preguntó porque necesitaba saberlo todo. Era Lis. *Su* Lis.

—¿Y desde cuándo supo de tu existencia? ¿Te buscó en los registros, en las redes, en…?

—No le hizo falta —respondió Lis con una sonrisa enorme y luego añadió—. Dice que siempre me sintió. Es un flipado de las energías. Y yo le creí porque, a pesar de que mi madre me había contado que él no quería saber nada de mí, siempre sentí que había una energía desconocida mandándome amor. Una energía en la que me he apoyado siempre en los peores momentos de mi vida.

—¡Qué bonita esa conexión!

—Sí —dijo Lis, con un punto de pena en la voz, pues estaba segura de que también había tenido esa conexión especial con Marcos. Y que, a pesar de estar distanciados, se habían sentido todo ese tiempo, pero, al parecer, él solo había guardado rencor. Aún así, dejó ese pensamiento a un lado y siguió hablando de su padre—: Con todo, me confesó después que no tuvo el valor de buscarme por miedo a mi rechazo, y por la vergüenza de su abandono, de su ausencia y de no haber sido el padre que yo necesitaba. Se sentía tan mal que siempre acababa convencido de que lo mejor era que yo estuviera lejos de él. Y tras su confesión, la que habló fui yo. Le hablé del miedo con el que había crecido a encontrarme con tíos como él. Le conté que quería liberarme del trauma del abandono… y que necesitaba ese café, para agradecerle haberme dado la vida, para acomodarle dentro de mí, hacerle un hueco… y seguir adelante sin miedo. Él me pidió perdón por lo que hizo. Y luego me dijo algo que aún hoy me pone los pelos de punta de solo recordarlo. Me dijo que, en su día, se había portado como un crío inmaduro y egoísta. Pero que ahora era un hombre imperfecto… al que le gustaría seguir teniendo contacto con su hija.

—¡Dios! —musitó, con la voz tomada por la emoción que las palabras de Lis le habían dejado en el pecho.

—Me quedé lívida. No lo esperaba. Y le dije que sí… —habló Lis, con el corazón en la garganta—. Él insistió de nuevo en que era imperfecto. Y yo le repliqué con aquella frase de Bert Hellinger que tú me dijiste una noche en la playa, cuando eras aquel chico encantador que conducía una Vespino…

Y Lis no pudo seguir hablando, porque Marcos recordó aquella frase, sintiendo esas palabras desde lo más profundo de su corazón:

— «Únicamente se puede amar lo imperfecto…».

Los ojos de Lis se alzaron y se llenaron de brillo al escuchar esas palabras que la tocaron como la primera vez que las escuchó, luego se quedó en silencio unos instantes, con las lágrimas a punto de aflorar, pero no quería llorar. Quería ser fuerte. Mostrarse entera. Si bien, lo miró y no pudo evitarlo, se agolparon demasiadas emociones en su pecho y dos lágrimas rodaron por su rostro.

Y, solo entonces, se dio cuenta de que se había equivocado, porque esas lágrimas no eran un signo de debilidad, sino la mejor manera de sostenerse y de ser valiente. Y, con esa certeza, habló con la emoción apretándole la garganta:

—Esa misma frase. Y nos pusimos a llorar… Como lo estoy haciendo ahora…

—Ya —farfulló Marcos, que tampoco pudo contener las lágrimas porque las palabras de Lis le atravesaron entero y le dejaron con una sensación de admiración por ella y de profunda nostalgia.

—¿También estás llorando? —preguntó Lis, enjugándose las lágrimas con la yema de los dedos.

—No. Es alergia —respondió Marcos, a la defensiva, como si le hubiera descubierto. Y se apartó las lágrimas a manotazos, fingiendo que no tenía importancia.

—Mentiroso. ¡Tú sí! —le reprochó Lis, en un tono cariñoso.

Marcos respiró hondo, muy removido por la intensidad del momento, y habló haciendo un esfuerzo por contenerse, aunque los ojos vidriosos le delataran, la mandíbula estuviera demasiado tensa y la voz le vibrara sutilmente:

—Me alegro de que hayas retomado el contacto con tu padre.

Lis sonrió con ternura, porque sabía que la alegría de Marcos era verdadera, que se alegraba de corazón por ella y le siguió contando:

—Desde el café no hemos dejado de hablar ni un solo día. Y, al año, le propuse que me diera su apellido. Le hizo mucha ilusión. Y por eso me llamó Lis Suárez. Porque además es que soy muy Suárez. Y me llevo tan bien con mi padre que, cuando el otro día descubrí que Mateo me engañaba, pensé pirarme con él a Australia. Pero luego apareciste tú y cambiaste mis planes…

—No podía dejarte escapar —se apresuró a replicar Marcos con tanta vehemencia que al momento precisó—: Por la empresa… No puedo permitirme perder uno de nuestros principales activos.

—Claro, claro —repuso Lis, que no se creía que solo la hubiera retenido por la empresa.

Marcos sonrió, porque Lis le conocía demasiado bien y replicó para preguntarle algo que le interesaba bastante:

—Y después de reencontrarte con tu padre, ¿recuperaste la confianza en los hombres?

—Mandé a la porra ese ideal que tenía que no valía para nada, porque acababa con cada uno que para qué. Y luego apareció Mateo. Me pareció un chico perfecto para mí. Serio, metódico, analítico, puntual y madrugador, muy alondra, de los que se mete en la cama las diez de la noche con pijama de botones, tapones y antifaz, y de los que plancha la ropa interior hasta hacer triángulos isósceles perfectos. ¡Adora las simetrías! Pero yo acabé harta de ver sus calzoncillos como si fueran sandwichitos del Rodilla.

—¿Y por qué pensaste que ese horror era perfecto para ti? —inquirió Marcos, espantado.

—Porque supuse que, al ser tan opuestos, tendríamos el equilibrio perfecto. Él, de hecho, me confesó que se enamoró de mí el primer día que subió a mi apartamento y vio que colgaba el abrigo sobre la lámpara y que tenía un gato que no era mío repantigado en el fregadero…

—¿Cómo que no era tuyo? —preguntó Marcos, levantado las cejas.

—Era Apolo. El gato de Ava. Ella se fue de viaje y yo me quedé con Apolo hasta que regresó.

—Apolo es el que te secuestra los peines… —dijo Marcos, con guasa.

—El mismo —repuso Lis, divertida—. Pero vamos, que lo que te decía, que yo también me pillé por Mateo porque era lo contrario a mí. Y me daba paz. Aunque la paz duró poco porque mi caos y mi desorden enseguida le dejó de parecer encantador. Y no paraba de reprocharme que no tuviera ni un solo par de calcetines emparejado, que me metiera en la cama a las dos de la mañana y que despertara a las tres con una idea brillante, que le dejara audios de ocho minutos repletos de incoherencias coherentes o que me gustara meter flores silvestres en un jarrón atadas con sus corbatas...

Marcos soltó una carcajada y pensó en la suerte que había tenido el petardo de Mateo por haber estado tres años con ella, la chica más increíblemente desastrosa que había conocido jamás…

Y con la que estaba a punto de fingir que era su pareja… ¡y ante la también alocada de su abuela!

¿Qué podía salir mal?

Capítulo 11

Marcos aparcó a escasos metros de la calle donde vivía su abuela en Aravaca, y Lis se quedó fascinada cuando vio una casa pintada en un azul aguamarina vibrante, de fachada volumétrica, con alucinantes salientes, curvas y cortes diagonales, grandes ventanales redondos y un portón de entrada en forma de círculo en el que podía leerse: «Gira sin fin».

Marcos sacó del bolsillo del pantalón la llave, abrió el portón y Lis musitó maravillada:

—¡Me encanta!

—¿El qué?

—¡Todo! ¡Pero sobre todo el azul unicornio de la fachada! Y luego esa frase… *Gira sin fin.*

—Como una rueda —habló Marcos, empujando la puerta.

—Porque nada acaba —replicó, con la mirada brillante.

Marcos no sabía si se refería a ellos o a todo en general, por eso masculló serio:

—Ya.

Y luego Lis añadió para sacarle a él de dudas:

—Y porque todo regresa.

Marcos sintió un nudo en la garganta y replicó con un punto de tristeza en la mirada:

—Cambiado.

Carraspeó, empujó la puerta y le pidió a Lis con un gesto de la cabeza que pasara.

Ella atravesó el portón y se quedó boquiabierta al ver el jardín más original del mundo.

Era enorme, con el césped muy cuidado, y estaba repleto de esculturas gigantes de flores de resina, de tallos largos y estilizados con brillantitos incrustados, pétalos voluminosos de colores vibrantes, y caritas con sonrisas de oreja a oreja y un maquillaje muy recargado.

Pero también había flores de verdad, como rosas, lirios y tulipanes que lucían en todo su esplendor y que se mezclaban, de manera

armoniosa y natural, con los árboles de cerezo y de magnolia y las palmeras de abanico.

—¡Qué belleza! ¡Es un derroche de color, luz y alegría! —exclamó Lis, mientras caminaban por un sendero de baldosas rosas hacia la puerta de entrada de la casa—. ¡Y aquello de allí es una piscina en forma de guitarra! ¡Como la del Hard Rock de Punta Cana! —gritó emocionada al descubrir la piscina.

—Mi abuela se construyó una piscina con la silueta en forma de guitarra porque se lo debe todo a la música.

—¡Me vuelve loca! —farfulló asombrada, sin poder apartar la vista de la piscina.

—Ya sabía yo…

Acto seguido, Lis se tambaleó un poco, distraída mirando la piscina, recuperó el equilibrio y le preguntó:

—¿El qué sabías?

—Que sois del mismo palo.

—¿Cómo exactamente? —preguntó Lis que se giró para mirarlo.

—Peculiares.

Ella sonrió, porque sabía que Marcos usaba esa palabra para decir que le encantaba cómo eran ellas, y siguieron caminando hasta que llegaron a la casa…

—Bueno, bueno, bueno… —masculló Lis, tras ver dos esculturas metálicas de estilo *ciberpunk* de dos ángeles con las alas extendidas y resplandecientes por las luces LED que tenían en su interior—. ¡Y lo que me faltaba eran esos dos ángeles flanqueando la puerta!

—San Gabriel tocando la trompeta y san Rafael tocando la flauta —habló Marcos, como si se los estuviera presentando.

Lis los saludó con una inclinación de cabeza y masculló fascinada:

—¡Me flipan!

—Y a mí también. Para mí esta casa es muy especial —habló Marcos con nostalgia y ternura—. Y no solo porque sea bonita por fuera, sino por una razón muy personal. Aquí podía ser yo… —Marcos se quedó en silencio unos instantes, Lis tampoco dijo nada, tan solo esbozó una sonrisa cómplice que animó a Marcos a tomar aire y a seguir relatando—: Mis padres siempre estaban muy ocupados y eran muy exigentes. Nos apuntaron a mis dos hermanas

y a mí a todas las extraescolares habidas y por haber. Deportes, idiomas, un instrumento… ¡Y teníamos la obligación de destacar en todo! El único lugar donde podíamos ser niños, jugar sin reglas, reír a mandíbula batiente, soñar despiertos, ensuciarnos, hablar de todo y de nada, recibir abrazos apretados sin pedirlos y sentirnos queridos como en ningún otro sitio era en esta casa —acabó de contar Marcos, con los ojos vidriosos y la voz un poco quebrada por el recuerdo.

—Ahora entiendo perfectamente lo que esta casa significa para ti —musitó Lis, a la que le entraron unas ganas de abrazarlo tremendas.

Marcos sonrió, porque sintió a Lis más cerca que nunca, como si de alguna manera él hubiera sido abrazado por sus palabras. Luego, le dijo:

—Y ahora, si no te importa, voy a llamar al timbre....

—Pero si tienes llave —le recordó Lis.

—Sí, pero quiero que escuches algo —dijo Marcos, agradecido por las palabras de Lis.

Marcos tocó el timbre y sonó una melodía que Lis reconoció al momento:

—*Solo tú eres esa chica, que va dejando brillibrilli al pasar*… Ja, ja, ja, ja. ¡No me lo puedo creer!

Él levantó la mirada, como si el tiempo se hubiera detenido y volvieran a ser ellos otra vez y le preguntó:

—¿Me das la mano?

Lis le miró y vio en los ojos de Marcos destellos del que chico del que se enamoró, pero la cabeza le advirtió que tuviera cuidado y preguntó:

—¿Para?

—Somos novios… falsos.

Marcos pronunció aquellas palabras con una frialdad que a Lis le dolió, pues era la evidencia de que, aunque a ratos él se pareciera demasiado al de antes, todo había cambiado entre ellos.

—Ah, sí claro —farfulló Lis, disimulando como pudo la decepción y la pena.

Luego, ella movió lentamente la mano hacia la de él, las pieles apenas se rozaron suavemente, las manos se buscaron… y se encontraron.

Marcos envolvió con su mano ancha y fuerte la de Lis. Después hubo una pausa muy leve, como un chispazo eléctrico, que los llevó a entrelazar los dedos y a sentir el mismo estremecimiento súbito que desmintió las palabras que él acaba de pronunciar.

Porque aquello no tenía nada de falso…

Si bien ninguno dijo nada, la puerta se abrió y se iluminó el interior, donde Lis pudo ver cómo colgaban de las paredes unos platos con dibujos divertidos de músicos y cantantes de todos los tiempos, un baúl antiguo apostado en un lateral, y por fin, la vio a ella.

Rita. La abuela de Marcos.

La autora de canciones de amor que arrasaban en las listas de ventas y que componía para nuevos talentos y para artistas consagrados.

Apareció con una sonrisa gigante, el pelo rubio platino corto con flequillo recto, pendientes en forma de pepinos colgando de las orejas, ojos bien delineados, pestañas exageradas, colorete fuerte marcando pomulazos, labios pintados de un rojo chillón, y luciendo un vestido a capas de color rosa chicle junto con unas zapatillas Balenciaga X-Pander blancas que hicieron enloquecer a Lis.

Porque esa señora no podía molar más.

—¡Hola, Rita! ¡Soy Lis! ¡Al fin nos conocemos! —exclamó Lis, arrojándose a sus brazos con una ilusión tremenda.

—¡Qué alegría! ¡Lis Sánchez! —exclamó la abuela mientras la abrazaba bien fuerte y con los ojos húmedos—. ¡La chica *brillibrilli* a la que compuse una canción antes de conocerla!

Y Marcos, al recordar lo que había pasado después de perder a esa chica que su abuela había imaginado antes, se puso de tan mal humor que se olvidó de que estaban haciendo teatro y dijo en un tono cortante, cargándose la magia y la emoción del encuentro y devolviendo a Lis a la cruda realidad:

—Ya no es Lis Sánchez.

Ellas deshicieron el abrazo, pero Rita no soltó la mano de Lis y le preguntó a su nieto:

—¿Y ahora quién es?

Marcos saludó a su abuela con sendos besos en las mejillas y le respondió serio:

—Suárez. Lis Suárez.

Un silencio de lo más incómodo lo llenó todo. Lis carraspeó nerviosa y rompió la tensión que se mascaba en el ambiente contando:

—Mi padre no quiso yo que naciera, desapareció de mi vida, pero hace unos años lo busqué y… acabé encontrando un padrazo. ¡Y un apellido!

Rita, sin soltar la mano de Lis, la miró con una mezcla de cariño y admiración, y afirmó:

—Hay que tener mucho valor y grandeza para perdonar algo así.

—No fue fácil —reconoció Lis encogiéndose de hombros y con una sensación de opresión en la garganta, como si le costara que le salieran las palabras—, pero entendí que era alguien que no supo hacerlo mejor. Alguien tan imperfecto como yo…

La abuela la envolvió entre los brazos, le dio un abrazo apretado y cariñoso, y después, agarrándola por los hombros y mirándola con orgullo, exclamó:

—¡Ay, Lis! ¡Cómo me gustas!

A Lis se le iluminó la mirada, esbozó una sonrisa gigante, dio un beso en la mejilla a Rita y replicó agradecida por la generosidad y el cariño con que la había acogido:

—¡Tú más!

—¡Y tu *outfit* me pirra!

—¡Y a mí el tuyo, Rita!

—¡Qué mona eres! ¡Y qué increíble que os hayáis vuelto a encontrar después de tanto tiempo! —habló la abuela, que se apartó un poco de Lis y se llevó las manos al pecho.

Marcos, como si hubiera recordado de golpe que tenía una novia falsa, la agarró de la mano, forzó la sonrisa y masculló:

—Ha sido como un milagro. ¡No podía creerlo cuando descubrí que era la directora de Innovación de la empresa que había

comprado!

—¡Guau! ¡Directora de Innovación! ¡Eso suena genial! —exclamó la abuela, entusiasmada.

—Me apasiona mi trabajo —reconoció Lis.

—Se nota. La gente que ama lo que hace tiene un brillo especial en la mirada. Ese que tú tienes —apuntó Rita, agitando los dedos para hacer el gesto de las chispitas.

—Y tú también —replicó Lis, porque a Rita le brillaban muchísimo los ojos.

—Soy muy vocacional. Compuse mi primera canción con cinco años… Y reconozco que soy una privilegiada por haber encontrado una pasión que me absorbe por completo y que da sentido a mi existencia.

—Y una pasión con la que nos haces muy felices ¡Adoro tus canciones! ¡Y no es peloteo! —aseguró Lis, con una sinceridad que a Rita le encantó.

—¡Qué linda eres! ¡No me extraña que mi nieto no parase de hablarme de ti! ¡Siempre ha estado loquito por ti! Incluso cuando se empeñaba en que le habías hecho *ghosting*, aunque yo siempre tuve el pálpito de que no —aseguró Rita, que le clavó la mirada a Lis como si buscara la verdad en su rostro.

—No fue *ghosting*, sino una sucesión de desastres —replicó Lis, frunciendo el ceño y con una mueca triste y amarga porque aquello le pesaba demasiado.

La abuela esbozó una sonrisa cómplice, con la que Lis sintió que le creía, y luego habló:

—Lo bueno es que ha vuelto a encenderse la llama.

—Ajá. Y ardemos —masculló Marcos, que, por seguir con el guion, y para sorpresa de Lis, que no se esperaba semejante arrebato, la agarró por la cintura, la estrechó contra él y le pegó tal besazo que los dos se quedaron con los corazones desbocados.

—Vaya, vaya… —masculló la abuela, clavada en el sitio y con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—Perdona por el arrebato, abuela. Pero es que la pasión cuando es tan intensa…

—Lo sé, querido. Lo sé. ¡Así que no pidas perdón, porque da gusto veros tan… felices y arrebatados! Pero sigamos hablando mientras vamos a la pérgola. Como hace buen tiempo, he preparado todo para almorzar allí —informó la abuela, señalando una encantadora pérgola de madera, cubierta por enredaderas y jazmines, que se alzaba al fondo del jardín.

Luego, Rita le ofreció el brazo a Lis para que se engancharan, y juntas caminaron del brazo hasta la pérgola por otro sendero de baldosas rosas, con Marcos siguiéndolas unos pasos detrás.

—El amor siempre encuentra su camino —dijo Rita, dándole a Lis unos golpecitos cariñosos en el dorso de la mano—. No paraba de decírselo a mi nieto cuando creía haberte perdido. Y le hice una canción…

Lis saltó como un resorte, porque sabía perfectamente a lo que se refería:

—¡Ya sé cuál es! La canta Sira Gomis… En cuanto la escuché, supe que te habíamos inspirado esa canción que habla de una chica que le estampa un helado de menta y chocolate a un chico que se pasa el día mirando a las estrellas. Escribí a la discográfica contándoles que había inspirado esa canción y que necesitaba hablar con la compositora por un asunto urgente. Pero nunca me respondieron…

Rita se paró en seco, molesta y frustrada por la incompetencia de esa gente:

—¡No me lo puedo creer! Mira que les digo que me reenvíen todo lo que me mandan.

—Aunque lo intentaras, sería imposible que pudieras leer todo lo que te escriben —le recordó Marcos.

—Para mí todos los mensajes son importantes. Y el de Lis… imagina cómo lo habría cambiado todo —habló la abuela, echándose a andar de nuevo.

—Te busqué por todas partes, Rita; pero no hubo forma de dar contigo —lamentó Lis.

—No tengo redes. Es mi forma de vivir en paz —dijo Rita en un tono tranquilo, sin necesidad de justificarse.

—Te entiendo… —repuso Lis.

Rita la miró risueña y confesó con toda la sinceridad del mundo:

—Aunque las cotilleo siempre…

—Ja, ja, ja, ja —se tronchó Lis.

—¡Estoy en el mundo! ¡Me entero de todo! ¡O casi! Aunque la noticia que me tiene más loca es lo vuestro. ¡Se os ve tan felices…! ¿No es cierto?

Lis vio a la abuela tan entusiasmada que sintió un nudo horrible en el estómago por tener que mentirla y se puso tan nerviosa que farfulló:

—Muy trucho.

La abuela soltó una carcajada, mientras Marcos, que seguía detrás, se pasaba la mano por la cara, agobiado por el desliz de Lis:

—¿Muy trucho? —inquirió la abuela.

—Mucho, quiero decir que muy mucho, que estamos felices muy mucho —aclaró Lis, hablando atropelladamente y sintiendo una mezcla de culpa y vergüenza por mentir.

Sin embargo, la abuela pareció no darle importancia a la metedura de pata y le preguntó a Lis entornando la mirada:

—¿Y cómo fue la cosa? ¿Os volvisteis a ver y…?

—Nos volvimos a reencontrar hace unas semanas, nos miramos y… zas —habló Marcos, en un tono seco. Y antes de que Lis volviera a liarla de nuevo.

—Zas, ¿y qué pasó? —preguntó la abuela, muerta de risa—. ¿*Aquí te pillo, aquí te mato*?

—Pasó que no hubo que decir nada —respondió Marcos, para zanjar aquello cuanto antes.

—Lo cuentas de un modo que parece que estés hablando de que fuiste a la Seguridad Social y el funcionario te adivinó el trámite —repuso la abuela, mordaz.

Entonces, la que habló fue Lis que decidió echarle todo el romanticismo del mundo…

—Nos miramos y supimos que nunca habíamos dejado de amarnos.

La abuela se sacó el teléfono que tenía guardado en el bolsillo y gritó porque la frase le pareció de lo más inspiradora para una canción:

—Siri, cógeme esta nota: «Se miraron y supieron que nunca habían dejado de amarse».

Siri registró la nota y Lis, en su afán por cargar más las tintas del romanticismo, añadió:

—Así fue. Yo tenía novio, pero…

—Pero llevas las uñas pintadas con jirafitas… —le interrumpió la abuela, guiñándole uno ojo.

A lo que Marcos, con un mosqueo tremendo, replicó con una especie de gruñido, convencido de que Lis la había liado otra vez:

—¿Qué pasa con las jirafitas?

—No son monógamas —contó la abuela, guardándose el teléfono móvil—. No forman vínculos duraderos, a lo largo de la vida, tienen varias parejas y también se lían entre jirafas del mismo sexo… Imagino que como Lis…

Marcos, sin salir de su asombro, preguntó, aun a riesgo de que Lis soltara lo primero que se le pasara por la cabeza y mandara a tomar por saco el guion:

—¿Te has pintado las jirafas por eso?

Capítulo 12

Marcos hizo esa pregunta justo cuando llegaron a la pérgola decorada con farolillos, donde había mesa larga de madera maciza y sillas desiguales con cojines de colores, sobre una alfombra de yute.

Sobre el camino de mesa de lino, Rita había colocado con esmero una vajilla con notas musicales pintadas a mano, unas copas de cristal tintado en ámbar, cubertería de plata, una ensalada gigante con una pinta estupenda, tablas de quesos y patés, lenguados en un recipiente que conservaba el calor, un frutero con peras, manzanas y plátanos, un cesto con pan cortado, una jarra de agua con hielo, un centro de mesa con margaritas y un cuenco con toallitas húmedas para limpiarse las manos.

Rita les pidió que se sentaran, y ellos lo hicieron frente a ella, cogiditos de la mano…

—¿Queréis un poco de agua fresca? —ofreció la abuela.

Ellos dijeron que sí y, mientras Rita servía el agua, Lis aclaró el tema de las jirafas…

—Pues en cuanto a las jirafas de mis uñas, le he pedido a amiga Ava, que tiene un centro de uñas, que me las pinte porque me parecen simpáticas y tienen buen rollo.

—Así somos los que fluimos sin etiquetas —replicó Rita, tras llenarle el vaso.

—¡Muchas gracias! —exclamó Lis y tras dar un sorbo le preguntó a Rita—: ¿Tú fluyes sin etiquetas?

Rita asintió y contó mientras terminaba de verter la bebida en los otros dos vasos:

—Me casé con veinte años, tuve a la madre de Marcos y me divorcié a los catorce meses. El matrimonio no era la mío. Necesito sentirme enamorada para componer y tengo facilidad para pillarme de unos y de otras. Me atraen las personas. La edad y el género me dan lo mismo. Soy de sexualidad abierta y amo de forma muy libre… ¿Tú también amas sin límites? —le preguntó Rita a Lis, y Marcos por poco no escupió el agua que estaba bebiendo, de los nervios que le entraron.

Y más cuando escuchó a Lis responder con una convicción total:

—Sí.

—¿Sí? —inquirió Marcos, apretándola fuerte de la mano para que recordara que eran novios atrapados en una relación monógama, exclusiva y trucha.

—Pero solo a ti —se apresuró a decir Lis, batiendo deprisa las pestañas.

Si bien lo que dedujo Rita de todo aquello no fue otra cosa que:

—O sea, que te atrae de todo un poco, como les sucede a las jirafas, pero amas de uno en uno.

Marcos la miró, espantado, esperando que aclarara el equívoco cuanto antes, y Lis replicó a toda velocidad, convencida de que había encontrado al animalillo vertebrado perfecto con el que se identificaba:

—¡No, no soy nada jirafa! Soy más bien como… un caballito de mar.

Rita se inclinó ligeramente hacia adelante, arqueó una ceja, se llevó la mano al mentón y exclamó:

—¡Qué interesante! ¡Eres hetero y monógama por temporadas!

—¿Cómo que por temporadas? ¿Eso qué es? —inquirió Marcos, que se revolvió en la silla, pidiéndole explicaciones a Lis.

Ella lamentó haberla pifiado con la elección del caballito de mar, que no recordaba que fuera monógamo temporal, se quedó callada unos instantes y, por fin, creyó dar con la criatura que la definía a la perfección:

—A ver… Soy más como una gaviota.

—¡Fascinante! —exclamó la abuela, que se lo estaba pasando en grande—. Te emparejas, pero también copulas fuera de la relación.

Marcos se pasó la mano por la cara, miró a Lis echando humo hasta por las orejas y farfulló:

—Me parece que te estás liando. ¿O no?

—El que te estás liando eres tú —le reprendió la abuela—. Yo la he entendido clarinete. Le gusta picar fuera del plato.

Marcos tragó saliva, miró a Lis con cara de que arreglara ese despropósito como fuera y repuso:

—¿Qué?

—Que Lis cambia de equipo cuando le viene en gana —insistió la abuela, para que se enterara de una vez.

—¿En serio? —preguntó Marcos, clavándole la mirada a Lis que no sabía dónde meterse.

—Sí, Marquitos, sí. La gaviota es promiscua —le recordó la abuela —. Está documentado con estudios de ADN. Si quieres, luego vemos un documental que me tragué hace poco y que es buenísimo…

Lis bebió un poco de agua, porque con los nervios tenía la garganta seca, y luego intervino para decir:

—El documental seguro que es lo más, pero yo me he equivocado de pájaro. Es que soy un poco disléxica.

—No pasa nada, preciosa —exclamó la abuela, gesticulando con las manos.

—Cuando estoy nerviosa me enredo con las palabras —se excusó Lis, aferrada al vaso de agua.

—Estás en tu casa —le dijo la abuela con una sonrisa enorme.

Lis respiró hondo, sonrió agradecida por las palabras cariñosas de Rita y, entonces, le vino el nombre del ave que sí que era como ella:

—Eres muy amable, Rita. Y bueno… lo dicho… no soy una gaviota. Soy como un albatros.

—*Aaaaaaaaaaaaaaaah* —farfulló Rita, asintiendo con la cabeza—. ¡Acabáramos! Ese sí que es un pájaro fiel, hetero, monógamo y con vínculos de por vida; de los que planta el nido en el mismo sitio y nunca busca aventuras fuera de él.

—Así soy —aseguró Lis y, cuando parecía que había arreglado el despropósito, los sorprendió diciendo—: El que era una jodida gaviota era mi novio. Me enteré hace una semana que me ponía los cuernos con una compañera, ¡y teníamos una relación cerradísima!

—¿Pero no llevas unas semanas con Marquitos? —preguntó Rita, entornando de la mirada de puro desconcierto.

—Se ha equivocado de nuevo. ¡Es la dislexia otra vez! —habló Marcos, que no se le ocurrió nada mejor para salir del brete.

—Sí —asintió Lis con énfasis, dando fuertes cabezadas.

—Se lía con las fechas, con los nombres de los pájaros… —explicó Marcos, para justificar la última pifia de Lis.

—No pasa nada, tesoro —masculló la abuela, haciendo aspavientos con las manos y convencida de que sí que estaba pasando algo. Y para averiguarlo añadió—: Vamos a brindar por lo vuestro… Pero… Uy… No hay vino… ¡Vaya! ¡Se me ha olvidado traerlo! —exclamó con una mueca de contrariedad y luego le pidió a su nieto—: ¿Podrías ir a la bodega y traer la botella de albariño de Pazo de Barrantes que me regaló tu padre el otro día para que brindemos? Además, viene genial para acompañar el lenguado a la naranja que tanto te gusta…

Marcos conocía a su abuela tanto que sabía que era una trampa, por lo que tenía claro que ni de coña iba a ausentarse de la mesa y farfulló forzando la sonrisa:

—No hace falta. Con agua fresquita es suficiente.

—Sí que hace. Es una ocasión especial que hay que celebrar con un vino especial. ¿Verdad que sí, Lis? —replicó la abuela, que se las sabía todas.

Y Lis, ajena a la partida de *ping-pong* intelectual que estaban librando los otros dos, replicó:

—Sí, me encanta el albariño.

Rita sonrió porque siempre ganaba esas partidas y le dijo a su nieto, divertida:

—¡Venga, no seas perrete, Marquitos! ¡Te esperamos!

Marcos se levantó a regañadientes, sabiendo que su abuela no iba a parar hasta que consiguiera su objetivo. Y, antes de ir a por la botella, agarró a Lis por los hombros y le dio otro buen morreo, para asegurarse de que su abuela no invitaría más a Sofía a las comidas de los domingos.

Lis se quedó con las rodillas temblando porque su novio de pega besaba como nadie y lo celebró; así, el papelón era más creíble.

Marcos se fue a por la botella de vino con una erección tremenda y ansioso por volver rápido porque su abuela era experta en hacer tercer grados con tanta sutileza que, antes de que te dieras cuenta, ya le habías desembuchado cosas que ni sabías que sabías.

Así que Marcos corrió por el sendero de baldosas rosas en dirección a la bodega.

Y en cuanto la abuela vio que entraba en la casa, se levantó, abrió una nevera portátil que estaba a su derecha, sacó una botella de vino y volvió a la mesa con ella.

—A mí también me gusta el albariño —dijo Rita a la vez que descorchaba la botella.

Lis se fijó en que la abuela estaba poniendo el sacacorchos sobre el tapón de una botella, como la que había ido a buscar Marcos, y preguntó, en su ingenuidad:

—¿Esa botella no es como la que ha ido a buscar Marcos?

—Sí, quería hablar contigo a solas y he hecho un poco de teatro… como vosotros con vuestro romance —respondió la abuela tras descorchar la botella sin esfuerzo, sonriendo como si lo que acabara de decir fuera una broma sin malicia.

Lis, sin saber si la abuela acababa de contar un chiste o les había descubierto, farfulló con la expresión congelada:

—Eh… A ver… Yo…

La abuela le sirvió el vino y le preguntó con una sonrisa encantadora, como si acabara de tener esa ocurrencia:

—¿Tú ex es el culpable de que estés haciendo este paripé?

Lis agarró la copa de vino, dio un trago mientras pensaba qué narices respondía y, como no se le ocurrió nada, se puso a reír como si aquello fuera un chiste buenísimo:

—Ja, ja, ja, ja, ja.

La abuela también se rio a carcajada limpia, se sirvió vino y le dijo con una mirada que Lis sintió como una poderosa máquina para descubrir la verdad:

—Estoy de tu lado.

Lis respiró un poco más aliviada, porque las palabras de Rita le parecieron sinceras, pero con todo se negó a soltar prenda y se limitó a mascullar:

—Vale. ¡Muchas gracias!

Rita bebió un poco de vino, miró a Lis con esa mirada escrutadora y le preguntó con una sonrisita cándida:

—¿Pero eres jirafa?

—¿Yo? —preguntó Lis, que no podía estar más desconcertada.

—Mi nieto lleva años más perdido que Carracuca. Se me ocurrió invitar a mi vecina Sofía, que es justo lo contrario al tipo de chica que a él le gusta, porque a él le gustan como tú, para ver si pasaba esto.

—¿El qué? —preguntó Lis, rezando para que Marcos regresara cuanto antes.

—Supuse que, para librarse de las comidas de los domingos con Sofía, se esforzaría en buscarse una chica —habló Rita, con una sonrisa de satisfacción, ya que el plan le había salido redondo—. Y esa chica ya está aquí, pero aún no le ha echado el guante…

—Ya —farfulló Lis sin dejar de mirar de reojo el camino de baldosas rosas, esperando a que Marcos apareciera.

—¿Qué pasa? —preguntó la abuela.

—La expresión «echar el guante» es tan…

—¡Juguetona! A ti te gusta jugar… como a mí —afirmó Rita, con una sonrisa encantadora.

—Tú eres mejor jugando a esto —reconoció Lis, pues era obvio que estaba a años luz de ella.

—Creo que eres perfecta para Marcos. Y cuando os besáis, lo hacéis de verdad.

—Bueno… —dijo Lis, que sintió de repente un calorazo tremendo en la cara y se puso colorada.

—¡Qué rubor tan adorable!

—¡Madre mía! —farfulló Lis, llevándose las manos al rostro.

—¡Tenéis mucha química! Salta a la vista, tesoro. Ja, ja, ja, ja —se tronchó la abuela.

Y a Lis no le quedó más remedio que decir la verdad…

—Hay una atracción entre nosotros que no se puede ocultar.

—Pero no sois novios. Ni nada.

—Nada, lo que se dice nada… —farfulló Lis, sin saber qué decir.

—O sea que no sois novios —dedujo la abuela y luego añadió—. Y no pasa nada. Tú tranquila. ¿A ti él te gusta?

—Está buenísimo…

—Te gusta solo como *follamigo*.

—A ver…

—¿Te gustaría que fuera tu pareja? —inquirió la abuela, enarcando una ceja.

—¿Cómo dices?

—¡Me encantaría que lo fuerais!

—Ya.

—¿Qué lo impide?

Lis, tal vez llevada por el curso de la conversación y los nervios que tenía encima por el interrogatorio, no pudo callarse la verdad y se sorprendió a sí misma diciendo:

—Marcos sigue creyendo que desaparecí de su vida porque me dio la gana.

—¿Y no fue así? —preguntó la abuela, aunque su tono sonó a que sabía la respuesta.

—No, claro que no. Se grabó mal su número de teléfono, le di el mío con los números cambiados, memoricé mal su apellido, su dirección…

—Te creo —le interrumpió Rita, con una convicción que no dejaba lugar a dudas.

—¿Sí?

La abuela asintió, sonrió de oreja a oreja y replicó divertida:

—Me fio *muy trucho*.

Lis se llevó la mano a la frente, se mordió el labio inferior y exclamó avergonzada:

—¡Qué cagada!

Rita cogió un trozo de queso, probó un poco y abrió el juego diciendo:

—Imagino cuál es el trato que tenéis. Él se libra de Sofía, y tú le das celos a tu ex…

Con las cartas sobre la mesa, Lis no tuvo más opción que decir la verdad. Además, Rita no se merecía otra cosa…

—Pillé a mi ex hace unos días liado con otra compañera. Y justo cuando iba a presentar mi carta de renuncia y a largarme a Australia con mi padre, apareció Marcos y me pidió que no me marchara, porque me necesita en la empresa.

—¿Solo en la empresa? —preguntó la abuela, tras comerse el trozo de queso.

—Sí.

La abuela negó con la cabeza y replicó dando un manotazo al aire:

—¡Eso no se lo cree ni él!

Lis se encogió de hombros, respiró profundo y, antes de que regresara Marcos, confirmó la teoría de Rita:

—El caso es que me propuso fingir que somos novios para darle por saco a mi ex. Y, a cambio, tengo que venir a comer los domingos contigo, en calidad de novia, para que dejes de meterle a Sofía por los ojos.

—¡Qué comidas, hija! ¡Qué tostanazo! —exclamó Rita, poniendo cara de aburrimiento infinito—. Aún recuerdo la última, en la que estuvieron hablando durante tres horas sobre los parecidos entre Diocleciano y Putin, con un nivel de detalle de catedrático.

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Menudas chapas! —bufó Rita, horrorizada—. Me tenía que meter un litro de Coca-Cola para mantenerme despierta…

—Ja, ja, ja, ja.

—Me interesa la cultura, la historia, la actualidad, pero… un domingo de sobremesa, lo que me apetece es hablar de que el camello del barrio me ha invitado a una *rave* en la sierra.

—Es más divertido…

—¿Verdad? Y no veas cómo son esas *raves*… —murmuró Rita, resoplando.

—Ja, ja, ja.

—Sofía es una buena chica, pero es lo que menos le conviene a mi nieto. Y, las cosas de la vida, antes de que Marcos me dijera que iba a venir a comer contigo, Sofía me contó que ya no vendrá más a nuestros almuerzos porque está conociendo a un surfero que viaja por todo el mundo improvisando y sin pasaporte. No sabe quién es Diocleciano, pero sabe vivir…

—Anda…

—¡Se cansó de las turras eruditas de los domingos! A Marquitos no le digas nada, que nos conviene que siga fingiendo que sois novios.

—¿Para qué nos conviene? —preguntó Lis, desconcertada.

—Para que sea lo que tenga que ser. —Con todo, a Rita aún le quedaban algunos flecos sueltos para hacerse una idea de lo que realmente estaba pasando. Así que cogió un palito de zanahoria cruda, lo hundió en el paté y preguntó—: ¿Y por tu ex qué sientes?

—Asco, rabia, frustración, decepción…

—Ya no estás enamorada de él… —masculló Rita, mientras que con gestos le decía a Lis que picara algo—. Y empieza con los entrantes, por favor, que Marcos debe estar a punto de regresar… desesperado.

—Le llamo para que venga… —habló Lis, tras agarrar el teléfono.

—Cuando termines con la historia…

—Tampoco hay mucho más que contar. Lo que me enamoró de mi ex fue que era absolutamente distinto a mí y lo mismo fue lo que me desenamoró. Estar con él se volvió como una rutina más de mi día a día, como lavarse los dientes: algo que haces por costumbre y que ya ni te preguntas por qué.

—Tú eres una chica apasionada —dijo Rita, cogiendo otro palito de zanahoria.

—Sí, pero la he pifiado mucho con los chicos. Me pasé la vida entera temiendo toparme con uno como mi padre, pero no sé cómo lo hacía que acababa con uno peor.

—¿Para que esta vez el final de la historia fuera diferente y el tipo en cuestión sí que te eligiera? —inquirió Rita, y Lis pensó que, con esa abuela, ¿quién necesitaba terapeutas?

Luego asintió y le contó a la abuela que, sin saber cómo, se lo había sonsacado todo:

—Por eso quise conocer a mi padre y he tenido la suerte de que la historia acabe bien. Después, apareció Mateo, como mi reflejo invertido, y creí que había encontrado al chico ideal. Pero enseguida me di cuenta de que no… Lo que pasa es que tenía tantas ganas de encontrar el amor…

—El amor no se encuentra, ocurre —le recordó Rita, tras pasarle un trozo de queso.

Lis lo cogió, se lo agradeció y siguió largando sin que la abuela tuviera que apretarla:

—Soy demasiado ansiosa como para dejar que las cosas ocurran. Y me he pasado la vida destapando yogures a ver si me sale el premio.

—Ya no tienes que destapar más, porque ha sucedido. Marcos apareció cuando ya ni lo esperabas…

Lis probó el queso, puso los ojos en blanco y luego exclamó:

—¡Muy rico el queso! Y en cuanto a Marcos, no se fía de mí.

—Tiene la cabeza dura… ¡Las dos cabezas!

—Ja, ja, ja, ja.

—En serio, es terco, pero es blandito de corazón. He visto cómo te mira… ¡Y cuando os habéis besado se os han vuelto los ojos del revés! —exclamó Rita entusiasmada, mirando a Lis con una sonrisa cómplice.

Sin embargo, Lis estaba segura de que no iba a pasar nada entre ellos, y no solo porque él desconfiara, sino también porque era lo más sensato.

—He roto con mi novio hace unos días. Hace nada que salí de una, no me voy a meter deprisa y corriendo en otra —explicó Lis, poniendo cara de que no había nada que hacer.

Rita chasqueó la lengua, le pasó un palito de zanahoria untada en paté y le pidió divertida:

—Prueba las zanahorias que planté en un huerto que tengo aquí detrás. ¡Todas las zanahorias que hay en mi casa son buenas, nena!

—Ja, ja, ja, ja —se tronchó Lis, tras coger el palito.

—Y en cuanto a tu ex, creo que nunca llegaste a entrar de lleno en esa relación. Ese tío no era un novio, era un fondo a plazo fijo: sin sorpresas, sin riesgos y con un rendimiento discreto.

Lis no pudo hacer otra cosa más que dar la razón a Rita…

—Y tan discreto, apenas lo hacíamos. Y cuando lo hacíamos…

—Eran polvos tan aburridos como él —supuso Rita, poniendo cara de espanto.

—Madre mía, solo quiero olvidar aquella… zanahoria.

—¿Tan pequeña era? —preguntó Rita, tras coger un palito de zanahoria finito y pequeño.

—Ja, ja, ja, ja. Lo que quería decir es que solo quiero olvidar esa historia. Y en cuanto a la zanahoria…

—No hace falta que respondas —le interrumpió Rita—. ¿Y tenías una relación cerrada con el dueño de esa polla ridícula?

—Soy *team* albatros, de verdad —aseguró Lis.

—Mi nieto es del mismo *team* —replicó Rita, alzando las cejas.

—Pero entre él y yo es imposible que surja algo…

—¡En mi jardín florecen hasta floripondios de resina con la carita clavada a Dolly Parton! No hay nada imposible. Y… —Rita no pudo seguir hablando porque se percató de que Marcos estaba de vuelta —: Uy, ya viene por ahí… Y viene con un mosqueo… —dijo Rita, conteniendo la risa.

—¿Estás segura de que mi padre te regaló esa botella? —gritó Marcos, ofuscado.

—¿Cuál? ¿Esta? —replicó la abuela con una sonrisa gamberra, mostrándole la botella que le había mandado a buscar—. Pero no imaginas que rato tan bueno he echado con tu novia. ¡Esta chica vale millones! ¡El próximo domingo voy a preguntarle al párroco cómo tiene el calendario de bodas para el año que viene! —exclamó, señalando a Lis con la cabeza.

La abuela siempre ganaba, pero a veces dejaba a su nieto meter algún punto…

Como ese día en que Marcos sonrió, al fin convencido de que habían fingido tan bien su romance falso que su abuela se lo había tragado…

Capítulo 13

Tres semanas y algo después, Lis y Ava estaban hablando en la terraza de la discoteca Fabrik, adonde había ido por propuesta de Christian, que en ese momento estaba en la sala principal bailando música electrónica con un montón de amigas…

—Las ha llamado a todas. ¿A cuántas tías nos ha presentado ya? ¿Ciento cuarenta y siete? —preguntó Ava mosqueada, a la vez que se ajustaba el top negro de lentejuelas.

Porque esa noche iba a de negro como siempre, pero se había permitido la licencia de ponerse una nota de brillo con el top.

—Es gente del gimnasio. Y las ha llamado por ti —replicó Lis, que lucía un vestido corto y entallado de color verde neón con el que era fácil verla a distancia.

—¿Por mí? ¿Para qué? —inquirió Ava, incrédula.

—¿Tal vez porque a cada chica que te presenta le da una tarjeta de tu centro de uñas? —comentó Lis, alzando las cejas.

—Me dijo que me iba a hacer un poco de marketing, boca a boca.

—¿Un poco? ¡No va a salir nadie del Fabrik sin tu tarjeta! —habló Lis, muerta de risa, porque el tío parecía su mánager.

—Pero está bailando con ellas —masculló Ava, ceñuda del mosqueo que tenía.

—Porque tú has decidido salir a la terraza —le recordó Lis, para quitarle hierro al asunto.

Ava echó una ojeada al teléfono móvil que tenía en la mano y afirmó con resquemor:

—Y ya hay varias tías que han colgado videos bailando con él.

—Sube tú uno también —le dijo Lis, porque aquello tenía fácil arreglo.

Ava resopló, negó con la cabeza y, mientras no paraba de ver los videos en que habían etiquetado a Christian, aseguró:

—Creo que no va a pasar nada con él. No le pongo.

—Por eso llamó a tu puerta para invitarte a Fabrik…

—Lo que me dijo fue que teníamos una copa pendiente para hablar de la conjunción Saturno y Marte. A ver si le pones tú… —

repuso Ava, que levantó la vista del teléfono para mirar fijamente a su amiga.

—Tía no lo flipes más, anda.

—Él dice que vio mucha conexión entre tú y Marcos. ¿Y por qué lo vio? Porque no te quitaba ojo de encima —habló Ava, pues para ella aquello no podía cantar más.

—Lo vio porque hay mucha química entre Marcos y yo. Eso es innegable.

—¿Y de verdad que no os habéis liado aún? —preguntó Ava, entornando los párpados con suspicacia.

—Solo ha habido besos cuando hacemos el teatro en la *ofi* para fastidiar a Mateo —que me encanta— y cuando vamos a casa de su abuela… Aunque, si él supiera…

—La abuela se lo tiene que estar pasando teta —supuso Ava, agitando divertida su Negroni al aire.

—El domingo pasado nos fuimos a misa con ella. Es agnóstica, pero le encanta ir a misa. Le gusta la música, el coro es buenísimo, se siente en paz y ya tiene los deberes hechos por lo que pueda pasar después. Bueno, pues tras la misa nos presentó al cura y ya estamos apuntados en la agenda matrimonial para dentro de un año y medio.

—Ja, ja, ja, ja.

—Fue… —dijo Lis, tras dar un sorbo a su bebida.

—¿Y él que te dijo después?

—Nada —respondió Lis con un leve movimiento de cabeza.

—Porque la fecha le cuadra… —ironizó Ava.

Lis resopló porque lo suyo con Marcos estaba más que complicado:

—Estamos hablando muchísimo, nos vamos conociendo cada vez más, pero sigue desconfiando —le contó Lis—. De vez en cuando me las lanza con ironía, con humor o como quien no quiere la cosa, pero me las lanza. Ayer mismo, después de besarnos en la cafetería me dijo: «Me encanta cómo mientes, casi me lo creo».

—¿Y no le dijiste que le besas de verdad? —inquirió Ava, porque para ella aquello era evidente.

—No —negó Lis, rotunda.

—¿Por qué?

—Porque no le beso de verdad —respondió Lis, como si fuera una obviedad que supiera todo el mundo.

—¿No te gusta besarlo?

—Sí, pero por vicio.

—¿No sientes nada por él? —preguntó Ava, aunque no tuviera dudas de la respuesta.

—Ya sabes que sí, pero no es el momento. Así que…

—Él tiene razón, mientes —le interrumpió Ava—. Le quieres, pero haces como si no.

—Siempre le voy a querer —confesó Ava, encogiéndose de hombros—. Otra cosa es que no sea el momento para tener algo serio y casarme dentro de un año y medio en la parroquia de su abuela. Pero tú sí que vas tener algo serio con Christian…

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Ya quedáis entre semana! —exclamó Lis, abriendo mucho los ojos.

—No quedamos —matizó Ava—. Siempre aparece justo cuando estoy bajando la persiana del centro de uñas.

—¿Cómo que aparece?

—Siempre regresa del gimnasio por la calle donde curro, a la hora en que estoy cerrando. Lo ha hecho siempre. Lo que pasa es que ahora hablamos… y nada —respondió Ava, quitándole importancia.

Pero a Lis no le convenció la explicación, porque había un dato que confirmaba que ahí sí estaba pasando algo:

—Te ha confesado varios traumas —le recalcó Lis.

—¿Y?

—¿Crees que la gente va contando intimidades al primero que pasa? —inquirió Lis, que bufó tras soltarle la pregunta retórica.

—En los programas de la televisión lo hacen… ¿O no has visto el Puente de las Emociones de *Supervivientes*?

—¿Me estás hablando en serio? —inquirió Lis, enarcando una ceja.

Ava asintió y se puso a recapitular las cosas más íntimas que le había confesado…

—Me ha contado la muerte repentina de su padre, la estafa de un amigo, los cuernos de su novia de toda la vida, los ninguneos que le

hacen en su familia cuando le comparan con su hermano ingeniero de caminos, como si salvar vidas no fuera suficientemente importante…

—Se te está abriendo en canal —le interrumpió Lis, por si acaso no se había percatado.

—Y te estoy contando sus intimidades porque el Negroni funciona en mí como un suero de la verdad. Ya sabes lo discreta que soy —se justificó Ava, porque no era tan cabrona como para ir ventilando intimidades ajenas.

—De aquí no va a salir, tía —aseguró Lis—. Puedes hablar lo que quieras, soy una tumba. Pero de verdad que creo que le gustas, lo que pasa es que querrá ir poco a poco y tomarse su tiempo para conoceros.

—¿Cuánto tiempo? —replicó Ava, pestañeando deprisa y rascándose a la vez la nuca de la ansiedad.

—Ja, ja, ja, ja.

—Cabrona, ¡no te rías!

—A fuego lento todo sabe mejor —canturreó Lis, que seguía riéndose.

—¡Odio el fuego lento! ¡No cocino nada a fuego lento! ¿Y este tío no es bombero? ¿No ve que ardo? —preguntó como si ardor fuera una urgencia absoluta y con una desesperación tan graciosa que Lis se tronchó.

—Ja, ja, ja, ja.

—Jo, tía… ¡No puedo entender cómo no lo ve! —refunfuñó Ava, quejosa.

—¡No lo ve! —afirmó Lis, tajante.

—¿No? —repuso Ava, sin dar crédito—. ¿No se da cuenta de que babeo cuando le miro?

—Lo siento, pero no se te nota nada que te gusta. ¡Lo disimulas muy bien! Y encima que nos trae a Fabrik y, en vez de estar con él, estás aquí conmigo como si pasaras de su cara.

—No voy a estar pegada a él como una pegatina —farfulló Ava, que no quería agobiarlo con tanta cercanía.

—Parece que tienes más ganas de hablar conmigo que con él —opinó Lis, con intención de que espabilara.

—No, porque le he dicho que iba a acompañarte a la terraza a esperar a Marcos… y que luego regresaba con él.

—Y te ha propuesto venirse a la terraza con nosotras, y tú le has dicho, muy borde, que se quede bailando con las amigas —le recordó Lis, con retintín.

Ava bufó, como dejando escapar la rabia y la frustración, y masculló:

—Es que…

—Te has puesto celosa —zanjó Lis.

—No es eso —negó Ava, molesta—. Es que le encanta hacer videos para TikTok con esas tías, pues que siga…

—Volvamos con ellos —le dijo Lis, tras apurar su bebida.

—Pero has quedado con Marcos en la terraza.

Lis agarró el teléfono móvil, buscó el chat de wasap de Marcos y se puso a escribir:

—Quedé hace una hora —habló mientras escribía—. Creo que ya he esperado demasiado. Le he llamado hace un momento y no responde, así que le estoy escribiendo un wasap para decirle que le espero dentro, en la sala principal. De todas formas, te digo que está en el cumpleaños de un amigo. Igual ya ni viene…

—¿Se lo va a perder con lo que le gusta hacer de tu novio falso? —preguntó Ava, después de que Lis enviara el mensaje.

Lis se quedó callada unos instantes porque vio que él estaba escribiendo y luego, tras leer el mensaje, dijo:

—Me parece que no se lo va a perder, porque me acaba de escribir y dice que viene ya para acá.

—¡Lo sabía! —exclamó Ava, alzando el Negroni.

—Como yo también sé que vamos a regresar junto a Christian porque te vas a hacer un video de TikTok con él.

Ava la miró espantada, se acabó el Negroni y le recordó negando con la cabeza:

—Doy pena bailando.

—Anda ya… —masculló Lis, batiendo una mano.

—¡Perdona, más bien doy risa! —precisó Ava, poniendo una mueca graciosa—. Me muevo como si el suelo me diera corriente en

los pies y estuviera como espantando moscas —aseguró haciendo gestos como si se estuviera electrocutando.

—¿Y cómo crees que se baila la música electrónica?

Y, tras decir esto, Lis se levantó, agarró a su amiga de la mano, tiró de ella y la arrastró hasta la sala principal de techos altos, neones, luces LED, pantallas de impresión y música atronadora.... donde Christian seguía bailando en el mismo sitio en el que lo habían dejado.

Lugar que encontraron gracias a Ava, porque Lis estaba convencida de que era justo al otro lado de la sala.

Y nada más plantarse frente a Christian, Lis exclamó —sin soltar a Ava de la mano, no fuera a ser que le diera por huir—:

—¡Ya estamos de *vueltaaaaaaaaaaaaaa*!

—¿Y tu novio falso? —preguntó Christian, extrañado de que hubieran regresado sin él.

—Aún no llega y ya le he dicho que le esperamos aquí. ¡Estábamos locas por volver a la pista y hacernos unos videos de bailoteo los tres vecinitos! —le confesó Lis a Christian, para espanto de Ava, que no sabía dónde meterse.

—¡Genial! —exclamó Christian, encantado de ver a Ava de vuelta, aunque esa noche la estaba notando muy rara.

Y estaba más desconcertado que nunca…

Llevaban tres semanas hablando casi a diario, y cada día no hacía más que confirmar que esa chica le gustaba demasiado.

Pero… ¿qué sentía Ava por él?

No tenía ni idea.

Esas semanas que llevaban hablando, él se había sentido tan a gusto que terminó contándole cosas que jamás le había dicho a nadie.

Ava sabía escuchar y le había abierto su corazón…

Ella también le había confiado cosas, y todo parecía fluir de una forma bonita y natural, como si quisieran descubrirse sin prisas, sin forzar nada.

Por eso le había invitado a pasar una noche en Fabrik, entre amigos… para no precipitar nada.

Pero ella no había hecho otra cosa más que evitarlo desde que llegaron.

Estaba bastante descolocado hasta que ella había regresado de la terraza… ¡y con ganas de hacerse un video!

O eso decía la amiga, porque la verdad era que la cara de Ava era un poema…

Pero bueno, estaba de vuelta y tenían mucha noche por delante, pensó Christian.

Y luego escuchó cómo Lis le pidió a Ava con un gesto de la mano:

—¡Saca tu móvil que yo tengo que tener el mío disponible por si llama este!

Ava murmuró algo que no entendió nadie y Lis ni se le pensó, le sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y gritó tras ponerse al lado izquierdo de Christian:

—¡Ponte al lado derecho, Ava!

Ava, que solo quería desaparecer, se puso al lado de Christian, a quien se le escapó eufórico de tener a su *crush* pegada a él:

—¡Me gustas *tantooooooooooo*!

Ava le miró alucinada, convencida de que había escuchado mal en medio de esa música estruendosa, y replicó:

—¿Perdona?

—Que me gusta mucho este tema. ¡*Temazooooooooooo*!

—¡*Temazooooooooooooooo*! —chilló Lis, desgañitándose y empezando a bailar como una posesa.

Christian le siguió el rollo, se puso a bailar, y a Ava no le quedó más remedio que moverse también al ritmo de la música, porque lo de ella no era bailar, lo de ella era como una imitación de un pingüino en celo. O por lo menos, así era como se sentía…

Y por si no lo estaba pasando suficientemente mal, Lis alzó el teléfono móvil y empezó a grabarles a los tres mientras gritaba:

—¡Acércate más, Ava, que no sales!

Ava rezó para tener fuerzas para soportar ese tormento. Se pegó a él y siguió moviéndose como pudo, sin mirar a la cámara porque era incapaz de verse. Tenía la mirada perdida, como esperando un milagro que la llevara al sofá de su casa y así dejar de refrotarse contra el cuerpo duro y sudoroso del tío que la ponía como nadie.

Estaba tan excitada que al final sí que iba a acabar convertida en un pingüino en celo con la tontería…

Y así estuvieron bailando los tres pegados, como si fueran un solo cuerpo: un temazo, dos temazos, tres temazos… Porque para Lis y Christian, todo lo que sonaba lo era.

¡Y los mejores momentos de baile de cada temazo estaban siendo grabados en videos cortos, subidos a TikTok y etiquetando a Christian!

Y Ava ya no pudo más. A la cuarta canción, con unas ganas de infinitas de que el bombero se lo hiciera contra la puerta de emergencias, gritó:

—¡Apenas me queda batería en el teléfono! ¡No quiero quedarme sin carga!

Y cuál no fue su sorpresa cuando su vecino sacó su teléfono y, con una sonrisa que la derritió aún más, le dijo:

—No te preocupes, tengo dos cargadores portátiles. Y si quieres, podemos seguir grabando con mi teléfono…

Lo dijo tan pegado a ella y con una voz tan *sexy* que Ava murmuró, batiendo las pestañas muy deprisa:

—Cárgame…

—Con mucho gusto. Tengo tu mismo modelo de IPhone…

—¡Pero carga luego! —gritó Lis, bailando desaforada—. ¡Ahora sigamos con la fiesta…! ¡Que no *decaigaaaaaaaaaaaa*!

Ava se armó de paciencia, porque aquello tenía pinta de no acabar nunca y de que no podía ser peor, pero estaba equivocada.

Porque, después de tres temazos en los que Christian siguió haciendo videos cortos, Lis les dijo, poniendo cara de circunstancias:

—Me estoy meando.

—¡Aguanta, tía! —le suplicó Ava, con cara de que como la dejara sola con el vecino, no iba a ser capaz de soportarlo.

Lis sonrió, se acercó a ella y le cuchicheó al oído…

—Aguanta tú, que eres la que tienes el fuego dentro… —Luego se apartó un poco de ellos y, feliz de dejar a los tortolitos bailando, gritó—: ¡Vengo enseguida! ¡*Ooooooooh*! ¡Y qué casualidad! ¡Está sonando tu canción! —exclamó, señalando al techo con el dedo índice.

—¿Qué canción? —preguntó Ava, que estaba hiperventilando y cachonda perdida. Todo a la vez.

—¡La que te gusta tanto que has inventado un bailecito para TikTok! —replicó Lis, mordiéndose los carrillos para no troncharse.

—¿Qué baile? —inquirió Ava, con un hilillo de voz que le salió de no sabía dónde.

—¡Este! —replicó Lis, a la que no le costó nada improvisar una *coreo*.

Dio un golpe con los puños, puso los brazos en X, los abrió, propinó unos manotazos al aire, sacudió los hombros con los brazos flojos, hizo una cosa extraña con los pies, meneó las caderas varias veces como si estuviera follando con alguien invisible, y acabó por fin el baile haciendo como que arrojaba una lanza.

Y en cuanto terminó la *coreo*, Christian —que la había estado mirando muy concentrado, memorizando los pasos—, dijo:

—¡La tengo!

—¡Hacedla ahora vosotros! —gritó Lis, entusiasmada—. ¡Y grabadla, que luego la veo! ¡Me voy al baño!

—¡Los baños están a los laterales! —le informó Christian, señalándolos.

Lis se lo agradeció con una sonrisa y salió disparada al cuarto de baño antes de que Ava pudiera decir nada…

Y a Ava no le quedó otra que reproducir ese ridículo baile, mientras se sentía tan torpe bailando como esos muñecos inflables de brazos blandos que hay en las gasolineras, agitándose como locos con el viento.

Y Lis, por su parte, que se lo estaba haciendo encima de verdad, se fue a los servicios abriéndose paso entre la gente, y sintiendo los bajos vibrar bajo sus pies.

Se dirigió al lateral izquierdo, avanzó bastante, pero después se lió y se fue hacia la derecha, luego se dio media vuelta, se fue para la izquierda, avanzó un poco más, después giró a la derecha…

Y acabó tan perdida que decidió que lo mejor era salir de la Main Room, donde además los baños estaban siempre llenos de gente, y buscar otras salas en las que iba a ser más fácil cumplir su misión.

Abandonó por fin la pista de baile, se puso a andar a saltitos, a paso torpe y apretado, luchando contra sus ganas de hacérselo encima, vio una escalera muy mona, la subió y leyó un cartel que decía Cristal Area.

Era la zona VIP más exclusiva de la discoteca, y lo tenía todo: ropero, baño, terraza, barra, camareros y las mejores vistas desde arriba a la pista de baile…

El lugar perfecto donde hacer pis tranquila, pensó Lis.

Solo le faltaba una cosa… la pulsera blanca que llevaban todos los que habían reservado en esa zona, pero ella improvisó al momento una.

Porque cuando tenía la vejiga a punto de explotar, su mente se volvía más creativa todavía.

Sin pensarlo ni un instante, se escondió detrás de una columna, se quitó una zapatilla de *brillibrilli*, sacó el cordón blanco, se lo ató a la muñeca y se dirigió a la entrada de la Cristal Area avanzando a pasos cortos, urgentes y raros, entre que se meaba y se le salía una *zapa*.

Pero daba lo mismo, a Lis nada la frenaba, y más cuando estaba al borde del colapso renal.

Así que se plantó con las piernas cruzadas delante de un chico muy guapo, que estaba a la entrada de la sala y que le preguntó con una sonrisa gigantesca:

—¿Tú estabas aquí?

Lis le agitó el cordón de la zapatilla delante de la cara, como si estuviera moviendo una maraca invisible a toda velocidad, y exclamó con la misma sonrisa que él:

—¡Sí! ¡Soy muy de aquí!

Y tras decir esto, Lis escuchó una voz que le sonaba demasiado:

—¿Lis?

—Tus amigos —supuso el chico de sonrisa gigantesca.

Lis se fijó en que Mateo venía hacia ella con una cara de cabreo total, y le dijo al chico, negando con la cabeza:

—Mis amigos son otros.

—¿Están en la terraza?

Lis asintió, sonrió de oreja a oreja y respondió apretando más las piernas:

—Tiene toda la pinta… Voy a ver… Pero antes voy a pasar al baño. ¿Serías tan mono de decirme dónde está?

—Al fondo a la derecha.

Lis le dio las gracias al chico de la entrada sonriéndole aún más —¡y mira que era difícil!—, y se fue en dirección al baño con Mateo detrás, que le gritaba:

—Lis, ¿qué estás haciendo aquí?

Lis hizo oídos sordos y avanzó hasta el fondo a trompicones, pero cojeando con estilo. Luego giró a la izquierda, se metió en una sala VIP desde donde la gente miraba bailar a los de abajo, salió de ahí —no fuera a pegársele algo— y se fue a la derecha, con el pelma de su ex detrás que no paraba de gritar su nombre:

—Lis, Lis, *Liiiiiiiiiiiiiiiis*…

Capítulo 14

Lis al fin dio con la puerta del cuarto de baño, la abrió, se giró y le soltó a Mateo antes de entrar:

—Mi nombre nunca fue tuyo. ¡Ahora menos!

Mateo se quedó estupefacto, y Lis se metió en el servicio con la esperanza de que cuando saliera, él ya no estuviera allí.

Pero estaba.

La miró con una mezcla de preocupación y agobio, y le pidió, señalando un sofá que tenían detrás con unos cojines grandes.

—Tenemos que hablar, Lis.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Sí, sí que hay que hablar. Siéntate, por favor —dijo él tras sentarse, señalando el hueco que quedaba a su lado.

Lis le mostró el teléfono móvil que llevaba en la mano y le dijo, porque además era la pura verdad:

—Marcos ya viene para acá…

—Pero tú has venido aquí por mí.

Lis se sentó a su lado, más que nada para probar el sofá, que tenía una pinta increíblemente cómoda y, dejando la máxima distancia que pudo entre ellos, colocó el teléfono encima de los muslos y se tronchó de risa en su cara:

—Ja, ja, ja, ja.

—Finges bien —masculló Mateo, hablando muy serio.

Lis se dobló de la risa y el teléfono se deslizó hacia el reposabrazos:

—Ja, ja, ja, ja.

—Te has colado en la zona VIP porque sabías que estaba yo —insistió él, entre agobiado y preocupado por ella.

—¡Perdona! —saltó Lis, feliz de haberse quitado a ese petardo de tío de encima—. ¡Si llego a saber que estabas tú, no me habría colado en la zona VIP! O a lo mejor sí, porque tú me importas una mierda y aquí es donde se hace pis más a gusto.

—Has subido aquí para ir al servicio —habló Mateo en un tono sarcástico que dejaba claro que no la creía.

Pero a Lis le dio igual su tonito, y la cara de cretino con la que la estaba mirando, y replicó:

—Exactamente.

—¡Qué casualidad! —exclamó Mateo, mordaz—. El otro día, después de la reunión de planificación, comenté que el mejor amigo de Bego y su novia nos habían invitado a una mesa en Fabrik, y justo apareces de la nada.

—¡Ni te escuché! Cuando tú hablas, mis oídos se apagan —replicó Lis, levantando una ceja, tan tranquila.

Mateo chasqueó la lengua, movió la cabeza de lado a lado y habló en un tono firme y compasivo, como si fuera una adicta que necesitara ayuda profesional:

—No puedes seguir haciendo esto. Tienes que aceptar que ya no estamos juntos.

—Permite que te corrija… ¡Más que aceptar… tengo que celebrar! ¡Y mira cómo lo celebro!

Lis se puso de pie, muerta de la risa, y empezó a bailar una especie de jota galáctica, mezclando pasos tradicionales con movimientos de fuera de este mundo, con tanto ímpetu que se le salió la zapatilla sin cordones.

Mateo se levantó a por la zapatilla, la cogió, se la pasó, volvió a sentarse y le pidió a Lis que no podía parar de reír:

—Lis, por favor, siéntate… ¡No te pongas en ridículo!

Lis se sentó para ponerse la zapatilla y, poniéndose seria, a ver si así Mateo se enteraba de una vez de lo que estaba pasando, replicó:

—¡No te pongas tú, cuando dices que sigo colgada de ti! ¡He venido a Fabrik porque nos ha traído mi vecino y Marcos está al llegar!

Mateo resopló, se pasó la mano por la cara, la miró como si él fuera el que poseyera la verdad absoluta de todas las cosas y afirmó:

—Estás con el jefazo cabrón porque no soportas mi ausencia. ¡Y por ahí no es!

—No, claro… ¡Es por dónde tú digas! —ironizó Lis.

—No te va a dejar de doler porque te líes con un tío que te va a abandonar en cuanto ya no le diviertas —repuso Mateo, hablando

con condescendencia.

Lis soltó una carcajada porque ya no podía más…

—Ja, ja, ja, ja.

—Ríe, que ya llorarás —le dijo él, con un tono implacable.

—¡Ya estoy llorando… de la risa! —exclamó Lis, retirándose las lágrimas con los dedos.

Mateo pensó que reía por nerviosismo y por ingenuidad, así que le soltó para abrirle los ojos y también porque tanta risita le estaba poniendo de los nervios:

—¿Cómo crees que son estos tíos que están acostumbrados a conseguirlo todo? Siempre quieren más… Nunca es suficiente. Ni con las empresas, ni con las cosas, ni con las personas. Estará contigo hasta que se aburra. Y será más pronto que tarde porque los tíos de su calaña cambian de novia como de corbata.

—Y estos consejos me los da el tío que se tiraba a la de Contabilidad mientras me decía que me quería… —replicó Lis, indignada por cómo podía tener el descaro de criticar a nadie.

—Te digo esto porque te aprecio. Y no quiero que ese tío te haga daño —aseguró convencido de que era el bueno de la película.

Lis levantó la barbilla, le miró fijamente y le preguntó con aire desafiante:

—¿Y tú qué me has hecho?

—¡No compares! —exclamó Mateo, ofuscado por el ataque que no creía merecer—. Lo mío ha sido inevitable. Pero me alegro que reconozcas que te duele —añadió complacido, con una sonrisita de satisfacción.

—No te confundas. ¡No me duele nada! —replicó Lis, negando con desdén.

—Sé que sí. Es imposible que me hayas olvidado y que…

Lis no pudo seguir escuchando ni una estupidez más y le interrumpió para preguntarle:

—¿Tu nuevo amor dónde está? ¿Por qué no te vas a darle la chapa a ella?

—Está en la mesa con su mejor amigo y su novia. Acabamos de cenar y he salido un momento a estirar las piernas, entre otras cosas porque no soporto a Frozen.

—¿Frozen? —preguntó Lis, a punto de soltar la carcajada.

—Es el mejor amigo de Bego, tiene una empresa de congelados y le llaman así: El Frozen…

Mateo pronunció el mote tan serio que Lis ya sí que se rio a mandíbula batiente:

—Ja, ja, ja, ja.

—A mí no hace gracia —farfulló él, con una seriedad absoluta—. Y él me parece un cansino. Solo sabe hablar del dinero que tiene. Pero bueno, mi chica le adora… ¡Es como un hermanito para ella!

—¡Te jodes y te lo comes con patatas! —le soltó Lis, haciendo el gesto con la mano de que se zampaba la patata.

—Estás tan dolida… —le reprochó Mateo, aunque el brillo en la mirada le delataba, porque era obvio que también le gustaba verla así—. Si yo no te importara como dices, no hablarías con esa mala leche.

—Te hablo así porque es la realidad, tu chica lleva incluida al Frozen y…

Lis no pudo seguir hablando porque de repente se escuchó ladrar a un perro como cabreado…

—¿Qué suena? ¿Parecen ladridos? —preguntó Mateo, extrañado y buscando la procedencia de esos ruidos.

—¡Es mi teléfono! —exclamó Lis mientras palpaba el asiento a ver si lo encontraba.

—¿Desde cuando tienes la melodía de un perro…?

—Caniche. Tengo la melodía de un perro caniche porque, como no suelo recordar dónde coño dejo el teléfono, lo que hago es llamarme con el fijo y Apolo lo encuentra al momento…. ¡Odia a los caniches tanto como tú al tío de los helados!

—Los helados son solo una parte de su negocio… ¿Y dónde tienes el teléfono?

Lis se puso de pie, metió la mano por rendija del reposabrazos y respondió apurada porque sabía que el que le estaba llamando era Marcos…

—Pensaba que se había metido por la rendija, pero no…

Acto seguido, se puso a palpar el sofá, levantó los cojines y el teléfono dejó de sonar:

—Si quieres te llamo… —dijo Mateo tras ponerse de pie y empezar también a palpar el sofá.

—¡Ni se te ocurra! Tú a mí no me llames en tu vida… —le gritó Lis, que solo le faltaba que Marcos volviera a llamar y el teléfono estuviera comunicando.

Porque con las desconfianzas y las suspicacias, iba a acabar imaginándose de todo menos la verdad: que no podía cogerle la llamada porque un puto sofá le había secuestrado el teléfono.

Lis, agobiada, levantó de nuevo un cojín grande, y de pronto, volvió a sonar el teléfono.

Si bien esta vez Lis por fin se percató de dónde procedían los ladridos de caniche.

—¡Está en el cojín! —chilló tras palpar el cojín y dar con el teléfono que estaba metido dentro.

—¿Cómo que en el cojín? —preguntó Mateo, ceñudo.

—Debe tener un agujero y se ha metido dentro —habló Lis, buscando el boquete por el que se tenía que haber colado el teléfono.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó Mateo, porque aquello parecía más bien como un truco de magia—. ¿No estarás haciendo este número para captar mi atención y que me percate de lo que me he perdido al dejarte, porque…?

—¡Vete a la mierda, tío! —exclamó Lis, pensando que no podía ser más imbécil.

El teléfono dejó de sonar. Lis bufó, desesperada. Y tras no encontrar el agujero, intentar bajar la cremallera varias veces sin éxito y dar tirones de la tela para ver si se rajaba, pero sin manera de romperla, habló dándole órdenes:

—No encuentro el agujero y la cremallera no baja. Tráeme un cuchillo.

Marcos se quedó con la boca entreabierta y los ojos como platos porque ni de coña iba a ser cómplice del despropósito que se le estuviera pasando a su ex por la cabeza…

—¿No pretenderás que…?

—No te estoy pidiendo que cometas un crimen —le interrumpió para que dejara de perder tiempo—. Solo es un cojín. Vuelve a la

mesa que, con un poco de suerte, aún no han recogido el servicio y puedes pillar un cuchillo.

Mateo pensó que no tenía otra cosa mejor que hacer y replicó apelando a la lógica, aunque estando su ex de por medio la lógica solía irse a paseo:

—¡No entiendo cómo está ese teléfono ahí dentro! Debe haber una hendidura o algo…

Y no pudo decir nada más, porque volvieron a escucharse los ladridos del perro caniche que sonaban más cabreados que nunca:

—¡Tengo que coger el teléfono! —le gritó Lis, desesperada.

—No voy a entrar a por un cuchillo —replicó Mateo, asumiendo el rol de adulto serio y responsable—. No me parece correcto. Mejor voy a pedir que nos ayude alguien del staff.

—Lo formalista que eres para seguir unas reglas, pero otras bien que te las saltas a la torera —le reprochó Lis, con rabia y hasta la coronilla de él.

Y, al instante, su suerte cambió cuando vio aparecer a un camarero con una bandeja de platos sucios… y ni se lo pensó.

En cuanto pasó a su lado, cogió al vuelo el cuchillo con una pericia tal que el camarero ni se enteró.

Y cuando salió por la otra puerta, escuchó a su ex murmurar como un abejorro insoportable, guardián de la lógica y de la sensatez:

—¿Qué vas a hacer? ¡Hay cámaras!

—¿Dónde? —inquirió Lis, que miró alrededor buscando la cámara.

Mateo señaló con el dedo índice una pequeña cámara que estaba en el lateral derecho y respondió:

—Ahí…

El teléfono dejó de ladrar, Lis se puso de espaldas a la cámara y acuchilló el cojín, atacada de los nervios:

—¡Ya casi lo tengo!

—Lo apuñalas con saña. ¿Te gustaría que fuera mi corazón? —inquirió Mateo que la observaba entre horrorizado y fascinado.

—Que paso de tu culo, tío. A ver si te enteras… —le respondió Lis, rajando por fin el cojín y rescatando el teléfono en el momento exacto en que volvió a sonar.

—¡Ya está el puñetero ladrido! ¡Cuélgalo de una vez! —le exigió Mateo, con los ojos desorbitados.

—¡Ni de coña! —gritó Lis, que aceptó la llamada y gritó más todavía—: ¡Marcos, *amooooooooooooooooooor*!

—¿Qué pasa? ¿Por qué no cogías el teléfono? —refunfuñó Marcos, con un mosqueo que ni se molestó en disimular.

—No te lo vas a creer… —contestó Lis, sin saber si contar la verdad o inventarse algo, porque probablemente sería más creíble que lo que había ocurrido en realidad.

—¿Qué ha pasado ahora? —insistió Marcos, en un tono borde con el que dejó bien claro que no estaba para bromas.

Y Lis decidió que lo mejor era contar la verdad, aunque sonara a excusa inventada después de tres gin-tonics:

—No podía coger el teléfono porque se lo había tragado un cojín.

Mateo soltó una carcajada tan fuerte que Marcos la escuchó perfectamente:

—Ja, ja, ja, ja.

—Lis, ¿qué me estás contando? ¿Y quién se está descojonando? —preguntó Marcos tras soltar un bufido. Su paciencia estaba a punto de agotarse, y ya solo le faltaba que Lis se estuviera descojonando con otro tío a su costa.

—El de las risitas es Mateo —dijo Lis, ofuscada—. Ya ves… siempre con cara de palo, que parece que le han tallado en madera, pero hoy le ha dado por reír… Y lo del teléfono, mira, ya te he avisado de que no te lo ibas a creer, pero te estoy contando la verdad: estaba sentada en un sofá de la zona VIP hablando con Mateo y, no me preguntes cómo, el teléfono se ha colado por una rendija invisible de un cojín. Y he tenido que apuñalarlo con un cuchillo que le he mangando a un camarero que pasaba por ahí para poder rescatarlo.

A Marcos el relato del cojín le dio lo mismo, lo que sí que necesitaba saber con urgencia era qué hacía de palique con Mateo…

—¿Y cómo es que estás con Mateo? Lo pregunto por si me he perdido algún capítulo.

—Me estaba haciendo pis, he ido a buscar un baño a la zona noble y me lo he encontrado. Él ha venido a Fabrik con Begoñikiñiki,

el Pescanova y su chica.

—¿Pescanova? ¿Ese quién es? ¿Alguien de la *ofi*? —preguntó Marcos, flipado con el nuevo personaje.

—Frozen. Su nombre es Frozen. ¡Y no llames a Bego así! —protestó Mateo, sacudiendo la cabeza con indignación.

Pero Lis se pasó la indignación de su ex por el forro y le explicó a Marcos:

—El Frozen es un amigo de Begoñikiñiki.

—En la reunión algo dijeron de que iban ir a Fabrik este sábado… —recordó Marcos.

—No escuché nada. La parejita esta de pinochos traidores me importan una mierda —reconoció Lis, tras lanzar una mirada a Mateo de lo más indiferente.

—Respeta, por favor. Respeta —le pidió Mateo, adoptando la pose de tío de conducta intachable que jamás pierde la compostura.

Y a Marcos, a pesar de lo que acababa de soltar Lis, le entró una duda…

—Estuvieron contando que iban a Fabrik a grito pelado. Y yo supuse que hoy te habías plantado allí para incordiar un poco. Pero ahora dudo… ¿No habrás ido por él? ¿Sigues colgada de ese gilipollas?

—¡No lo flipes, *amooooooooooooooooooooor*! Hemos venido porque nos ha invitado Christian. ¡No tenía ni idea de que estos estaban aquí! ¿Y tú dónde estás? ¡Te extraño demasiado! —gritó Lis, que aprovechó para tocarle un poco más las narices a su ex.

—En la puerta —respondió Marcos, disimulando lo feliz que le hacía saber que Lis no quería nada con su ex.

—Acude a la Main Room, por favor. ¡Nos encontramos allí! —exclamó Lis, en un tono cantarín, ansiosa ya por encontrarse con él y perder de vista, por fin, a su ex.

—¿Dónde? ¡Esa sala es enorme! —replicó Marcos, que tenía las mismas ganas que ella de volver a verla.

—Ava y Christian están muy cerca de la puerta de entrada. Los vas a ver y yo acudo para allá. ¡Nos vemos ya mismito! —Y tras mirar a su ex con una cara de *ahora vas a ver lo que es bueno*, le

gritó a Marcos, arrastrada por un impulso irrefrenable de deseo—: ¡Te lo beso todo!

Marcos al escuchar aquello, se puso duro y carraspeó un poco para que no se le notara en la voz lo cachondo que estaba.

Pero no sirvió de nada porque replicó con la voz espesa, como si estuviera a punto de correrse:

—Vale. ¡Nos vemos!

Y tras decir esto, se apresuró a colgar sintiendo un bochorno increíble. Sin embargo, a Lis esa voz le puso tanto que sintió como un cosquilleo en…

—¿Le besas todo? —preguntó Mateo, fastidiándole a Lis el momento de disfrute del cosquilleo—. ¿Hasta las durezas de los pies también? —preguntó Mateo haciéndose el graciosito.

Lis sonrió y replicó alegremente, porque Mateo se lo había buscado y se había ganado con creces la respuesta:

—Mi novio solo tiene dura la tranca...

—¡Qué vulgar! —repuso él, mirándola con una mezcla de rechazo y superioridad.

Lis ni parpadeó, porque todo lo que le pudiera decir le resbalaba y le deseó con una sonrisa triunfante:

—Que te den. ¡Me bajo con la plebe! ¡Tú sigue disfrutando de tu nuevo amiguito…! ¿Cómo se llamaba? Ay… Espera que haga memoria… Era un nombre que iba a juego con tu pene… Ah, ya caigo… ¡El *Congelao*…!

Capítulo 15

Lis se fue hacia a la salida de la sala VIP tan rápido como le permitía la zapatilla, que amenazaba con salirse a cada paso. Y, cuando se encontró de nuevo frente al chico de la sonrisa gigantesca, le dijo:

—¡Mis amigos se han bajado a la zona chunga! ¡Les encanta bailar como si no tuvieran pulsera! ¡Me voy con ellos!

—¡Genial! ¡Que disfrutes mucho!

—¡Muchas gracias! ¡Tú también! Por cierto, me llamo Lis… —se presentó y le plantó dos besos en las mejillas.

—Soy Bruno. Estoy aquí para lo que necesites.

—Suelo necesitar hacer pis y a ser posible en un baño donde no haya nadie esperando —replicó ella, encogiéndose de hombros.

—Pásate por aquí cuando quieras.

—¡Gracias de nuevo! Eres genial, tío.

—Seguro que no tanto como tú —aseguró el chico alzando las cejas.

—¿Cómo yo? Bueno, no me he portado demasiado bien con un cojín que tenéis por ahí —confesó Lis, bajando el tono de voz.

—No he visto nada. Pero seguro que el cojín lo merecía…

Lis le agarró por los hombros, le plantó un beso en la mejilla y exclamó:

—¡Eres un amor!

—Espero verte muy pronto, Lis —dijo Bruno, sin dejar de sonreír.

Luego, se despidieron y Lis se bajó a la Main Room. Pero entre la gente y el efecto humo, no lograba ver dónde estaba el otro acceso en el que la esperaban sus amigos.

Y no se le ocurrió mejor idea que pedirle ayuda al tío más alto de la pista de baile: un hombre de unos cuarenta años, de más de dos metros y superfuerte, de esos que parecen capaces de levantar un sofá tres plazas con una sola mano. Tenía la ropa a punto de reventar, la cara de haberse tragado un sable y bailaba moviendo solo las orejas…

—¡Buenas noches! ¿Me harías un favor?

—Y dos —respondió el hombre con la expresión imperturbable—. Me llamó Ramón —se presentó él, tendiéndole la mano.

Lis apretó la mano enorme de ese hombre de voz rasposa y áspera y, a gritos, porque la música estaba tan alta que le vibraba hasta el píloro, le contó acompañando sus palabras con gestos exagerados:

—Yo soy Lis. Y necesito un favor. Mi novio falso y mis amigos me están esperando cerca del acceso de la puerta de entrada y no la encuentro.

Ramón abandonó su cara de póker para levantar una ceja muy poblada y ponerse al servicio de Lis:

—¿Por qué tienes un novio con doble cara? Odio a esa gente… ¿Quieres que le rompa un par de piños?

Lis movió rápido la cabeza de un lado a otro y exclamó:

—¡No qué va! ¡Con lo bonitos que tiene los dientes mi novio! ¡Además él no es un falso, es solo un novio *fake*… porque tenemos un trato!

—Y mucho tiempo libre —dedujo Ramón, que después estiró un lado de la comisura de la boca y Lis no supo si era una mueca de contrariedad o un conato de sonrisa.

—Mucho… tampoco… —precisó Lis.

—Seguro que tenéis más que yo —repuso Ramón en un tono neutro, sin quejarse, solo constando un hecho—. Paso quince horas diarias, seis días a la semana subido a un camión, y cuando acabo mi jornada laboral me voy a dormir a un parking. No tengo tiempo ni para bromear…

—Caray… —masculló Lis, alucinada con lo que trabajaba ese pobre hombre.

—No puedo ni deprimirme por la vida de mierda que llevo —repuso Ramón, sin lamentos. Era de nuevo otro dato objetivo.

—Vaya…

—Ya te digo. Pues la puerta de entrada está allí… —dijo Ramón señalando la zona con el dedo índice.

—No veo nada. ¿Me subes un momento a tus hombros para ver dónde está la puerta y hacerme una idea de hacia dónde tengo que ir? —le pidió Lis, haciendo gestos con las manos de que aquello iba

a ser un momentito—. No sé cómo tendrás los trapecios y los escalenos con tantas horas de volante como tienes encima, pero prometo no pesar mucho.

—Tengo los trapecios de puta madre —ironizó Ramón casi gruñendo—. Sobre todo, después de pasarme horas encogido, agarrado a un volante, con los hombros cargados y el cuello tan rígido que me cuesta hasta mirar por los retrovisores.

—Bueno, no pasa nada. Olvida lo que te he pedido, por favor —farfulló Lis, mientras pensaba que qué mala suerte había tenido de escoger al tío que debía estar más cascado de toda la sala. Es que ni a posta. Pero así era, el pobrecillo estaba tan mal que ni podía mirar por los retrovisores sin que le chasqueara la nuca. Vamos, que no estaba ni para cargar con una colchoneta de playa desinflada…

Si bien Ramón frunció el ceño, le clavó la mirada a Lis y gritó:

—No.

—¿No lo vas a olvidar? —replicó Lis, perpleja.

—No lo voy olvidar, porque yo jamás dejo a nadie con las ganas. Aunque mañana no pueda moverme y las vértebras me suenen como castañuelas. ¡Me da lo mismo!

Y tras decir esto, Ramón dobló las rodillas con la espalda y el cuello rectos, hasta acabar en una sentadilla profunda y perfecta y Lis le dijo para que no se inmolara:

—No hace falta, de verdad… Te lo agradezco, pero la salud es lo primero. Y yo no voy a…

—¡*Subeeeeeeee*! —la interrumpió él, señalándose los hombros con los dedos índices de sus manazas.

—Pero… —musitó Lis, agobiadísima porque ni de coña iba a correr el riesgo de lesionar a ese hombre.

Entonces, él gritó con el mismo tono impasible, para alucine absoluto de Lis:

—¡Te estoy vacilando! ¡Los trapecios y los escalenos me los bendijo la Virgen, y no sé lo que es una jodida contractura!

—¿En serio? —preguntó Lis, totalmente desconcertada.

—¡Estoy como un toro! Y yo soy así: un poco bromista, un poco bestia… y siempre camionero.

—Aja… —replicó Lis, que no sabía si soltar una carcajada por lo ridículo de la situación o hacerle pagar la broma encaramándose con saña a los hombros de aquel tío.

—Venga, sube y mira en aquella dirección que seguro que localizas a tus amigos…

Lis pensó que tenía que subirse a los hombros de ese tío, porque al paso que iban no se iba a juntar con Marcos hasta el día siguiente…

Y no quería que se le pasara por la cabeza que, una vez más, le estaba haciendo *ghosting*.

Así que, sin darle más vueltas, saltó. Y, como si trabajaran juntos en el mismo número de circo, Ramón la atrapó al vuelo por las caderas y la sentó sobre sus hombros. Luego, se incorporó con una facilidad insultante, como si Lis pesara como una pluma.

—¡Madre mía! —gritó Lis, alucinada al comprobar que aquel tío tenía un cuello que podía sostener tres cabezas gordas.

—¿Ves a tus amigos?

Lis miró en dirección hacia donde se suponía que estaba la puerta de acceso, pero no logró ver nada entre los rayos láser y las luces blancas que le iluminaron la cara:

—¡No veo una mierda! ¡Me están cegando las luces y solo veo chiribitas!

—Yo te guío. Mira a la derecha…

—¿Ahí? —preguntó Lis, girando la cabeza hacia a la izquierda.

—¡A la otra derecha! —le gritó Ramón.

—¡No veo nada!

—Pero tus amigos seguro que te van a ver...

—¿Tú crees?

—Joder, eres la única tía subida a los hombros de alguien, que además es el tío más tocho de la disco y tienes todo el careto iluminado por una luz que te pega de frente… ¡Por cojones tienen que verte…!

—Voy a agitar también los brazos para llamar aún más la atención —dijo Lis, y empezó a moverlos en todas direcciones como un ventilador humano fuera de control.

Y, obviamente, sus amigos la vieron. El primero en percatarse fue Marcos, que ya estaba junto a Ava y Christian…

—¡Lis está allí! —les gritó alucinado.

—¿Dónde? —preguntó Ava, que llevaba tres Negroni encima y ya no veía nada.

—Está subida a los hombros de un tío.

Ava entornó la mirada y vio a Lis subida a los hombros de alguien, perfectamente iluminada por un chorro de luz blanca…

—¡*Liiiiiiiiiiiiiiiiiiiis*! ¡Estamos a *aquiiiiiiiiiiiii*! —exclamó Ava agitando las manos.

—¿Y qué está haciendo con los brazos? ¿Un bailecito? —preguntó Marcos con un mosqueo tremendo.

Ava pensó que ella sí que llevaba bailecitos encima con el bombero, hasta que Marcos apareció justo en el momento en que había estado a punto de pedirle que la besara.

Porque no podía más.

Christian le ponía demasiado…

Pero mejor así, pensó Ava.

No quería precipitar nada, aunque hubiera sentido un montón de veces el bulto de su erección en el culo.

Y le había encantado, porque ella estaba igual. De un mojado que asustaba…

Pero con Christian no podía actuar como un tío de una noche al que no iba a ver más en la vida.

A Christian iba a encontrárselo en la escalera y además era su *crush*…

Así que se alegró de que Marcos hubiera aparecido, aunque se le veía tenso y molesto…

—¿Un bailecito? No, creo que no —respondió Ava, aunque luego pensó que con Lis todo era posible.

—Y ese tío, ¿quién es? —quiso saber Marcos, ofuscado, sin quitar ojo a Lis que seguía con ese movimiento de brazos frenético y absurdo.

—No sé —respondió Ava, que no había visto en su vida a ese tío.

—Dime la verdad —le exigió Marcos, clavándole la mirada.

Ava pensó que Marcos tenía una mirada directa, de esas que obligaban a decir la verdad, lo quisieras o no. Por eso volvió a mirar a ese tío enorme que sostenía a Lis sobre sus hombros, se mordió los labios y repitió lo mismo:

—No sé quién es.

Marcos bufó con los labios fruncidos y, con la sensación de que ya había vivido eso antes, murmuró:

—Me la ha liado otra vez.

—¿Qué? —replicó Ava, alzando de nuevo los brazos y agitándolos con fuerza, intentando que su amiga la viera entre la multitud.

—¿Para qué me ha pedido que venga si está con un tío? ¿Le gusta jugar conmigo? ¿Le pone dejarme tirado una y otra vez? —inquirió Marcos sin saber si estaba celoso, dolido o simplemente harto de los jueguecitos de Lis.

Ava bajó los brazos y le dijo mirándole a los ojos, para que viera que no tenía nada que esconder:

—No está con nadie.

—Está bailando con ese… —farfulló Marcos, señalando a Ramón con un gesto de la cabeza.

Ava echó otra mirada a Lis, que seguía manoteando de un modo muy gracioso y aseguró —porque era la única explicación que encontraba para un comportamiento tan raro, aunque con Lis nada era realmente raro—:

—Creo que está perdida.

—Pues cuando se centre, que me llame. ¡Yo me piro que no pinto nada aquí! —exclamó Marcos, dando un manotazo al aire y sintiéndose un auténtico imbécil.

Porque… ¿cuántas veces más iba a permitir que Lis se riera en su cara?, pensó, ya sin poder disimular el fastidio.

—No está perdida en la vida. Está perdida en la pista… —aclaró Ava, que por culpa de los Negroni estaba bastante espesa.

—¿Cómo que en la pista?

—Le pasa mucho —replicó Ava, encogiéndose de hombros mientras, por el rabillo del ojo, veía que Christian se grababa bailoteando con una de sus amiguitas—. Lis va al baño y se

desorienta. Y esto de subirse en los hombros de alguien no es la primera vez que lo hace.

—¿Me hablas en serio, Ava?

—Absolutamente —asintió Ava, justo en el momento en que Christian la pilló mirándole. Luego, le guiñó un ojo. Ava le sonrió y, con la euforia del momento y el Negroni dejándola sin filtros, soltó —: Y a ella le gustas mogollón, lo que pasa es que acaba de salir de una relación y no quiere correr riesgos... de momento.

Marcos apretó los dientes con una mezcla de frustración y pena porque ya se sabía el final del cuento:

—Y prefiere irse con un desconocido…

—¡No! ¡Es lo que te digo! ¡Está perdida! ¡Ya lo verás! ¡*Liiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiis*! —volvió a chillar Ava, moviendo los brazos sin parar.

Pero Lis no solo no los vio, sino que, de repente, fue engullida por la marea humana… y, al poco, volvió a aparecer sobre el mar de cabezas, con los brazos en alto, como si aquello fuera una coreografía de natación sincronizada.

—¡Estos se están descojonando de mí en mi puta cara! —exclamó Marcos, furioso con la forma tan cruel que tenía Lis de tomarle el pelo.

—Que no… De verdad…

Y tras decir esto, vieron cómo Lis —aún subida a los hombros de ese tío— se agarraba a su barbilla. Empezaron a moverse de un lado a otro, torpes y descoordinados, tambaleándose como si fueran parte de un espectáculo de gigantes y cabezudos.

—Ay, madre. ¡Se va a caer! ¿Ese tío va borracho o qué? —masculló Marcos, que estaba flipado con lo que estaba viendo.

—¡Vete a por ella antes de que se meta un chochazo! —le pidió Ava, llevándose las manos a la cara.

Pero Marcos lo que menos quería era hacer el ridículo más espantoso y replicó:

—¿Y si está con ese tío?

—Que le molas tú. Le molas desde siempre...

—Pero… —farfulló Marcos, porque no entendía nada.

Si le molaba tanto, ¿por qué actuaba así con él? ¿Por qué había tardado tanto en cogerle el teléfono y estaba bailando con otro? Bailando o lo que fuera que estuviera haciendo…

—Créeme que, cuando llevo tres Negroni encima, solo puedo decir la verdad —le interrumpió Ava para que la creyera de una vez y, por si eso no bastaba para convencerlo, añadió—: Además, Apolo ha dicho que vais a terminar juntos…

—¿Apolo? No caigo ahora mismo. ¿Es otro bombero? —preguntó Marcos, arrugando el ceño.

—No. Mi gato. Es adivino. Lis le preguntó si ibais a acabar juntos, convencida de que tú nunca dejarías de desconfiar de ella. Sin embargo, Apolo vaticinó que volverá a surgir la magia entre vosotros.

—¿La magia? —preguntó para saber exactamente a qué se refería, mientras veía cómo Lis se desplazaba en zigzag a hombros del camionero, como si fuera una torre tambaleante que no paraba de tropezarse con la gente.

—La chispa. Los fuegos artificiales… ¡Vamos, que vais ser novios falsos y también de verdad! ¡Y Apolo nunca falla!

—Ojalá… —se le escapó a Marcos entre dientes, casi sin querer, porque se negaba a mostrar sus verdaderos sentimientos.

Ava sonrió y, para que se convenciera de que Lis no estaba jugando él, siguió hablando:

—Lis siempre está metida en situaciones locas sin buscarlo, van solitas a ella. Siempre es así, le suelen ocurrir cosas que no le pasan a nadie. Como ahora, que está subida a los hombros de un tío y está a punto de escoñarse mientras saca carcajadas a su paso…

—Ya —farfulló Marcos, poniendo esta vez cara de póker.

—Pero ella no es de las que desaparece. Lis es de las que se queda. Siempre. Y te lo digo yo que la conozco desde que éramos canijas —afirmó Ava, hablando con tal sinceridad que a Marcos se le puso un nudo en la garganta—. Lis no te hizo *ghosting*… Todo lo que te ha contado es verdad. Por la dislexia se desorienta, confunde la derecha con la izquierda, se lía con los nombres, con los números, le cuesta seguir las indicaciones… pero es una buena tía con un

corazón enorme —aseguró Ava, llevándose la mano al pecho emocionada.

Y Marcos también lo estaba… tanto que apartó la mirada para que no viera la emoción en sus ojos y volvió a buscar a Lis entre la multitud.

—¿Dónde está ahora?

Ava entornó la mirada y la vio emerger de nuevo entre la gente.

—¡Ya le veo la cabeza otra vez!

Marcos la localizó también y decidió que lo mejor que podía hacer, después de lo que había escuchado, era:

—¡Voy a buscarla!

—¡Genial! —exclamó Ava, con una sonrisa enorme. Y, entonces, se percató de que su vecino no dejaba de mirarla y de sonreírla.

Y pensó que aquello iba tan bien que le entró un vértigo tremendo, porque era demasiado bueno para ser verdad. Respiró hondo y escuchó una vocecita en su cabeza que le decía: «No te fíes. Esto también te va a doler…».

Y la sonrisa se le desdibujó de los labios… mientras que Marcos le decía agradecido:

—Gracias porque si no me llegas a contar todo esto, ahora mismo estaría camino de mi casa.

Ava jodida de que en vez de mariposas sintiera ese puto vértigo, forzó una sonrisa y le dijo a Marcos, hablando con total sinceridad, porque Lis y él se merecían lo mejor:

—Lis te está esperando… Desde hace un montón además…

—Vengo de un cumpleaños y no he podido venir antes —se excusó Marcos.

A lo que Ava replicó, pues tenía algo importante que matizar antes de que Marcos se fuera a buscarla:

—Lis no solo te está esperando desde llegamos a la disco, te lleva esperando desde aquel verano en que se enamoró como nunca.

Al escuchar eso, a Marcos le entró tal cosa por el cuerpo que decidió salir corriendo antes de que su mirada de enamorado perdido lo delatara…

Capítulo 16

Lo que Ava y Marcos no sabían era que la razón por la que Lis iba de aquí para allá sobre los hombros de Ramón era que había perdido una zapatilla.

Y la cosa sucedió así, justo cuando el chorro de luz blanca iluminaba su cara, y Lis hacía aspavientos con las manos para que sus amigos la vieran al otro lado de la pista…

—¡*Coñooooooooooo*! —gritó Lis de repente.

—¿Los has visto? —inquirió Ramón, que se pensó que había localizado a sus amigos.

—No. Acabo de perder una *zapa*. ¡Lo que me faltaba! —farfulló Lis, mirando al suelo a ver si la encontraba.

—Espera que me pongo en cuclillas…

—¡Bájame y la busco! —le pidió Lis, para que ni se le ocurriera hacerlo.

—¿Cómo vas a estar con el pie descalzo? ¡Yo bajo! Por mi curro estoy acostumbrado a hacer sentadillas profundas con cajas de más cien kilos.

—¿De verdad?

—Como te pisen el pie descalzo con una bota, vas a ver pasar tu vida en un segundo —replicó Ramón, todo sensatez.

—¡Y con lo delicados que tengo los pies, que el menor roce me deja marca! ¡Mira! —exclamó, levantando la pierna para mostrarle el pie—. ¡Jamás me pongo tacones!

—Tienes el pie como una paloma blanca… —dijo el camionero, maravillado con el pie.

—¿Es un arranque poético casual o tienes varios poemarios escondidos en la guantera? —preguntó Lis, perpleja.

—Las paradas en ruta dan mucho de sí. Me pongo a escribir poemas. Soy un poco poeta también. Y siempre camionero. Venga, que bajo…

—¡No te desgracies, por favor! —le pidió Lis.

—Tranquila, que la Virgen también me bendijo los cuádriceps. ¡Y en agradecimiento me hice costalero!

Y tras decir esto, Lis se agarró a la barbilla de Ramón, y él se agachó con una facilidad pasmosa hasta quedarse en cuclillas.

A Lis dejaron de verla sus amigos desde el otro lado de la pista, y Ramón, en esa posición, empezó a palpar el suelo con las manos.

—Vaya si se nota la experiencia que tienes como costalero…

—No es por presumir, pero casi que llevo yo solo el trono de la Virgen de mi pueblo.

—Te creo. Sí, sí…

—¡Aquí hay algo!

—¿El qué?

—Es peludo. A ver… —Ramón tiró de esa cosa y, con ella en la mano, le dijo a Lis—: ¡Es una extensión de pelo con un tacón rojo dentro! ¡Debe ser de una que se ha desmoñado bailando! —exclamó, tirándola de nuevo al suelo.

—¡Madre mía! ¡Debe haber de todo ahí abajo!

—Esto es como un viaje en el *Nautilus*… Pero la *zapa* no está por aquí —informó Ramón—. Voy a avanzar en cuclillas por la zona, a ver si la pillo. ¡Tampoco se ha podido ir muy lejos!

—¡Ten cuidado, por favor! —le pidió Lis, haciendo equilibrios para no caerse.

—¡Tranquila, que tengo el culo como un par sandías gordas!

Y tras decir esto, Ramón se deslizó cuclillas por la pista, mientras que Lis le gritaba, poniéndole la muñeca con el cordón delante de los ojos:

—Me tenía que haber atado el cordón, pero lo llevo en la muñeca.

—¿Es la última moda o qué? —preguntó Ramón, con el rostro inescrutable y sin dar muestras de dolor, cansancio, ni de estar haciendo un esfuerzo.

—Me lo he puesto para fingir que era una pulsera VIP.

—Finges que tienes un novio, finges que tienes una pulsera… ¿Para qué lo haces? ¿Para sentir que perteneces a algo?

—Siempre estoy inventando —reconoció Lis.

—¿Para dar la nota y no sentirte sola? —preguntó Ramón, que seguía caminando en cuclillas sin despeinarse, a la vez que Lis apartaba a la gente a manotazos.

—Creo que invento por una cuestión de supervivencia, para que la grisura de la vida no me aplaste —habló Lis, que dedujo que el camionero también le daba un poco a la psicología.

—Te entiendo. Por la misma razón me hice camionero…

—¿Eres vocacional?

—Totalmente. ¡Anda, mira! ¡Un DNI falso con unas uñas postizas pegadas! —exclamó Ramón, estirando el brazo para que Lis lo viera.

—¡Qué *grimaaaaaaaaaa*! —exclamó Lis, mientras Ramón dejaba el carné en el mismo sitio.

—Y más allá hay un condón… Y… ¡La madre que me parió! —gritó Ramón, a punto de perder el equilibrio.

—¿Qué pasa? —gritó Lis, aferrándose con fuerza a sus hombros.

Ramón logró enderezarse y siguió caminando en cuclillas…

—Me he resbalado con un cacho de limón.

—Sí que va a ser como bajar con el Nautilus… ¿Cuántas cosas hay ahí abajo?

—De todo, chica. ¡Y en cuanto a la *zapa*, nada! Voy de nuevo para arriba, que avanzo más rápido, a ver si la palpo con los pies. ¡Agárrate fuerte!

Lis se agarró con firmeza a su barbilla y Ramón se puso de pie sin ningún esfuerzo.

Ella levantó las manos, a ver si sus amigos se percataban de su presencia, y Ramón empezó a caminar con pasitos cortos, de un lado a otro.

Y así estuvieron un rato, hasta que él pisó algo, se agachó de nuevo y gritó:

—¡Qué *ascooooooooooooo*!

—¿Qué has encontrado?

—Un sujetador de la talla 120, copa D, al lado de un charco de algo… —dijo, tras mostrárselo y arrojarlo de nuevo al suelo.

—¡*Puaaaaaaaaaaaaaj*!

—Está esto como para que poses en el suelo tu paloma blanca…

Ramón se incorporó otra vez y le dijo, porque aquello era peor que encontrar una aguja en un pajar:

—Me parece que no voy a ser el príncipe que te devuelva el zapato.

—No te preocupes.

—Lo mejor es que vayamos al ropero, cuentes lo que te ha pasado y seguro que te prestan algún calzado.

—Me parece una idea genial. Porque, como vaya sola, fijo que me pierdo —reconoció Lis, que no estaba para más aventuras.

—No voy a permitir que tu blanca paloma roce este suelo mugriento, repleto de cosas asquerosas.

—¡Eres un príncipe! —gritó Lis, agradecida—. No el mío, pero un príncipe de verdad… Y siempre camionero.

—¡Y tú una reina! Pues venga, vamos para allá…

Ramón se echó a andar con Lis en los hombros y ella le confesó:

—Te lo agradezco porque no me oriento muy bien y no quiero acabar otra vez en la Cristal Room.

—¡Yo tampoco! Ahí te pegan unas clavadas…

—La clavada se le ha metido yo a un cojín… —le contó Lis, muerta de la risa.

—¿Qué dices de un cojín? —replicó Ramón, extrañado.

—¡Nada! —exclamó Lis, porque no iba a contarle la historia del cojín *secuestra-teléfonos* a gritos—. Lo que me pasa es que no quiero volver a pisar esa zona porque está mi ex con la tía que me puso los cuernos.

—Lo siento. Trabajo tanto que ni tengo tiempo para tener novia —contó Ramón, al tiempo que se abría paso entre la gente.

—No sientas nada, que estoy de maravilla. Y deseando que mi ex me vea desde arriba pasándomelo en grande con mi nuevo novio… El falso. Pero mi ex no sabe que es falso…

—Lo pillo.

Y, entonces, Lis se percató de que Marcos venía avanzando hacia ellos y gritó eufórica:

—¡Anda, mira, viene por ahí! ¡*Marcooooooooooooos*!

Marcos le devolvió el saludo, recortó la distancia que los separaba y, ya junto a ella, alzó la cabeza y levantó la mano para saludarla:

—¡Hola!

—¡*Holaaaaaaaaaaaaaa*! Mira, te presento a Ramón. Ramón este es mi novio falso…

—¡Encantado! —farfulló Marcos, tras darle un fuerte apretón de manos a esa mole de tío.

—Igualmente —exclamó Ramón, sin dejar entrever la más mínima emoción en el rostro.

—Ramón es un príncipe camionero —le informó Lis, con una sonrisa enorme.

—Vaya, qué bien… —farfulló Marcos, desconcertado al ver que Lis sonreía de esa manera y, además, parecía estar tan a gusto subida a los hombros de ese tío.

—Se ha puesto a hacer sentadillas profundas conmigo encima, y lo he flipado —habló Lis, maravillada.

—Qué bien —murmuró Marcos que, a pesar de lo que le había dicho Ava, empezaba a dudar de que Lis no quisiera seguir la noche con el príncipe camionero.

—Es que verás… —habló Lis, mostrándole le pie descalzo—. No sé cómo me la ha metido…

Marcos abrió mucho los ojos, tragó saliva y replicó convencido de que era él que sobraba:

—¿Qué?

—¡La *zapa*! —aclaró Lis, de inmediato—. He perdido la zapa. No sé dónde se ha metido —repitió, porque los nervios siempre le jugaban esas malas pasadas con las palabras—. La he perdido cuando Ramón me ha cogido en hombros para que pudiera localizaros… Hemos estado busca que te busca, y nada. No aparece. Ramón ha sido muy amable y no ha querido dejarme en el suelo para que no me lastime el pie desnudo. Ahora nos íbamos al ropero, a ver si me prestan algo para calzarme y…

Marcos interrumpió a Lis, que hablaba atropelladamente, para decirle al tiempo que le mostraba una zapatilla de *brillibrilli* que llevaba en la mano:

—¿No será esta tu *zapa*?

Lis se quedó boquiabierta, se llevó las manos a la cara y exclamó:

—¡No me lo puedo creer!

—Me he tropezado con ella justo antes de encontrarte.

—Pero si la he perdido en la otra punta de la sala… —musitó Lis, asombrada de que hubiera llegar tan lejos.

—Le han debido dar patadones y… —supuso Marcos.

—¡No os lieis! —les interrumpió Ramón, imperturbable—. Está claro lo que ha pasado.

—¿El qué? —inquirió Lis, arrugando la nariz.

—Pues que este tío es tu verdadero príncipe —respondió Ramón, con contundencia, como si fuera la única respuesta posible—. ¡De falso no tiene *na de na!* ¡Él es el que te ha devuelto la zapatilla! Así que… ofrécele el pinrel para que proceda a ponerte la *zapa*…

A Marcos le pareció que el camionero era un flipado, pero le gustó lo que acababa de decir. Agitó la zapatilla y le dijo a Lis:

—El cordón se ha perdido…

Lis, sintiéndose ridícula y emocionada a la vez, le mostró la muñeca y le contó:

—Me lo he atado en la muñeca para que pareciera una pulsera de la zona VIP. Por eso también se me ha salido la zapatilla…

—Venga, ¡ponle la *zapa*! —exigió Ramón, que se percató de que ese tío necesitaba un empujón.

Lis estiró la pierna y Marcos le puso la zapatilla con un mariposeo en el estómago tremendo.

Lis se lo agradeció con una sonrisa emocionada y luminosa. Ramón la dejó en el suelo y, en un tonó que sonó a advertencia, le dijo a Marcos:

—Cuídala. Esta chica es una perla rara. Yo no tengo tiempo ni para hablar con Siri, que si no…

—¡Qué encanto, Ramón! —exclamó Lis, encantada de que la llamara perla rara.

—Y eso que no tengo tiempo ni para caer bien —replicó Ramón, encogiéndose de hombros.

—¡A mí me has caído genial! ¡Un gusto conocerte! —repuso Lis, dando un buen salto para plantarle un beso en la mejilla.

—¡Lo mismo digo, Lis! —habló Ramón, que se despidió con un leve gesto de la mano y desapareció entre la multitud.

Ya a solas, a Marcos no se le ocurrió nada mejor que decir:

—Siempre te pillo encaramada a un héroe sin capa…

—¡Qué exagerado! —exclamó Lis mientras se desataba el cordón de la muñeca—. Solo han sido dos… Y esta vez porque me he

perdido, no encontraba dónde estabais, no veía nada y le he pedido al tío más grande que había en la sala que me ayudara. —Y tras decir esto, Lis se agachó a atarse rápido la zapatilla después de rechazar el ofrecimiento de Marcos para hacerlo.

Cuando terminó, se puso de pie, alzó la vista y vio que desde arriba alguien no les quitaba ojo. Entonces gritó:

— ¡*Coñooooooooooooooooooooooooooooo*…!

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcos, sobresaltado, porque con Lis cada momento era un giro constante.

Y le fascinaba, para qué se iba a engañar a sí mismo.

Mejor dicho, le volvía absolutamente loco… Y más cuando Lis le pidió con urgencia, desesperada, como si no pudiera esperar ni un segundo más por volver a sentir sus labios:

—¡Bésame!

—¿Qué? —replicó Marcos, con unas ganas de besarla que se moría.

—Acabo de mirar hacia arriba y el cretino de mi ex está apostado en la barandilla de la zona VIP sin quitarnos ojo. ¡Métemela hasta el fondo! —le gritó Lis, con la mirada brillante de puro deseo.

Porque Marcos se había plantado en la discoteca de un buenorro espectacular, con una camisa blanca y unos vaqueros que le hacían un culo tremendo, y Lis llevaba con ganas de que se lo hiciera ahí mismo desde que le había visto.

Y con los nervios, el inconsciente la delató… Y erotizó a Marcos de un modo que casi que gruñó, con el bultazo entre sus piernas:

—¿El qué?

Lis se pegó a él, le rodeó el cuello con las manos, le miró a los labios, luego a los ojos que le brillaban tanto como a ella y musitó:

—La lengua… Bésame con ganas…

Marcos pensó que ganas eran lo que le sobraban, la agarró por la cintura, la estrechó contra él y le devoró la boca, hasta que Lis se quedó con las piernas temblando.

—Madre mía… —masculló Lis, rozando con sus labios los de él.

Marcos atrapó el labio inferior, dio un tironcito y volvió a apoderarse de la boca de Lis hundiendo la lengua, enroscándola a la de ella y haciendo que el beso fuera una auténtica locura.

—¿Así? —preguntó Marcos, con ganas de todo.

—No puedo más… Esto no es teatro, esto es que estoy perraca perdida…

—Pues yo no te cuento… ¿Qué hacemos?

—¿Vamos a tu casa? —propuso Lis, contando los segundos que faltaban para que se marcharan—. No te ofrezco la de Ava, no vaya a ser que esta noche pase lo más grande con el bombero y les estropeemos la fiesta de los pijamas.

—Creo que va a pasar algo gordo entre ellos. He visto mucha conexión… Así que vamos a mi casa —le dijo al oído, después de besarla en el cuello.

—Por mí… ¡ya mismo! —replicó Lis, muerta de deseo.

Marcos la volvió a besar, le lamió los labios, los mordisqueó, ella los entreabrió, él empujó con la lengua y volvió a comerle la boca entera.

Después, la agarró de la mano, cruzaron la marea de gente a toda velocidad, pasaron junto a Ava y Christian, les dijeron que se iban porque tenían cosas urgentes que hacer, salieron de la discoteca y se fueron al parking.

El coche estaba aparcado en un rincón retirado en el que solo había un Ferrari, que tenía pinta de ser de alguien que no iba a marcharse hasta que cerraran.

Se miraron antes de subir al coche y ambos supieron que no iban a ser capaces de esperar a llegar a casa.

Así que Marcos se sentó en el asiento del copiloto y a Lis le faltó tiempo para sentarse encima, cara a cara y con las piernas a ambos lados del asiento.

—Llevo soñando con la postura de la vaquera desde que la mencionaste el primer día que fingimos ser novios —confesó Marcos, con una sonrisa lobuna.

Lis sonrió, le rodeó la nuca con las manos y le besó en la boca mientras no paraba de sentir el miembro durísimo presionando contra su pubis.

Luego, sin dejar de besarse, ella se frotó contra él, hasta que no aguantó mucho más y Marcos se lo leyó en la mirada.

Tiró del vestido verde neón hacia arriba, se lo sacó por la cabeza, le arrancó el sujetador y le estimuló los pezones sutilmente con los dientes.

Lis gimió, cerró los ojos, hundió la nariz en el cuello de Marcos, aspiró su aroma que le fascinaba, lo mordisqueó y lo besó.

Recorrió la pedazo de espalda con las manos, las metió por debajo de la camisa, sintió su calor y la piel que reconocía hasta con los ojos cerrados. La misma que acarició hace doce años y que sus dedos jamás habían olvidado.

Luego, se miraron y sintieron que nada había cambiado en los ojos del otro, que seguían siendo los mismos.

Lis, con la mano temblorosa, le acarició el rostro, recorriendo con los dedos la piel que no había dejado de buscar…

Y al tocarle, Marcos sintió que había dentro de él algo que seguía intacto. Era como si con ese roce, Lis hubiera conectado con eso que tuvieron y ya no había recelos, ni suspicacias, ni miedo.

Tan solo eran ellos dos.

Otra vez.

Reconociéndose sin decir nada…

Dos que necesitaban mucho más…

Marcos, entonces, la tomó por la barbilla, la besó en la boca y empujó de las caderas de Lis para que las alzara.

Lis levantó las caderas, se inclinó un poco, él tiró de las braguitas, se las quitó y las dejó sobre el asiento del conductor.

El mismo lugar donde Lis había dejado su bolso, que abrió con las manos nerviosas, rebuscó hasta dar con el condón y se lo pasó a Marcos a toda prisa, diciéndole:

—He mirado la caducidad antes de meterlo en el bolso. Está en fecha. La caja la compré hace cuatro meses, pero como últimamente no hacía nada con él… La tenía sin estrenar…

—A mí una caja, me dura una noche.

—Ja, ja, ja, ja —se rio Lis.

Luego, le desabrochó el cinturón y el pantalón, tiró un poco de ellos, agarró el miembro grande y duro, y lo acarició mientras Marcos abría el condón.

Acto seguido, él se lo enfundó y Marcos se acordó de algo…

—¿Te acuerdas la primera vez que lo hicimos?

—Perfectamente. Te la vi y pensé que iba a morir empalada.

—Ja, ja, ja, ja —se tronchó Marcos.

—Nunca había visto algo así. Y pensé que iba a ser incapaz de hacerlo.

—Pero luego no querías parar —recordó Marcos, divertido.

—Eso no lo recuerdo —repuso Lis, con una sonrisa pícara.

—Espera que te voy a refrescar la memoria…

Marcos deslizó la mano hasta el sexo mojado de Lis, lo estímulo recorriendo los pliegues que no había olvidado, acariciando los labios, el clítoris y finalmente penetrándola con sus dedos.

Lis no paraba de llenar el aire con sus gemidos, que se hicieron más fuertes cuando él incremento la velocidad y la presión de los dedos.

Después, cambió el ritmo de la penetración, comenzó a hacer movimientos lentos hacia adelante y hacia atrás, y estimuló el clítoris con el pulgar mucho más rápido y más fuerte, hasta que la llevó al borde del orgasmo.

Entonces, la alzó por las caderas, tanteó la entrada y se deslizó dentro de ella hasta el fondo.

Lis gritó. Él siguió estimulándole el clítoris con los dedos y Lis estalló en un orgasmo que la dejó temblando entera.

Se miraron y los ojos hablaron por ellos. No necesitaron decir nada. Ese silencio era la forma más verdadera de decir lo que sentían.

Se besaron, apoyaron las frentes sudorosas el uno en el otro, se volvieron a mirar y él empujó otra vez hasta el fondo.

Lis ahogó el grito mordiéndose la mano, luego se aferró a los hombros fuertes de Marcos y empezó a hacérselo mientras él la agarraba fuerte por las caderas.

Lis cabalgó sobre él mientras no paraban de besarse, de acariciarse, de mordisquearse y de mirarse de esa forma en la que se lo decían todo.

Y así estuvieron hasta Marcos volvió a estimularle el clítoris, lo presionó con fuerza, lo pellizcó sutil y al notar de nuevo los espasmos del orgasmo de Lis, se corrió él también detrás de ella…

Ambos gritaron de placer y entonces Lis se percató de que un tío acababa de asomar la cabeza por la ventanilla.

Su ex. No podía ser otro…

—¡*Noooooooooooooooo*! —exclamó Lis, pegándose a Marcos para que no le vieran las tetas.

Marcos giró la cabeza y le dio tiempo a ver la cara de estupor de Mateo, que corrió a meterse en el Ferrari de Frozen, convencido de que Lis le había dado de su propia medicina, repitiendo la escena del parking, porque en el fondo seguía perdidamente enamorada de él…

Capítulo 17

A la mañana siguiente, Lis despertó en la cama de Marcos, abrazada a su espalda, después de pasarse la noche entera haciéndolo.

Estiró el brazo, miró la hora en el teléfono móvil y comprobó que tenía cuarenta y siete wasaps de Ava en los que decía todo el rato lo mismo:

AVA:
La he cagado.
Cuando puedas, llámame.
Tía… qué cagada.
Llámame, por favor.
Dios…
Qué cagada…
Soy imbécil.
Nunca voy a cambiar.
La que he liado.
Qué manera de piafarla.
Llámame, tía.
Estoy fatal…
Qué cagadaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.

Lis no leyó más mensajes, porque intuyó lo que había pasado…

Ava supuso que se habría liado con Christian y que se estaría sintiendo como cuando Apolo se subía por un impulso a lo alto del armario y luego no sabía bajar.

La imaginó con el típico pánico que entra cuando, al día siguiente, te percatas de que te has liado con tu vecino y de que no hay vuelta atrás, porque te lo vas a encontrar a diario en la escalera.

Pero ellos hacían un parejón y aquello solo podía salir bien, pensó Lis.

Y, ansiosa por dar ánimos a su amiga, salió con sigilo de la cama para no despertar a Marcos. Se fue desnuda y de puntillas hasta el

vestidor enorme, cogió una camiseta blanca de manga corta, se la puso, se perdió por un pasillo larguísimo, encontró por fin la escalera, bajó sin hacer ruido a la planta baja, atravesó un salón espectacular, salió al jardín, se sentó en una hamaca junto a la piscina, a la sombra, porque lucía un sol de justicia, y llamó a su amiga…

—*Liiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiis*, ¡por fin! —exclamó Ava, tras aceptar la llamada al momento.

—Me acabo de despertar. Estoy en la casa de Marcos. Es enorme. Ya verás luego para volver a la cama… —masculló Lis, convencida de que iba a perderse, porque era una casa de nueve habitaciones, pasillos idénticos, dos escaleras y puertas que parecían cuartos de baño, pero en realidad eran despensas.

—O sea que vas a volver a su cama… —replicó Ava, ansiosa por saber más.

—Más que nada porque tengo mis cosas en su habitación.

—¿Y qué tal? —dejó caer Ava.

—¿Qué tal tú? He leído tus mensajes…

—Ahora te cuento… Primero tú… ¿Todo bien? —insistió Ava.

—No sé lo que habremos dormido… ¿Dos horas? Ha sido un no parar…

—¿De hablar o de follar? —inquirió Ava, entre risas.

—¡De todo! Pero lo de follar ha sido… Uf. ¡No tengo palabras! Estoy molida, pero follada a conciencia. Marcos no sabe hacer nada a medias…

—Ja, ja, ja. ja. Siempre has dicho que Marcos ha sido tu mejor amante.

—Sí, pero tenía la duda de si no lo estaría idealizando, de si sería un recuerdo exagerado, una trampa, pura nostalgia, un cuento que me contaba… Y no. Mi memoria no fallaba. Es el mejor. Es apasionado, fogoso, entregado, incansable… ¡Es…!

—¡Un cerdo! —interrumpió Ava, entusiasmada.

—¡Iba a decir una máquina, pero cerdo también me vale! —exclamó Lis, con la mirada chispeante y una sonrisa que no se le caía de la cara—. Y luego te hace sentirte muy deseada. Busca todo el rato la conexión…, con la mirada, con las caricias, con los besos…

Es juguetón. Le gusta explorar, sorprender y todo lo hace tan bien que yo que sé la de veces que me habré corrido…

—¡*Guaaaaaaaaaaau*! —exclamó Ava, que se alegraba infinito por ella—. Y no ha sido solo sexo…

—No. Es imposible que solo haya sido sexo… Nuestros cuerpos como que se reconocieron. Las pieles, las caricias, los besos… todo fluía como si algo todavía siguiera ahí. Y luego, hubo un momento en el que nos miramos y sentí una conexión que ni el tiempo ni la distancia han podido romper. Algo que sigue pendiente, que nunca se ha ido… Así que no, no fue solo sexo. Fue algo más profundo. Pero ninguno dijimos nada. La vida, el destino, o lo que sea, nos ha vuelto a juntar. Y es una pena… porque no es el momento.

—¿Cómo puedes decir algo así, después eso tan intenso y tan bonito que habéis vivido esta noche? —replicó Ava, sin dar crédito.

—En su mirada sigue intacto aquello tan bonito que vivimos, pero, tía… raro es el día que no me recuerda que no se fía.

—¿Anoche te comentó algo al respecto?

—No. Anoche no —respondió Lis, estirándose en la hamaca.

Ava exhaló profundamente y le confesó porque ella estaba segura de que algo había cambiado en Marcos:

—Anoche, mientras tú hacías la peonza loca, subida a los hombros de aquel tío, hablé con Marcos. Le dije la verdad por culpa de los Negroni. Y tengo la sensación de que me creyó.

—¿Qué verdad? —inquirió Lis, levantando las cejas con sorpresa.

A lo que Ava respondió de corrido, es que ni se tomó la molestia de tomar aliento:

—Que le llevas esperando desde que el verano aquel en que te enamoraste de él como nunca en tu vida.

A Lis se le escapó un suspiro, porque su amiga acaba de decir una verdad como un templo. Sin embargo, había un detalle que lo complicaba todo:

—Pero ahora no es el momento. Acabo de salir de una relación que me ha dejado agotada. Y necesito tiempo…

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿No te vas a liar más con él? —preguntó Ava, en un tono bajo y apenado.

—No debería, lo sé. Pero la atracción es tan brutal que sé que voy a volver a caer. Eso sí, lo haré con cabeza y sin perder el control.

—¿Crees que vas a ser capaz de tener sexo con él y mantener a raya los sentimientos? —inquirió Ava, que abrió mucho los ojos de pura incredulidad.

—Sé que no solo es sexo, pero ahora mismo solo quiero disfrutar. Sin complicaciones, sin plantearme nada más… —confesó Lis, sin dudas al respecto.

—¿Y Marcos? ¿Qué es lo que quiere?

Lis no había hablado del tema con Marcos, pero algo en el ambiente lo bloqueaba todo. Por eso respondió:

—¿Tú crees que va a querer algo con alguien en quien no confía?

—Ya no piensa eso de ti…

Lis bufó, porque además ella tampoco quería su relación avanzara, y repuso:

—Da lo mismo. No es el momento… Y ya está. Y ahora cuenta tú, que me tienes en ascuas… ¿Cuál ha sido esa pifiada tan gorda? ¿Te has liado con él?

Ava se quedó unos instantes en silencio y luego preguntó con una ansiedad tremenda:

—¿A quién te refieres con él?

—¿A quién va a ser? ¡Al vecino!

Ava soltó el aire, se mordió los labios, se levantó del sofá donde estaba hablando, dio unos cuantos pasos por el salón, se volvió a tumbar y respondió casi hiperventilando:

—No, tía. Anoche, justo después de que os fuerais, me lie con Leo… Su amigo bombero…

—¿*Queeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeé*? —replicó Lis, dando un respingo.

Ava se echó a llorar, luego se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y farfulló entre hipidos:

—¡Una cagada monumental! Lo que te decía en los wasaps…

—No llores, por favor —le pidió Lis, preocupada.

—¿Cómo no voy a llorar con la que he liado? —dijo Ava, avergonzada.

—Vale. ¡Sácalo fuera! Y te abrazo… en la distancia.

—El que ha venido a abrazarme es Apolo —contó Ava, después de que el gato saltara a su regazo—. Es más mono y más sensible… No me deja ni a sol ni a sombra. Cada vez que me escucha llorar aparece para consolarme… Apolo es mi mejor historia —musitó mientras no paraba de acariciarlo—. Es leal, estable, está siempre para mí, me ama sin condiciones… Es la mejor relación que he tenido en la vida, aparte de ti…

—Es un cielo —asintió Lis, pues la entendía perfectamente—. Me cuidó un montón cuando pasó lo de Mateo… Jo, pues siento que estés así… Y yo que pensaba que tus mensajes eran porque te habías liado por fin con Christian…

Ava negó con la cabeza, más tranquila por la presencia de Apolo, que la miraba como prometiéndole que jamás iba a dejarla sola, que, aunque todo se fuera a la mierda, él siempre estaría a su lado. Fue entonces cuando encontró fuerzas para contarle a Lis:

—Estoy así porque la noche iba tan bien, había tanta complicidad entre nosotros, tantas risas, miradas y una química brutal que me cagué de miedo, me entró vértigo. No se me ocurrió otra forma de huir que ponerme a bailar con Leo y, a los cinco minutos, morrearle como si no hubiera un mañana. Luego salí corriendo a vomitar al baño y me vine a casa a rezar para que el mundo se acabe pronto y no tenga que encontrarme con Christian en la escalera.

Ava rompió de nuevo a llorar, Apolo se acurrucó en su pecho y empezó a ronronear, como si supiera que la presencia es más importante que cualquier palabra.

—Bueno… Tú tranquila… —le dijo Lis, convencida de que no estaba todo perdido.

—Lamento contarte esta mierda… —se excusó Ava, enjugándose las lágrimas con los dedos—. No quiero ser como mi madre, que cada vez que le cuento algo bonito o bueno que me ha pasado, me pincha el globo, cambia el foco hacia ella, me planta una puta nube negra encima de la cabeza… y se pone a hablarme de sus dramas, del tipo: ¡los cálculos biliares de mi abuela y de lo que sufre la pobre por no poder catar ni una triste croqueta!

—Tiene que ser duro vivir sin croquetas… —bromeó Lis, para destensar un poco—. Pero tú no eres como tu madre. Tú no me

pinchas los globos… ¡me los pintas en las uñas! ¿Te acuerdas?

—Fue una ocurrencia tuya… Como siempre.

—Y seguro que se me va a ocurrir algo para reconducir esta situación —aseguró Lis, hablando con un tono de voz esperanzado.

—Ni lo intentes. Esto no tiene arreglo —masculló Ava, abatida.

—Tú le gustas. Es algo que se ve de lejos. Y está interesado en ti de verdad.

—Lo sé —afirmó Ava, con un nudo en la garganta—. Me dio un vértigo horrible. Porque, de repente, escuché una vocecita dentro de mí que decía: «*Avitaaaaaaaaa*, esto te va a doler… aunque pinte muy bonito, te va a doler igual».

—Christian es un buen tío —replicó Lis, segura de que con él estaba a salvo, que no tenía nada que temer.

—Ese es el problema. Los tíos chungos no me provocan esto, porque los veo venir. Y no me remueven el trauma de mi padre…

La voz de Ava se quebró al pronunciar la palabra «padre» y volvió a llorar desconsoladamente.

—Tía, no imaginas lo que siento no estar ahí para abrazarte… —farfulló Lis, con los ojos vidriosos y la voz tomada por la emoción.

Pero el que sí que estaba era Apolo, que miró a Ava con sus ojos profundos de gato adivino que lo sabe todo. Caminó a pasitos cortos sobre su pecho hasta llegar hasta la mejilla mojada, que frotó con la intención de secarle las lágrimas y para que supiera de una vez que él nunca iba a irse.

¿Cómo iba a hacerlo si ella era la ama…? ¡La puta ama!

¿Y cómo no podía darse cuenta de lo maravillosa que era?, pensó Apolo mientras le daba golpecitos con la cabeza para quitarle las lágrimas.

—No vas a creerlo…—dijo Ava entre hipidos, conmovida por el gesto de su gato.

—¿Apolo otra vez?

—Tía, me está secando las lágrimas, se está frotando contra mi mejilla.

A Lis se le escapó una lágrima y exclamó emocionada…

—¡Lo adoro!

Ava sonrió y, en ese gesto tan bonito de su gato, encontró la fuerza suficiente para recordar a su padre.

—Mi padre me ha marcado muchísimo, pero cuando murió hace dos años yo estaba convencida de que las heridas cerrarían. Y no. Siguen ahí dando por saco. Mi padre era un tipo guapo y encantador, que me hizo un montón de promesas y que no cumplió ni una. Era un tío que me decía que iba a llevarme el fin de semana al campo, pero nunca lo hacía, no volvía a saber de él en seis meses y sin darme explicaciones. Siempre era así, siempre había algo más importante que hacer que estar conmigo. Y esa niña, que se pasaba las funciones del colegio mirando a lo lejos a ver si su padre frío y ausente aparecía, porque se lo había prometido, es la que, cuando ha conocido a una buena persona, que parece de fiar y con la que podría tener algo serio, ha sentido un pánico atroz a que realmente sea otro tipo encantador como su padre, que no cumpla nada de lo que dice y le haga muchísimo daño. Y para protegerse, cuando ese chico parecía estar a punto de declararse, lo que ha hecho es besar a su amigo y salir corriendo…

—Tienes que hablar con Christian —le sugirió Lis, con una voz dulce y decidida para que supiera que había salida, aunque en ese momento no pudiera verla.

—¿Para qué? —replicó Ava, como si de verdad estuviera todo perdido—. ¿Para decirle que soy una tía que tiene un trauma con su padre y que por eso he besado a su amigo? Me va a mandar a mierda… ¿Adónde va con una tía como yo? Imagina de lo que yo sería capaz de hacer el día de la boda… ¡como poco tirarme a todos los camareros!

—Tú ya le habías contado algo sobre la relación con tu padre… —le recordó Lis.

—Sí. Le conté que me pasé la infancia y la adolescencia escuchando sus promesas que nunca cumplía, que me pasaba meses sin saber de él y que, por su culpa, prefiero colgarme de tíos que no quieren ningún compromiso.

—Pero Christian sí que lo quiere…

—Él me dijo que le gustaría tener una relación seria. Y que es de los que, si dice algo, lo cumple —contó Ava, después de que Apolo

se quedara hecho un ovillo en su pecho.

—Y es verdad porque nos dijo que nos iba a llamar para ir de fiesta… ¡y lo ha hecho!

—Es un tío de palabra —dijo Ava acariciando el lomo de Apolo—. Es leal. Es buen amigo. La gente habla maravillas de él. Es de los que está. No tiene nada que ver con mi padre. Pero arrastro un trauma y no puedo dejar de pensar que todo lo bonito se va a ir a la mierda más pronto que tarde. Y antes de que se rompa el encanto, lo rompo yo. Y listo.

—Pero es que tú lo acabas de decir… Él no es como tu padre. No es de los que se van.

—No, por supuesto que no —habló Ava, rotunda, y Apolo la miró como para decirle que él también era de los que se quedaban—. Es un sol. Cuando vio que no volvía del cuarto de baño, me llamó, me escribió, me preguntó si estaba bien… ¡Y eso que acababa de morrearme con su amigo! Le puse que sí, que estaba bien y que me iba a casa… Y me ha escrito hace un rato un wasap que dice: «Solo quiero que sepas que estoy aquí, para lo que quieras, cuando quieras».

—¡Qué mensaje más precioso! —exclamó Lis emocionada al tiempo que Apolo ronroneaba con fuerza, como para decir que él también estaba en su vida de la misma manera.

—Sin reproches, sin exigencias y sé que, si ahora mismo le escribo, me va a responder al momento —aseguró Ava.

—Y, además, es la persona que necesitas para volver a confiar… y perder el miedo al abandono —dijo Lis, que estaba segurísima de ello.

—Pero yo no soy la persona que él necesita… —habló Ava, tras chasquear la lengua—. No soy fácil. Estoy muy tocada, tengo un montón de heridas que aún me duelen. Es mejor que se quede con una de las rubias del gimnasio. Una tía sin traumas y que no le complique la existencia. En fin, una chica que no bese a su amigo, cuando está a punto de decirle que le gusta…

—A Christian le gustas tú. Y no vas a poder esconderte. Tienes que hablar con él —insistió Lis, convencida de que podían remontar aquello.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Ava, tapándose la cara con la mano —. Voy a evitar la escalera durante mucho tiempo… Y del portal saldré y entraré como una flecha.

—Pero Ava…

A Apolo tampoco le gustó verla así, y volvió a trepar por su pecho para darle un zarpazo en la mano…

—¡*Auuuuch*!

—¿Qué pasa? —gritó Lis, sobresaltada.

—Tenía la mano en la cara y Apolo me ha metido un zarpazo que lo flipas.

—¿Por qué no le preguntas si Christian y tú…? —sugirió Lis.

Pero Ava no necesitaba preguntar nada a su gato adivino, lo tenía todo clarísimo y respondió:

—Lo mejor que le puede pasar a Christian es que salga de su vida. *Aaaaaauch*… —chilló después de que Apolo le metiera otro zarpazo en la mano que sostenía el teléfono.

Sobre todo, porque seguía sin gustarle lo que escuchaba.

—¿Otro zarpazo? —quiso saber Lis, perpleja.

—Voy a tener que colgar, que este me va a arrancar el brazo. Me voy a la cama. Llevo sin pegar ojo desde que he llegado a casa… A ver si duermo algo…

—Descansa. Seguro que Apolo te está dando zarpazos para que te metas en la cama. Yo en un rato voy para allá… No haré ruido…

—¡Quédate ahí! ¿Para qué vas a venir? —preguntó Ava, para que ella que podía… siguiera disfrutando.

—Porque estás mal.

—A ver si con un poco de suerte, duermo doce horas seguidas. Aprovecha y recupera los polvos perdidos —dijo Ava, en un tono que sonó a orden.

—Creo que…

—*Aaaaaaaaauch* —gritó Ava—. ¡Qué tarascada acaba de darme! ¡Te cuelgo que Apolo tiene un cabreo tremendo! ¡Y me está mirando con cara de «cuelga o te quito el teléfono que también es mío… como todo lo que hay en esta casa»! Ya sabes cómo es…

—Si no pudieras conciliar el sueño o lo que sea… ¡Dame un toque!

—*Siiiiiiiiiiiiiiií*. Cuelgo que, entre las tarascadas y los zarpazos, este me deja manca…

Lis colgó, y al instante notó unas manos fuertes y cálidas sobre los hombros:

—¡Buenos días!

Lis dio un respingo, se giró, vio a Marcos que la miraba con una sonrisa gigante, se levantó de la hamaca y le dijo:

—¡Buenos días! Me tengo que ir…

Marcos la abrazó, la besó, Lis entreabrió los labios y se dieron un pedazo de beso.

Luego, Lis se quedó mirándole sonriente, mientras pensaba que Marcos solo había necesitado dos segundos para hacerla caer de nuevo. Y, encima, después le pidió, sin dejar de abrazarla:

—Quédate. Y mañana nos vamos juntos a casa de mi abuela.

—No tengo ropa —le recordó Lis, deseando estar en su cama otra vez.

—No te hace falta —replicó con una sonrisa pícara.

—¿Y el domingo cómo voy a casa de tu abuela?

—Seguro que puedes improvisar un modelito con cualquier cosa que tenga por aquí —respondió con cara de guasa.

—Y con una camiseta vieja y una máquina de coser también puedo hacerme unas bragas —ironizó Lis, divertida.

Marcos la besó otra vez y, sin dejar de abrazarla porque ni se creía que estuviera en su casa, le propuso:

—Tengo la nevera vacía. Podemos ir al centro comercial a comprar provisiones y… bragas.

—Lo mejor es que me vaya. Ava no está bien…

—¿Qué le pasa? —preguntó Marcos, entornando la mirada.

—La cosa se puso a punto de caramelo con Christian, se asustó y se lio con su amigo.

—¿Cómo que se asustó? —inquirió Marcos, que no entendía nada.

—Creció con un padre Guadiana, de esos que aparecen y desaparecen, que no da explicaciones y que no cumple nunca. Sufrió mucho, y ahora le ha entrado miedo a pillarse por Christian y volver a pasarlo mal. Así que se ha saboteado a sí misma liándose con el amigo…

—Christian parece un trozo de pan —masculló Marcos, desconcertado.

—Lo es. Tienen que hablar. Lleva sin pegar ojo desde anoche. Me acaba de decir que se va a dormir.

—Entonces, quédate —musitó Marcos, estrechándola más contra él.

—No puedo —musitó Lis, sintiendo la erección de Marcos en el vientre y con unas ganas locas de todo.

—¿Por qué? —inquirió Marcos, con la voz un poco quebrada.

—Porque me gustas demasiado…

—¿Y eso es un problema?

Lis se quedó unos instantes en silencio, batió deprisa las pestañas y respondió:

—A ver, yo controlo…

—O sea, que lo puedes dejar cuando quieras —ironizó él, con una sonrisa gamberra.

—Me refiero a que hace nada que he salido de una relación, y no creo que lo que más me convenga en este momento sea tener ataduras ni compromisos —dijo Lis, apelando a la sensatez—. Y menos contigo, que eres mi jefe y que no te fías para nada de mí.

Sin embargo, Marcos le sorprendió diciendo algo que ella no esperaba:

—Ya no pienso que me hicieras *ghosting*.

—Ah, ¿no? —farfulló Lis, patidifusa.

—En estas semanas, en las que he visto cómo cambias los números, te bailan las letras, alteras las palabras o no atinas con mi apellido, ya tengo claro que no fue *ghosting*, sino dislexia…

—¿En serio? —replicó Lis, a la que le dio un vuelco al corazón.

Marcos asintió, pensó que aquello tenía que seguir, que no podían quedarse con más abrazos colgados, y dijo:

—Vamos a Carrefour.

—¡Qué romántico! —exclamó Lis, muerta de risa.

Sin embargo, él se puso serio, la agarró de las manos y le pidió con los ojos muy brillantes y el corazón latiéndole con fuerza:

—No te vayas. Quédate. Y veremos qué pasa, que el tiempo diga…

Lis fue a replicar algo, pero sus tripas rugieron de una forma estrepitosa y le preguntó:

—¿De verdad que no tienes nada en la nevera? Es que tengo un hambre…

—No tengo nada de nada. Pero el vecino tiene unos albaricoques que están en su punto.

—¿Qué? ¿Quieres mangar albaricoques? —inquirió Lis, tras soltar una carcajada.

—Quiero coger los que asoman por encima de la valla. Están en la calle, por así decirlo.

—El árbol es de tu vecino —le recordó Lis, divertida.

—Es alérgico a los albaricoques —contó Marcos, encogiéndose de hombros.

—Ja, ja, ja, ja.

—¡En serio! Le hago un favor cogiéndolos. Así que ya ves… Soy otro héroe sin capa… ¡Puedes abrazarme, si quieres! ¡Y colgarte de mi cuello!

Lis se partió de risa y decidió que no podía irse… al menos sin probar los albaricoques…

Capítulo 18

Durante las siguientes semanas, Ava abrió su centró de uñas antes y cerró mucho después para evitar coincidir con Christian.

Antes de salir de casa, escuchaba si había ruido en el descansillo, esquivaba las escaleras y cruzaba el portal como una centella, sin levantar la cabeza del suelo.

Y lo había logrado. Desde el día de Fabrik no había vuelto a verlo, se había librado de tener que mirarle a los ojos, sentir una vergüenza tremenda, forzar una sonrisa nerviosa y decir algo… lo que fuera.

Había sucedido justo lo que ella quería, pero se sentía fatal.

Rara era la noche en que Apolo no le tenía que enjugar las lágrimas, porque, aunque no se sentía preparada para verlo, tampoco quería seguir adelante sin hacerlo.

Le echaba muchísimo de menos.

No podía sacárselo de la cabeza… ni del corazón, donde cada día lo tenía más dentro.

Lo que sucedía era que, de momento, solo de imaginar el encuentro se ponía a hiperventilar y se quedaba en blanco. Sin saber qué decir. No le salían las palabras. Y en su interior solo había un silencio pesado, torpe, incómodo y culpable.

No podía dejar de reprocharse lo que había hecho. No tenía ni idea de cómo enfrentarse a la situación, de cómo explicarle que la estupidez que cometió tenía una razón, que deseaba con toda su alma que todo hubiera sido diferente y que le pedía perdón

Claro que, ¿cómo iba a tener la cara de pedirle que la perdonara cuando no podía perdonarse a ella misma?

Estaba en un bucle del que no sabía cómo salir. Necesitaba verlo, pero, al mismo tiempo, temía que él ya no sintiera nada por ella, o, a lo sumo, decepción y desprecio.

Y de ahí no salía. No tenía coraje para enfrentarlo, pero no podía dejar de pensar en él a cada instante.

Temía encontrárselo en la escalera, pero en el fondo lo estaba deseando.

En fin, que aquello era un tormento, que ella se tomó como un castigo que merecía por haberla pifiado tanto.

Y mientras Ava estaba atrapada entre el deseo y el miedo, y entre la culpa y la esperanza de que todavía no fuera demasiado tarde, Lis se estaba dejando llevar con Marcos…

Ya no les hacía falta fingir nada en la oficina ni en ninguna parte, que eran novios truchos, porque les solía solo.

Aunque, en realidad, ¿alguna vez habían fingido?

Porque las miradas, las risas y la complicidad habían estado ahí desde el principio.

Y lo que cada vez se hacía más difícil con el paso de los días era seguir fingiendo que solo se estaban dejando llevar, que aquello era una especie de juego sin riesgos, sin etiquetas y sin promesas.

Lis, porque no se sentía preparada para tener nada serio.

Y Marcos, porque tenía miedo a ilusionarse demasiado y perderla otra vez.

Sin embargo, los días pasaban y no podían dejar de buscarse sin darse cuenta. Se esperaban para el café de la mañana, para comer juntos, para salir a la misma hora y darse un paseo, tomar algo, ir al cine, descubrir restaurantes nuevos o ir a correr juntos al parque.

Y luego estaban los fines de semana que, sin proponérselo, los pasaban siempre juntos.

Porque Lis terminaba todos los viernes en casa de Marcos. En teoría, por comodidad.

No tenía mucho sentido volver a Rivas, si el domingo tenía que estar de nuevo en Somosaguas para ir juntos a la casa de la abuela, en Aravaca. Así que se quedaba, sin más.

Y hacían el amor como si el tiempo no existiera, como si el presente fuera lo único que importaba. Sin promesas, sin planes, pero con una intensidad y una ternura que parecían decir que aquello podría ser para siempre.

Veían series que nunca terminaban, se les juntaba el desayuno con la comida entre risas, pelos revueltos y camisetas prestadas.

Iban a Carrefour y, cuando no se peleaban por los yogures, lo hacían por el champú.

Lis arrastraba a Marcos a mercadillos con puestos de libros viejos y vinilos polvorientos, y él la llevaba a conciertos a los que Lis no habría ido jamás.

Otras veces no hacían absolutamente nada.

Los domingos siempre iban a comer con la abuela, regresaban a Rivas cantando a grito pelado las canciones de la radio y la despedida, con un abrazo largo, se les hacía cada *finde* más difícil.

Porque cada fin de semana se parecía demasiado a tener una vida juntos, a ser una pareja, aunque no se atrevieran a ponerle ese nombre, tal vez porque lo hacía real y eso a ambos les asustaba…

Tal y como le dijo la abuela a Marcos un domingo, después de haber mandado a Lis a la cocina a por una tarta que había preparado a propósito para que quedara *blandurria*, con la masa pegajosa y quemada lo justo como para que tardara como unas tres horas en poder sacarla del molde.

—¿Cuándo le vas a decir a tu novia falsa que la amas? —preguntó Rita, clavándole la mirada a su nieto.

Marcos estuvo a punto de atragantarse con el agua que estaba bebiendo, y luego preguntó, intentando mantener la calma:

—¿Cómo?

—Lo sé desde el primer día —sonrió la abuela, mientras se tocaba uno de sus pendientes gigantes en forma de huevo frito.

—¿Qué sabes, abuela? —inquirió Marcos, que no pensaba caer en su trampa.

Porque una de las técnicas infalibles de la abuela era lanzar mentirijillas y esperar a que la verdad saliera sola.

Y no iba a caer.

—¡Todo! Que hiciste un trato con Lis para que fuera tu novia falsa y que la amas.

—¿Falsa? —replicó Marcos, que iba a resistir como un campeón.

—Falsa. Sí. ¡Me trajiste una novia falsa a casa y anda que no tardaste! Porque Sofía es muy buena chica, pero es un muermazo de señora…

—¿Qué me estás contando, abuela? —preguntó Marcos, alucinando con que su abuela hubiera sido capaz de invitar cada

domingo a Sofía, para ver si, por desesperación, se echaba novia… aunque fuera falsa.

Y para que no le quedara ninguna duda, la abuela aclaró orgullosa de su fechoría:

—Que invitaba a comer a Sofía, a ver si espabilabas y te buscabas a otra. Aunque fuera falsa…

Marcos se pasó la mano por la cara y farfulló porque su abuela se superaba por momentos:

—No… O sea… No.

—Necesitabas a alguien a tu lado. Y yo te he dado el impulso para que trajeras una novia falsa… que no lo ha sido ni medio segundo. Y a Sofía también la he ayudado, porque ahora es feliz con un tío que es totalmente opuesto a ti. ¡Me ha salido la jugada redonda! —exclamó Rita, tronchada y apretando los puños.

—No sé qué dices de novia falsa… —farfulló Marcos, que no pensaba claudicar, así como así.

—En eso tienes razón —dijo la abuela, tras dar un sorbo a su vino —. No le has dado a Lis un beso de mentira ni en sueños.

—Pues no.

—¡Y el primer día le pusiste un café sin que lo pidiera! —recordó la abuela levantando las cejas.

—¿Hice eso? —inquirió Marcos, porque no lo recordaba.

—Y mirarla con cara de tonto todo el rato.

—No me extraña… —masculló Marcos, porque estaba pilladísimo por ella.

—El primer día, cuando te mandé a por la botella de vino…

Antes de que la abuela siguiera contando, la interrumpió para decirle:

—Como hoy has mandado a Lis a por una tarta…, ¿me equivoco?

—Pobrecita. ¡Ni para el año que viene va a lograr sacarla del horno! Pero a lo que iba… Me percaté desde el principio de que, detrás de ese romance falso, había una verdad que ninguno de los dos podía negar. Os miráis y electrocutáis el aire, hijo mío. Eso no se puede fingir…

—A ver… —farfulló Marcos, apretándose el puente de la nariz, mientras pensaba qué replicar a esto último.

Pero no le dio tiempo a pensar nada, porque la abuela le soltó:

—Y se lo dije a Lis…

Y, sin darse cuenta, fue en ese justo momento cuando Marcos soltó la verdad al decir:

—¿Lis sabía que tú sabías que lo nuestro era un romance fingido?

—No seas iluso, Marquitos —le recriminó Rita—. ¿Pero cuándo has fingido tú?

Marcos bufó al ver que una vez más le había hecho jaque mate y decidió contar la pura verdad:

—No somos novios.

—Porque tenéis miedo a ponerle un nombre a lo vuestro.

Marcos negó con la cabeza, apuró su copa de agua y replicó:

—No creo que sea miedo.

—¿Pánico aterrador, tal vez? —inquirió la abuela, mordaz.

—No estoy para chistes. Y menos después de enterarme de que Lis y tú me habéis estado tomando el pelo —masculló Marcos, ceñudo, abrumado por la ofuscación.

—Le pedí a Lis que siguiera interpretando el papelón de la novia falsa, porque era lo que más nos convenía…

—¿A quién le convenía? —preguntó Marcos, sintiéndose un auténtico memo.

—¡A todos! —respondió la abuela, haciendo un círculo con las manos—. Para que, como le dije a Lis, sea lo que tenga que ser…

—Odio cuando me haces sentir como un títere, movido por hilos invisibles que tú manejas a tu antojo —le reprochó Marcos, a la vez que pensaba que no podía quererla más.

—Eres mi nieto —dijo Rita, llevándose una mano al pecho—. Soy capaz de todo por verte feliz. Y nunca te he visto tan feliz como con Lis. ¡Como la dejes escapar… te corto los huevos y me hago unos pendientes con ellos!

—Abuela, por favor… —murmuró Marcos, entre risas.

—Ya tienes hora y día en la iglesia. Así que espabila… —habló Rita, chasqueando los dedos con autoridad.

—Lis acaba de salir de una relación y necesita tiempo para hacer el duelo.

—¿Duelo? —replicó Rita, perpleja—. Si Lis necesita tiempo para algo, es para organizar un fiestón memorable por haberse librado de ese pelele.

—Tenías que verle… —murmuró Marcos, poniendo cara de asco.

—¡Ya le he visto! En la foto de la web de tu empresa. Es feo como una polla —dijo la abuela, echándose a reír.

—Abuela, por favor… —farfulló Marcos, haciendo como que se escandalizaba, pero en el fondo le divertía muchísimo que fuera tan descarada.

—Mueve ficha de una vez.

—¿Qué ficha? —preguntó Marcos, que se había perdido.

—Dile que la amas… ¿O todavía le guardas rencor porque te dio el teléfono de un señor de Burgos por equivocación?

—Era de Soria —le corrigió Marcos.

—¿Ves? —replicó Rita, enarcando una ceja—. Todos nos equivocamos.

A Marcos se le escapó un suspiro y soltó lo que le quedaba por confesar:

—Lis me gusta demasiado… Y sufrí mucho cuando la perdí. No soportaría hacerlo otra vez.

—La vas a perder otra vez si no lo intentas. ¿O piensas pasarte la vida en ese limbo donde no te atreves a poner un nombre al amor que sientes por ella?

—En esa indefinición me siento seguro —respondió Marcos, tras soltar el aire que tenía contenido en los pulmones—. Y tú deberías entenderme mejor que nadie porque tienes relaciones sin etiquetas.

—Porque quiero vivirlas así —le recordó Rita, pues lo suyo no tenía nada que ver con lo de su nieto—. Tú no le pones etiquetas, porque no te atreves a arriesgarte y te conformas con vivir una relación a medias.

—Uf —bufó Marcos, porque aquello le había dolido como una patada en sus partes.

—El amor de verdad siempre vale la pena…

Marcos estaba agotado por la sinceridad brutal de su abuela, que no tenía filtros, ni freno… ni mucho menos piedad. Y, sin fuerzas para seguir con el tema del amor, preguntó:

—¿Cuánto tiempo a vas a dejar a Lis peleándose con la tarta?

—La tarta es más peleona que dulce —bromeó Rita, con una sonrisa guasona.

—Voy a la cocina a traerla de vuelta —dijo Marcos, que se levantó como un resorte.

—¡Ay, si es que no puedes disimular que la amas! —exclamó la abuela con la voz cantarina y emocionada—. Así que deja de hacer el papel del rescatista ¡y declárate de una vez! —Y esto último lo dijo en un tono que sonó a una orden.

—Lis no quiere nada serio. No voy a correr el riesgo de declararme y que salga corriendo…

—Si intenta salir corriendo, ¡le hago un placaje! —dijo la abuela, con total seriedad.

—Abuela, ¡no te burles más de mí! —estalló Marcos, entre risas.

—No me burlo. Lo que quiero es que entiendas que estáis evitando lo que el corazón ya ha decidido. Y no os va a quedar más remedio que ponerle un nombre a lo que tenéis… y si os ponéis muy pesados, ¡lo pongo yo!

—No, deja… No enredes más, por favor…

Marcos se marchó a la cocina a buscar a Lis, sin sospechar que, el lunes en la oficina, Mateo le propondría algo que obligaría a ambos a confrontar lo que estaban sintiendo.

Porque dos semanas antes, Marcos le había pedido a su jefe de Recursos Humanos que organizara alguna actividad para fortalecer los lazos, reforzar la cultura de la empresa y hacer que los empleados se sintieran parte de una gran familia.

Y aquel lunes, Mateo se presentó en su despacho para proponer una actividad en la misma playa donde Lis y él se besaron por primera vez…

—He estado dándole vueltas a lo que me pediste —habló Mateo con unos folios en la mano—. Me parece que, para fortalecer el equipo, fomentar la integración, demostrar que la empresa valora la vida personal de sus empleados, mejorar el ambiente laborar y cargar pilas —que siempre acaba redundando en un aumento de la productividad—, lo mejor sería organizar un fin de semana en la

playa con actividades de *team building*, dinámicas divertidas y tiempo para conectar y fomentar el compañerismo.

—¿Cuándo sería? —preguntó Marcos, al que lo que menos le apetecía era pasar el fin de semana haciendo bobadas en la playa con ese tío.

—Se me ha ocurrido hacer un evento sorpresa y que sea este mismo fin de semana.

Y encima ese fin de semana, pensó Marcos, que iba a hacer un calor tremendo y que pensaba pasarlo follando tan ricamente con Lis en la piscina, por eso replicó:

—Pero la gente tendrá compromisos previos, estas cosas hay que avisarlas con antelación y luego está la logística y…

—Lo tengo todo previsto y todo el mundo se va a apuntar porque ¿quién puede negarse a pasar un *finde* en familia y de paso quitarse el calorazo que va a hacer en Madrid?

—¿En familia? —inquirió Marcos porque no sabía bien a qué familia se refería, si a la de la empresa o a la de verdad.

—Es un *Family Weekend* sorpresa —aclaró Mateo, orgulloso de la ocurrencia que había tenido—. Los empleados tendremos nuestras dinámicas de *team building* y las familias tendrán sus propias actividades, risas, juegos, sorpresas, buena comida y, al final del día, todos juntos, incluidas las mascotas, disfrutaremos de momentos inolvidables.

—¿Las mascotas también? —preguntó Marcos, mientras pensaba en que su abuela tenía razón y Lis tenía que montar una fiesta bien gorda para celebrar haberse quitado a ese petardo de encima.

—Sí, he encontrado un hotel *pet-friendly* y he pensado que los que no tienen hijos ni perros se traigan a un abuelo, activo y con marcha. Comen más que los niños y los perros, pero tampoco aumentaría demasiado el presupuesto… y los abuelos de este perfil nos interesan porque, por lo general, no les da vergüenza cantar canciones de Bad Bunny disfrazados de pollo. ¡Con ellos la fiesta está asegurada! En fin, es un plan perfecto sin que se dispare la cuenta, y te garantizo que va a merecer la pena.

—Ajá… —masculló Marcos, haciendo esfuerzos por no soltar una carcajada ante las ridículas ideas de ese tío. ¡Y lo peor es que

encima le pagaba por ellas!

—Los *Family Weekend* hacen que los empleados se sientan valorados, orgullosos y comprometidos con la empresa. Está más que demostrado que si cuidas de su gente, ellos cuidarán del equipo… Lo que me ha inspirado un lema para la actividad…

—Tenemos lema y todo.

—Ya te lo paso todo en Power Point. El lema es: «Acerca a las familias y unirás al equipo».

—¿Y dónde tendría lugar la actividad? —inquirió Marcos, porque, si iba a tocar hacer un *team building*, al menos fuera con las mejores vistas al mar.

—En Alicante.

—¿Dónde? —preguntó Marcos, porque Alicante era muy grande.

—Le pedí a la agencia de eventos corporativos que me enviaran propuestas y la que se adapta a lo que necesitamos: playa bonita, buenos accesos, excelente logística… está en el sitio donde Lis y tú os conocisteis…

Marcos abrió los ojos como platos, porque de pronto la propuesta de Mateo empezó a interesarle muchísimo:

—No me digas —farfulló.

—Cuando me dijeron el nombre de la playa, pensé: «¿De qué me suena?». Me suena por Lis. Me ha hablado mucho de ese sitio… Y ella ha ido más veces por allí…

Marcos se quedó estupefacto porque Lis no le había contado que hubiera vuelto a aquella playa…

—No sabía.

—Siempre que va, se acerca a un acantilado para ver la estrella a la que tú pusiste su nombre. Las cosas de Lis…

—Joder… —masculló Marcos, sintiendo un vuelco en el corazón y los ojos se le pusieron tan vidriosos que lo justificó mintiendo—. ¡Qué alergia tengo! ¡Estoy fatal!

—Ya verás lo bien que te sienta el *finde* en la playa…

Y entonces Marcos pensó que no podía creerlo, pero gracias a ese capullo… iba a volver a aquella playa… Y con Lis…

Capítulo 19

Al final se apuntaron a la excursión a Alicante más personas de las que esperaban, y los autobuses iban hasta arriba: familias apretujadas, sombrillas de playa y sillas plegables encajadas entre los asientos, neveras portátiles invadiendo los pasillos, cubos de playa rodando con las curvas, pelotas hinchables que de vez en cuando sobrevolaban las cabezas, perros mareados, un gato estresado, niños peleando y abuelos matándose por coger el micrófono que Mateo había llevado para amenizar el viaje con un karaoke.

Aquello fue un despropósito tal que a cada rato se escuchaba gritar: «¡Pelea, pelea!». Y el micrófono salía disparado en cualquier dirección…

Y al que le caía, le tocaba cantar la canción que estuviera en la *playlist* que Mateo había confeccionado con de todo un poco.

A Lis le tocó *Como una ola*…

Ella cantaba fatal, pero le puso tanta pasión que la gente coreaba con ella, agitando toallas, abanicos y flotadores de unicornios.

Porque la mayoría iba a en chanclas, pantalones cortos y, los más previsores, hasta con la toalla al hombro y los flotadores inflados para no perder tiempo al llegar a la playa.

Y a Marcos, que iba sentado al lado de Lis, le tocó… *Perrea, mami, perrea*.

Cuya letra leyó como si estuviera recitando un poema de Garcilaso de la Vega, pero al llegar al estribillo, una abuela desatada gritó:

—¡Ese jefe buenorro que menee las caderas!

Y el resto del autobús se puso a jalear, golpeando las tarteras a modo de tambores y agitando las bolsas de Doritos:

—¡Dale, papi! ¡Dale, que dale!

Y Marcos se entregó a su público y se puso a perrear… al asiento delantero, dándolo todo… como si el respaldo de escay azul fuera su pareja de baile.

Lis casi se lo hace encima de la risa y, cuando la canción terminó, Marcos volvió a sentarse y dijo:

—No sé si esto es *team building* o el comienzo del apocalipsis.

—Ja, ja, ja, ja.

—Y luego este olorcillo a gazpacho, filete empanado y protector solar…

—Todo es *team building* —le dijo Lis seria, pero con los ojos que le brillaban de la risa.

—¡No me digas! —exclamó Marcos, risueño.

—Claro, todo este caos nos va a unir para siempre —repuso Lis, mordiéndose los labios para no soltar la carcajada.

—Solo falta que lleguemos todos de una pieza a Alicante… y sin que una nevera portátil no arruine la pedicura de la abuela de Víctor, el de Sistemas —comentó Marcos, indicando con la cabeza las uñas de gavilán de la señora.

Pero Lis, cómo no, en lo que se fijó fue en los brillos…

—¡Qué ideal la señora con sus chanclas de pedrería!

Lis no había llevado a nadie al evento. Su abuela estaba en Palencia. Alicante le quedaba muy lejos, y no estaba dispuesta a hacer un viaje de tantas horas para estar apenas dos días y luego pasarse dos semanas quitando granos de arena hasta de los caramelos del bolso.

Y Marcos no le había contado a su abuela lo del viaje, porque ella se habría apuntado sin dudarlo y habría aparecido con un megáfono para perseguirle por toda la playa gritándole que se declarara de una vez. Y no era plan. Así que le dijo que ese fin de semana tenían un seminario de digitalización de procesos internos en Cuenca.

Y el hecho de que ambos vinieran sin familia hizo que Marcos comentara…

—Creo que somos los únicos que venimos solos, sin hijos, sin mascota y sin abuelo.

Aunque al momento se dio cuenta de que había dicho una estupidez, porque iban a las comidas familiares de los domingos juntos, ponían lavadoras juntos, quemaban lasañas juntos, peleaban con el edredón por meterlo en la funda nórdica… juntos.

Si eso no era ser familia, ¿entonces qué?

—Mateo no se ha traído tampoco a nadie —comentó Lis, enarcando una ceja.

—El jueves me contó que se lo propuso a su abuelo Ramiro y le dijo que la excursión le parecía una patochada.

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Me cae bien ese hombre! —exclamó Marcos, riendo también.

—Y a mí. Y Begoñikiñiki tampoco se ha traído a nadie.

—Sí que se ha traído —aseguró Marcos, justo cuando una pelota de playa sobrevolaba su cabeza.

—¿A quién? —preguntó Lis, extrañada.

—A Frozen…

—¡No le he visto! —farfulló Lis, que miró en todas direcciones buscándolo.

—Nos espera allí —le informó Marcos, para que dejara de buscarlo —. Prefiere viajar en su Ferrari. Ha roto hace poco con su novia y le traen porque para Begoña este tío es familia.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Mateo va tener al *Congelao* metido hasta en la sopa!

Y así entre risas, gritos y canciones llegaron a su destino con las piernas dormidas y el cuerpo agarrotado…

Pero con tantas ganas de darse un baño que, en cuanto bajaron, las familias se fueron volando a la playa, sin pasar por el hotel.

Los empleados, en cambio, después de hacer el *check-in*, dejar sus pertenencias en las habitaciones y ponerse la camiseta y el pantalón corto con los valores de la empresa impresos, acudieron a la recepción, donde les esperaba el *coach* de *team building*.

Mario, el *coach*, tenía aspecto de saber más de surf que de *team building*. Tenía treinta años, ojos verdes enormes, pelo largo, rubio y estropajoso, un bronceado como si jamás saliera de la playa, llevaba una camiseta de neopreno amarilla, un bañador de flores y unas crocs mugrientas… Y estaba buenísimo.

Fue el comentario que más se escuchó entre cuchicheos mientras Mario se presentaba y explicaba las actividades que iban a realizar para fomentar el trabajo en equipo y la resiliencia, y que parecían directamente sacadas de un programa de televisión de pruebas ridículas.

Pero como el *coach* estaba tan bueno, algunas personas comentaban que, al menos, se les iba a recrear la vista y el tiempo

iba a pasar más rápido.

Y allá que se fue el grupo caminando hasta una zona de playa justo frente al hotel, donde les esperaba la primera actividad del día: la búsqueda de un tesoro pirata enterrado a medio metro bajo piedras de colores.

Eran las doce de la mañana, el sol estaba a tope, y la plantilla, sudando a chorros por el calor y la humedad, se puso a buscar un tesoro que no le importaba a nadie, mientras soñaban con una cervecita fría a la sombra en el chiringuito.

Mateo fue el primero que se lanzó a la búsqueda del tesoro tras consultar el mapa que se le derretía en la mano, y Marcos fue tras él porque había que dar ejemplo.

Todos los demás se quedaron atrás remoloneando y consultando el mapa como si aquello fuera una cosa imposible de descifrar.

Nadie quería tocar las palas… pero Mateo sí.

Mateo agarró una pala y se puso a cavar en el lugar donde creía que estaba el tesoro con la misma furia que si abajo hubiera oro de verdad.

Marcos cavó unos metros más allá, mientras el resto del personal peinaba la arena con la pala y saludaba a la familia que chapoteaba en el agua.

Marcos cavaba que daba gusto verle, de hecho, el personal no paraba de comentar lo buenísimo que estaba, y Lis solo pudo pensar en lo bien que la sostenían esos pedazo de brazos cuando la empotraba contra el frigorífico.

En fin, Marcos se convirtió en el centro de las miradas, y Mateo se picó y empezó a darle a la pala con mucha más energía todavía.

Si bien, a la cuarta palada, sintió un latigazo en la espalda, se quedó doblado como una navaja y empezó a cagarse en todo en voz baja porque no quería romper la dinámica grupal.

La única que se dio cuenta de que le pasaba algo fue Begoña, aunque su atención principal estaba puesta en Frozen que, tras hacer *burpees* perfectos en la zona de las tumbonas, se estaba marcando unas flexiones con palmada y con una mano que le tenían con el torso sudoroso y *megafitness* cubierto de granitos de arena.

Begoña entonces pensó que las comparaciones eran odiosas, pero su cuerpo le estaba hablando… Mejor dicho, le estaba gritando que no quería estar más bajo el cuerpo de escombro de Mateo, que estaba sucio, sudoroso y con cara de que haber acabado de herniarse por cuatro paladas de nada.

—¡Déjalo *yaaaaaaaaaaaaaaaaa*! —le gritó Begoña—. ¡Avisa a un médico! —le pidió a Mario, que estaba ligando con Elena de I+D.

Mateo intentó erguirse, pero no pudo… Lo único que le respondía era el cuello, que giró para gritar:

—¡Estoy *bieeeeeeeeeen*! —chilló Mateo, muerto de dolor.

Y cuando Begoña estaba a punto de decirle que dejara de hacer el canelo, se escuchó a Marcos decir:

—¡El tesoro está aquí!

Y para liberar cuanto antes al grupo de ese disparate, cavó hasta dar con las piedras, las retiró, sacó el tesoro y el personal rompió a aplaudir agradecido de que esa patochada hubiera terminado.

Luego, Marcos se acercó a Mateo y le ofreció su brazo para que se tumbara. Lo puso en posición fetal, le colocó una toalla enrollada bajo el cuello a modo de almohada y le cogió la sombrilla a la familia de Gonzalo, el director comercial, que estaba haciendo el cafre en el agua, y la trinchó junto a Mateo para que estuviera en la sombra.

Y Begoña, al presenciar la patética escena, solo pudo pensar en que los abuelos de la excursión estaban en mejor forma que él.

Luego, tras el percance, Mario decidió que la siguiente actividad fuera algo más tranquilo y creativo, y propuso componer y cantar juntos una canción pirata.

Las caras de espanto fueron generalizadas. La plantilla suplicó a Lis que se inventara algo para pasar rápido a la siguiente actividad y a estar, a las dos de la tarde, zampando fresquitos en el comedor del hotel, que tenía un bufé increíble.

Lis, agradecida por la confianza que sus compañeros depositaban en su creatividad, agarró el cubo y la pala de Robertito, el hijo de Roberto, del departamento de Mantenimiento. Con ellos improvisó un tambor, y cantó:

Bum. Bum. Bum…

Dame un mojito,

Dame sol,
Dame una hamaca,
Dame amooooooooooooooooool…

Todos aplaudieron eufóricos, como si acabara de componer una sinfonía que ni Beethoven. Y cuando parecía que aquello no podía superarse, llegó la siguiente actividad: una carrera de relevos como cangrejos. O sea, de espaldas y en cuclillas, en las que el relevo era un coco que había que pasarse con el cuello.

El *coach* dividió al personal en equipos: Piña, Melón, Sandía, Mango, Aguacate… y explicó que así iban a fomentar la coordinación, la confianza mutua y la capacidad para salir de la zona de confort.

Mateo, tirando de pundonor, salió de la zona de confort en la que se había apalancado bajo la sombrilla y se lanzó a hacer la prueba a gatas, liderando el equipo Aguacate… que terminó el último.

Y él acabó fuera de la zona de juegos, porque le dio otro latigazo…

Tuvieron que cogerle entre dos y dejarlo a la sombra, tirado en una hamaca, mientras él no paraba de gritar que estaba bien y que no necesitaba ayuda.

El equipo que ganó fue el Piña, el liderado por Lis y Marcos, que hicieron la prueba con una tal conexión que hasta parecía coreografiada. Se entendían solo con mirarse, y lo suyo era tan eléctrico que bastó con pasarse un coco con el cuello para que las chispas saltaran.

Al contrario que Begoña y Mateo, que no solo no se entendían, sino que ella tenía más ojos para Frozen, que se pasó la carrera de cangrejos haciendo sentadillas profundas contemplando el horizonte con la mirada perdida.

Y después de esa prueba, llegó la última actividad antes de comer: un circuito en kayak por parejas, en el que quien iba delante tenía que vendarse los ojos e ir guiado por el de atrás para recoger objetos colocados junto a boyas flotantes.

Con esa actividad se suponía que se trabajaban la coordinación, la comunicación bajo presión, la resolución de problemas en

situaciones complicadas, la paciencia, la flexibilidad, la adaptación al cambio y al caos…

Mateo, una vez más, se empeñó en participar a pesar de que iba arrastrándose de dolor.

Se subió con Begoña al kayak, se vendó los ojos… y tardó tres segundos en tambalearse, caer, y salir del agua hasta arriba de algas.

Lis y Marcos les adelantaron. Y como si llevaran toda la vida haciendo eso, fueron recogiendo uno a uno los objetos hasta ser los primeros en completar el circuito.

Luego, ella le quitó la venda… y se besaron como si no hubiera un mañana.

Mientras tanto, Mateo seguía intentando llegar a la primera boya, después de caer al agua veinte veces y subir al kayak, cada vez más quemado, frustrado y torpe.

Y Begoña ya no pudo más.

Una vez más, quedaron los últimos.

Para su horror, los adelantó hasta Emiliano Frutos, que estaba a punto de jubilarse y cuyo único ejercicio diario era apretar el mando a distancia de la tele.

Llegados a ese punto, Begoña se preguntó qué narices hacía con el rey de la posidonia.

Porque Mateo tenía algas hasta en los dientes, y no hacía otra cosa más que caerse al agua una y otra vez, frustrarse, cabrearse y hacer el ridículo de su vida.

Mientras a poca distancia de ellos, Frozen nadaba con un estilo impecable… y estaba que se moría de amor por ella.

Se lo había confesado el mismo día que en que rompió con su novia, porque la noche de Fabrik, al verla con otro, se percató de que a quien amaba era a ella: a su hermanita, a su amiga del alma… a su verdadero amor.

Y ahí estaba.

Luchando por ella como un campeón, mientras su novio perdía el control, hacía el ridículo, era torpe, no tenía carisma, no valía para remar, ni para liderar… ni para follarla como ella se merecía.

Y ya no lo dudó. Había estado días dándole vueltas al asunto, pero ya era demasiado lo que tenía acumulado y que se podía resumir en una palabra: decepción. Una decepción que era total y en todos los ámbitos.

Así que, cuando terminaron el maldito circuito y se bajaron del kayak, lo llevó aparte y le dijo a Mateo:

—No eres la persona que creía.

—Nunca te dije que se me diera bien esto de remar —se defendió Mateo, sin olerse hasta qué punto estaba decepcionada.

—Ni remar ni nada, porque lo único que has hecho es el ridículo.

—El ridículo compartido afianza los vínculos —comentó él, muy en su papel de director de Recursos Humanos.

—¿Compartido? —repuso Begoña, lanzándole una mirada de desprecio, porque ya no podía parecerle más patético—. Aquí el único que ha hecho el ridículo eres tú. Cayéndote y otra vez de la barca, sin escuchar nada de lo que te decía. Eres tan arrogante…

—Estaba nervioso, y con las olas no escuchaba bien lo que decías —se excusó Mateo, batiendo las manos.

—No sabes escuchar. Cuando te cuento mis cosas, estás en tu mundo. Como si lo mío no importara. Como si solo tú tuvieras problemas, dolores o días de mierda.

—He estado nervioso preparando estas jornadas…

Begoña bufó y le aclaró, para que supiera bien lo que había estado haciendo esos días:

—Has estado nervioso preparando una excursión en autobús que parecía una verbena de barrio, poniéndonos a buscar un tesoro como si estuviéramos en un parque de bolas con cinco años, y escribiendo los putos valores de la empresa en los cocos con tu rotulador blanco…

—He estado nervioso porque al jefe de Recursos Humanos le toca liderar la cultura de la empresa.

—Ja, ja, ja, ja. ¿Liderar… tú? —inquirió Begoña, enarcando una ceja con desdén—. ¿Cómo vas a liderar personas si no puedes liderar ni una carrera de cangrejos? Perdona, el líder es Marcos, que te da mil vueltas en todo… ¡Menudo ojo que ha tenido Lisi…!

A Mateo se le descompuso el semblante y, con la voz temblorosa, habló:

—No entiendo esto que me estás haciendo, Bego. Ralla en la crueldad…

—Te tenían tan idealizado… Y te has caído del pedestal. Llevaba semanas dándome cuenta de cosas que pensaba que solo eran *beige flags*, pero el remate ha sido esta jornada, que ha dejado en evidencia cómo eres realmente. ¡Te ha dado un ataque de lumbago de pura soberbia!

—Quería dar lo mejor de mí —dijo Mateo, sin entender cómo Begoña no podía verlo.

Y Begoña le mostró, sin filtro, cómo le veía exactamente:

—Eres arrogante, egocéntrico, colérico, mediocre… Y mira que te he dicho que no te subieras al kayak, pero como quien oye llover. Y luego, a tu puta bola… Te pedía que giraras a la derecha, y ni caso. Intentaba ayudarte a salir del agua… y te molestabas. ¡Uf! ¡Eres una *red flag* con piernas y, por cierto, tampoco me gusta cómo caminas, con los hombros cargados y arrastrando los pies!

—Soy el mismo del que te enamoraste. Y me negaba a aceptar tu ayuda porque no quería que te estropearas las cervicales. El seguro no cubre esta actividad… —explicó él, todo sensatez y racionalidad.

—No puedo estar con alguien que no está dispuesto a crecer ni a cambiar. Necesito a mi lado a un hombre que me haga soñar en grande y no que se ponga a hacer carreras de cangrejo como si fuera un perro con artrosis. ¡Has perdido todo mi respeto y mi admiración! Ese que merece aquella persona que está esperando por mí… —dijo señalando con la cabeza a Frozen, que acaba de salir del agua.

Y, entonces, por fin, Mateo se percató de lo que estaba pasando:

—¿Me estás dejando?

—Ya te he dejado…

Begoña corrió para fundirse en un abrazo con su verdadero amor, y Mateo a presentar su carta de dimisión porque… ¿cómo iba a estar en una oficina en la que tenía una ex en Innovación y otra en Contabilidad?

Así que se fue hasta la hamaca donde había dejado sus cosas, cogió el teléfono móvil, escribió la carta de renuncia y se la envió a Marcos, con la convicción de que —como había demostrado cayéndose ochenta veces del kayak— el verdadero talento no era remar ni mantenerse a flote, sino saber cuándo bajarse del barco…

Capítulo 20

Después de las actividades de la tarde y de la cena con las familias, Lis y Marcos se fueron paseando hasta su lugar favorito, aquel donde se despidieron aquella vez…

No habían planeado nada. Simplemente, sucedió.

Se pusieron a caminar y terminaron sentados en las rocas, con la brisa jugando con el cabello ondulado y rojo de Lis, pero esta vez con todo el verano por delante.

Como hacía doce años, las olas rompían a pocos metros frente a ellos, bajo un cielo infinito cuajado de estrellas.

Pero en esta ocasión, Marcos miró al horizonte —donde el cielo se fundía con el mar— y encontró en esa oscuridad el empuje para decir:

—No quiero que esta noche termine —confesó, mirándola de una manera que hizo suspirar a Lis.

Él estaba guapísimo esa noche. Tenía un aire tan relajado como irresistiblemente arrebatador, con la camiseta blanca, los pantalones vaqueros y el bronceado de haber estado el día entero en la playa.

Y las palabras que acaba de pronunciar le trajeron a Lis demasiados recuerdos, pero se escudó en una sonrisa y bromeó:

—Lo que quería que acabara era el *team building*…

—¡Qué desastre! —exclamó Marcos, alzando las cejas.

—La cena ha estado genial con los niños y los perros correteando entre las sillas, los vasos volcados, las servilletas volando…

—Me he pasado la cena con los pies en alto —dijo Marcos, risueño.

—Los niños de Violeta me han quitado las zapatillas y se han puesto a hacer carreras de barcos con ellas —comentó Lis, divertida.

—Emilio Arias no paraba de repetirle a su abuela que esa cena le había reafirmado en su decisión de no tener hijos… ni perros. Decía que no había venido al mundo para vivir en una película de catástrofes naturales.

Lis soltó una carcajada, luego le miró y, sin dejar de sonreír, aseguró:

—Pues yo, después del desmadre de la *Family Weekend,* tengo más claro todavía que quiero hijos y perros.

—¿Estás segura? ¿Después de esto? —inquirió Marcos, con el ceño fruncido.

—Me mola. Me muevo bien en el desastre y el caos.

—Y la destrucción… porque han dejado aquello como si hubiera pasado un tornado de nivel 1.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Lo quiero todo en mi vida! —exclamó Lis, sin la menor duda—Los niños, los perros, el desastre…

Marcos le clavó la mirada. Pensó que esa noche estaba guapísima, que el vestido de lentejuelas rojo le hacía brillar más todavía, y sintió que no podía estar más enamorado de ella. Y, con la misma certeza con la que sabía que quería todo a su lado, dijo:

—Pues yo también lo quiero…

Y había tanta verdad en su mirada que Lis se puso un poco nerviosa y decidió seguir hablando de la cena:

—Aunque para desastre… el de los familiares disfrazados de pollos cantando los éxitos de Bad Bunny.

—¿Y qué me dices del momento en que he entregado el premio Huevo de Oro al ganador del concurso y todos hemos cantado *Yonaguni*? ¡Qué rabia me ha dado estar sin batería en el móvil y no haberlo podido grabar! —lamentó Marcos, chasqueando la lengua.

—Tranquilo, que lo ha grabado mucha gente —repuso Lis, muerta de risa al recordar el momento.

Marcos también se rio y luego le contó a Lis algo no sabía:

—Todo el mundo se tronchaba de la risa, menos Mateo que estaba sentado a mi lado y que no ha dejado de recordarme mientras tenía lugar ese despropósito, con orgullo y muy serio, que así se reforzaba la cultura organizacional, se aumentaba el sentido de pertenencia, se fomentaba el trabajo en equipo, se fortalecía el clima laboral, se creaban recuerdos memorables…

—Ja, ja, ja, ja. ¡Sobre todo eso! Jamás vamos a olvidar el perreo de cuclillas de Raúl de Finanzas disfrazado de pollo dorado, con gafas oscuras, cadenas y pico enorme, mientras cantaba *Titi me preguntó* con actitud de gallo alfa… ¡Ha sido tan memorable que se

ha ganado el mote de Raúl, el Pollazo! —exclamó Lis, sin parar de reír.

—La gente lloraba de risa…

—Y tanto… Había gente tirada en el suelo…

—Y Mateo tan serio, cruzado de brazos, con cara de misión cumplida… Esto… ¡es cultura organizacional sana! —exclamó Marcos, imitando el gesto y el tono de voz.

—Ja, ja, ja, ja.

—Menos mal que ha presentado la renuncia, porque dice que dos ex ya son demasiadas en la oficina y puede afectar al clima organizacional y a la dinámica laboral —habló Marcos, que nuevamente imitó a Mateo y lo hacía tan bien que Lis se tronchaba.

—Ja, ja, ja, ja.

—Me ha hecho el favor de no tener que despedirlo —masculló Marcos, encogiéndose de hombros.

—¡Qué *team building*… ha sido épico! —exclamó Lis, retirándose las lágrimas con la yema de los dedos.

—Él cree que la empresa va a sentir mucho su marcha.

—Desde luego… —ironizó Lis, asintiendo con cara de guasa—. Sin él los *team building* no serán tan divertidos.

Entonces, Marcos dejó de sonreír, la miró con intensidad y su tono cambió cuando dijo:

—De quien no podemos prescindir es de ti.

—¿De mí? —farfulló Lis, sintiendo un cosquilleo por el cuello.

—*NoEstoyPaTi*, la *app* que ideaste para superar rupturas, se ha metido en menos de una semana en el top 3 de descargas. Tiene reseñas increíbles, hay gente que dice que le ha cambiado la vida, que es como tener una amiga en el bolso… —aseguró Marcos, con una mezcla de orgullo, asombro y admiración.

—La idea se me ocurrió cuando me pasó lo de Mateo: una *app* con bloqueo a tu ex, *playlis*t, frases motivacionales, *coach* emocional…

—Es una idea genial. ¡Y un exitazo! No puedo prescindir de ti. Y te quiero en el equipo y… en mi vida —afirmó Marcos, como jefe decidido y como hombre que sabía que estaba locamente enamorado.

Lis sintió que el corazón se le iba a salir por la garganta y preguntó, convencida de que iba a quedarse sin respiración como él siguiera mirándola con esa cara de flipado:

—¿En tu vida?

Marcos la miró con determinación, con amor y con deseo, y respondió sin más rodeos, porque ya no soportaba ni un segundo más sin pronunciar esas palabras que le quemaban en los labios:

—Te quiero.

Lis pensó que Marcos estaba repitiendo la frase que había pronunciado antes, y lo interrumpió para acabarla ella:

—En tu equipo y…

Sin embargó, él la miró de una manera que Lis se derritió, y repitió:

—Te quiero, Lis.

Lis parpadeó, sintiendo que su cabeza le iba a mil y que el corazón le latía tan fuerte que seguro podían oírlo desde el hotel. Y, después, replicó con un montón de palabras enredadas en la garganta:

—¿Qué?

Él le sostuvo la mirada aún más intensamente y habló con ese tono grave que solo usaba cuando algo le importaba de verdad:

—Te amo. Y no puedo seguir fingiendo que no es así, cuando nunca he dejado de hacerlo… Incluso cuando pensaba que me habías hecho *ghosting*, te seguí amando. Luego, vinieron otras chicas… pero a ninguna llegué a amarla como a ti.

Lis sabía bien de lo que hablaba Marcos, porque a ella le había pasado lo mismo, y confesó llevándose la mano al pecho:

—Lo que vivimos en esta playa fue tan intenso y profundo que siempre ha permanecido imborrable dentro de mí. Y nadie ha igualado lo que sentí por ti…

—Lo pasé tan mal cuando te perdí —reconoció Marcos, con un nudo en la garganta de solo recordarlo—, que tenía mucho miedo de volver a perderte… y no ser capaz de soportarlo. No quería correr riesgos, no quería volver a sufrir. Y una relación sin etiquetas, como la que me planteaste, me venía bien. Me sentía cómodo, en un espacio sin presiones, en el que estaba tranquilo. Pero los «te quiero» enseguida empezaron a quedárseme atorados en la

garganta, y todos los sueños y todos los planes que me gustaría cumplir contigo tenía que guardarlos cada día en un cajón. Y lo que pasó fue que esa comodidad dejó de ser un espacio seguro y empezó a ser más bien una cárcel. Porque quería más… —aseguró Marcos, mirándola con los ojos muy brillantes mientras ella escuchaba con el cuerpo estremecido. Sentía que las palabras le llegaban antes a la fibra sensible que a la mente, como si esa verdad hubiera sido reconocida por su cuerpo incluso antes de entenderla. Y él siguió sincerándose—: Y mi abuela me dijo algo que me hizo pensar mucho: que se pierde cuando no se intenta… y que no se puede huir de lo que el corazón ya ha decidido. Y tenía razón. El verdadero riesgo es no apostar por lo que se ama. Y para amar hay que ser valiente y dar un salto al vacío… Y yo quiero amarte, Lis —aseguró, rotundo. Como si lo que acabara de decir no fuera un arrebato ni un momento de debilidad, sino una decisión más que pensada—. Quiero casarme contigo. Quiero un futuro juntos. Quiero tener niños y perros que siembren el caos y la destrucción a su paso… —Y luego bajó un poco la voz y dijo con calma, como si antes de pronunciar esas palabras las hubiera repetido un montón de veces en su cabeza—: Y entiendo que estás en un momento en que necesitas tiempo, pero debo ser honesto con mis sentimientos. Y quiero que sepas que mi deseo es amarte, comprometerme… y construir una vida contigo.

Lis sintió todas y cada una de esas palabras que se le metieron muy dentro. Lo miró, muy emocionada, y confirmó lo que lleva días dándose cuenta en silencio.

Que sí, que necesitaba más tiempo…

Pero para estar con él.

Los fines de semana se le hacían demasiado cortos. Quería más tiempo, más risas, más rutinas y más caos.

Lo quería todo con él.

Porque le amaba.

Le amaba con todo su corazón.

Y, como él, jamás había dejado de hacerlo.

Marcos era su amor.

Su gran amor. Profundo. Verdadero.

El que un día perdió.

Pero que había vuelto… justo cuando estaba lista.

Porque así se sentía ya.

Preparada para todo.

Con él.

Y solo con él.

Y ya solo quería amarlo.

Pero no como antes. Sino muchísimo mejor todavía…

Entonces, Lis sonrió. Y cuando estaba a punto de decirle todo eso… sonó su teléfono móvil.

Era Ava.

Y en ese justo instante se percató de que tenía un montón de wasaps que decían…

AVA:

Liiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiis, tíaaaaaaaaaaaaaa, Liiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiis.

Lo que ha pasadooooooooooooooo.

Tíaaaaaaaaaaaaaa.

Tenemos que hablar…

Cuando puedas… Llamaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.

Aaaaaaaaaaaaaaaaay, Lisssssssssssssss.

Me mueroooooooooooooooo, Liiiiiiiiiiiiiiiiis.

Y al leer aquello, Lis se puso tan nerviosa que le dijo a Marcos:

—Es Ava. Tengo que coger la llamada. Me ha escrito un montón de wasaps…

—¿Está bien? —preguntó él, preocupado al verla tan alterada.

—Me pide que la llame cuando pueda, pero en el último mensaje dice que se muere. Y me está llamando…

—¡Cógelo! —le ordenó Marcos, más preocupado todavía.

—Está fatal. Ya sabes que no levanta cabeza desde que pasó lo de Christian…

—¡Habla con ella! —insistió Marcos, para saber qué estaba pasando.

Lis soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y, con la respiración acelerada, le dijo:

—Me alejo unos pasos para hablar con tranquilidad…

—Perfecto. Te espero aquí… Y no solo hoy… Siempre voy a esperarte…

Lis suspiró y le dijo «te quiero» con una sonrisa que a Marcos le desarmó. Luego, descolgó el teléfono…

Y se fue caminando hacia las casas que quedaban detrás…

—Ava… ¿estás bien?

—¡No te puedes imaginar lo que ha ocurrido! —exclamó Ava, en un tono que parecía que estuviera en una nube, rebosante de alegría.

—¿Algo bueno? —inquirió Lis, por si acaso no había decodificado bien.

Y Ava le confirmó más eufórica todavía…

—¡Me he besado con Christian!

—¿*Queeeeeeeeeeeeeeeeeeeeé*?

—¡No me lo creo todavía! Y te he llamado porque, si no te lo cuento, siento que me lo estoy inventando, que ha sido un sueño… ¡Pero te juro que ha sido mejor que en mis sueños! ¿Interrumpo algo?

—Marcos se me acababa de declarar —respondió Lis, como si fuera lo más normal del mundo—. Quiere que tengamos niños y perros que siembren el caos a su paso. Y justo cuando iba a decirle que quiero lo mismo, ha entrado tu llamada.

—*Tíaaaaaaaaaaaaaaaaaa*, ¿por qué me has aceptado la llamada? —replicó Ava, para que Lis colgara y volviera retomar lo que había dejado a medias.

—Porque he visto tus mensajes y estaba preocupada… Así que he dejado el «te quiero» pendiente, aunque se lo he sugerido con una sonrisa que ha dicho más que mil palabras.

—¡Cuelga y vuelve corriendo con él! ¿Dónde se te ha declarado?

—Estábamos en las rocas donde nos despedimos hace doce años… —dijo Lis mientras subía una calle empinada—. Pero esta vez sin despedidas… solo cerrando el círculo.

—¡Y voy yo y te llamo! —exclamó Ava, lamentando la inoportunidad de su llamada.

—Tengo toda la vida por delante para decirle que le amo.

—*Tíaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa*, qué *fuerteeeeeeeeeeeeeee*. ¡Apolo lo sabía! —exclamó Ava, pletórica.

—¡Y lo tuyo también!

—Te lo cuento luego, vuelve con él…

—Cuenta ahora, me he venido a una zona de casas que no conozco y estoy caminando. ¡Cuenta, que necesitas soltarlo… y yo necesito saber! —le pidió Lis.

—¡Pues sí que lo necesito, la verdad! —exclamó Ava, agradecida tras un suspiro—. Seré rápida. Resulta que acababa de llegar del curro y he escuchado el timbre. He mirado por la mirilla y era él, con una cara que no he sabido descifrar. ¿Estaba enfadado, contento, esperanzado, confundido…? Ni idea. Pero he sentido de todo. Alegría de que tocara a mi puerta, miedo a no saber qué decir, ganas de saltar a su cuello, ganas de huir… Y me he quedado bloqueada. Estaba ante la puerta sin saber qué hacer, pero Apolo ha saltado, ha bajado la manilla con la pata, el picaporte ha cedido y no me ha quedado más remedio que abrir. ¡Flipante!

—Ja, ja, ja, ja. No sé de qué extrañas. Él sabe abrir puertas, y ésta la ha abierto porque sabía que era importante dejar pasar al amor.

—¡Pero si ves qué pintas tenía…! —exclamó Ava, mientras Lis giraba por otra calle de casa blancas preciosas—. Estaba con una camiseta raída, en bragas y con pelo recogido en una coleta torcida… Nada más abrir, con una vergüenza tremenda, le he dicho sin atreverme a mirarle a los ojos: «Es mejor que te vayas…». No quería que me viera con esas pintas, ni tenía fuerzas para explicarle por qué me morreé con su amigo ni para mostrarle mi puto desastre emocional. Pero Apolo se ha puesto a darme tarascadas, como para que no siguiera por ahí, y entonces ha hablado Christian. Y me ha dicho que se le había caído una camiseta mientras la tendía y que estaba colgando de mi cuerda… ¡Qué corte!

—Ja, ja, ja, ja.

—Le he dicho que pasara y me esperara en el recibimiento. Ha entrado en casa, ha cerrado la puerta tras él y, cuando estábamos frente a frente, Apolo se me ha enroscado en los tobillos y ha empezado a empujarme hacia él…

—Me *partooooooooooo* —gritó Lis, tronchada de imaginarse la escena.

—Primero con disimulo, luego descaradamente… He trastabillado y he acabado pegada a Christian… Y entonces le he mirado a los ojos y no he visto otra cosa más que amor.

—Ava, por favor, tengo los pelos de punta… —musitó Lis, acariciándose la piel del brazo con la mano.

—Tía, había tanto amor… que se me han caído dos lagrimones por el rostro y he empezado a hablar. Las palabras salían a borbotones… No podía dejar de hacerlo. Hablar sin parar, con todo: con las palabras, con las manos, con la mirada, con el cuerpo… Y lo primero que le he confesado ha sido que él me gusta, pero que me asusté. Los ojos de él se han humedecido, y luego ha seguido escuchándome entre enamorado y feliz… pero aún sin creerse del todo que lo acababa de escuchar fuera cierto. Y le he contado que es un tío tan increíble que me entró miedo… y que siempre me he colgado de chungos porque tengo el trauma de mi padre, y no puedo confiar en que me quieran de verdad. Con mi padre aprendí que el amor era que me mintiera o que siempre se estuviera yendo. Y llegué a creerme que no merecía ni que me eligieran ni que se quedaran. Así que cuando me percaté de que con él podía tener algo bonito, me asusté y lo saboteé por puro miedo a sufrir cuando se acabara. Y no se me ocurrió mejor cosa para estropearlo todo que besar al amigo. Y, desde entonces, me siento fatal, culpable y rota. Luego, le he perdido perdón. Le he dicho que actué así por miedo… y que entendía perfectamente si no quería saber nada más de mí.

—Pero sí que quiere saber… —dijo Lis, muy feliz por ella.

—Más que eso. Me ha confesado que ha tirado la camiseta a mi cuerda porque no ha encontrado mejor excusa para hablarme.

—Pobre… —masculló Lis.

—Lo ha pasado fatal. Y me ha dicho que sabía que yo había actuado de esa manera por miedo.

—¡Qué mono! —musitó Lis, convencida de que el vecino era perfecto para su amiga.

—No sabía cómo acercarse a mí, quería respetar mis tiempos y, al final, ha optado por tirar la camiseta porque no podía más. Luego, ha sacado un papel del bolsillo trasero del pantalón vaquero y me ha leído una cosa que te voy a leer a ti…

Lis abrió mucho los ojos y, con una emoción tremenda, reconoció:

—¡Ay, Dios, estoy de los nervios!

—Esto lo escribió antes de que yo le explicara lo que me había pasado… y dice: «Quiero mi vida contigo. Con todo. Con tus ganas de huir y con tus ganas de quedarte. Con lo bueno, con tus miedos, con tus rarezas, con tus errores… No voy a mentir ni a desaparecer. No soy como él. Yo te elijo. Y quiero quedarme. Siempre… Si tú quieres…».

Ava rompió a llorar tras leer la nota, y Lis no estaba mucho mejor mientras se adentraba por otra calle…

—¡Qué bonito, Ava! Estoy emocionada…

—Pues tenías que haber visto cómo me ha mirado después de leer la nota. Me he quedado sin palabras. Alucinaba. Me ha elegido como soy. No he tenido que hacer nada para merecer que se quede conmigo, ni convencerlo, ni impresionarlo, ni arrastrarme… Solo ser yo. Y esta vez no he sentido vértigo, ni ganas de estropearlo todo antes de salir huyendo. Tan solo he sentido amor —reconoció Ava, enjugándose las lágrimas con la yema de los dedos—. Y le he besado, luego él me ha cogido en sus brazos, me ha llevado a su casa y ha sido tan bonito que necesitaba contártelo para terminármelo de creer.

—¡Créetelo porque te lo mereces! —exclamó Lis, retirándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Hoy trabajaba de noche, se ha ido hace un rato. Estoy en mi casa ya, tumbada en la cama y con Apolo enroscado a los pies, mirándome con orgullo felino. Supongo que por haber movido con éxito sus hilos y porque he sido valiente…

—Pues yo estoy igual, tendrías que verme… Estoy feliz y con una sonrisa enorme porque sé lo que te has costado llegar hasta ahí, pero al final has elegido amar a un hombre que realmente te merece.

Y tras decir esto, se escuchó un maullido, porque Apolo estaba absolutamente de acuerdo con Lis.

—Y yo estoy igual de feliz por ti y por Marcos… ¡Y vete de una vez a decirle que tú también quieres tener hijos y perros destructores!

Lis entonces se percató de que se había puesto a andar por unas calles que no había pisado en su vida y estaba completamente perdida.

—Ay, madre… —farfulló Lis, agobiada.

—No te angusties, porque te lo vas a pasar genial con esos buenos trastos.

—Me agobio porque me he perdido —dijo Lis, mirando en todas direcciones, atrapada en lo que para ella era un laberinto—. En vez de irme a caminar por la playa, que era línea recta y sin pérdida, me he metido por unas calles… ¡y no sé dónde estoy!

—Llámalo.

—No tiene batería —susurró Lis, con un hilillo de voz, por culpa de la ansiedad que le estaba entrando.

—Dile a Siri que te lleve a la playa.

—Me voy a liar —aseguró Lis, con la cara desencajada—. Y voy a acabar más lejos todavía… Ay, Dios… No voy a saber volver y se va a pensar que no siento lo mismo que él, que me he puesto a procesar lo que me ha dicho y me he echado para atrás, que no es el momento… o que le estoy haciendo *ghosting*. Se le van a venir encima los fantasmas del pasado, se va a pensar que he vuelto a desaparecer y…

Justo cuando Lis estaba a punto de echarse a llorar, lo vio. Venía caminando desde el fondo de la calle. Y sintió que el corazón le iba a explotar…

—¿Qué pasa, Lis? ¿Por qué te has callado? —preguntó Ava, muy preocupada.

—Acabo de ver a Marcos —dijo Lis, sin poder creer aún lo que estaban viendo sus ojos.

—¡Corre y dile que quieres lo mismo que él! Pero díselo *yaaaaaaaaaaaaa*…

Y tras decir esto, Apolo volvió a maullar, totalmente de acuerdo con su ama.

—Vale… ¡Allá que voy! —gritó Lis.

Se despidió de Ava, colgó el teléfono y echó a correr hasta los brazos de Marcos como si fuera la carrera más importante de su vida.

Él la recibió sin sorpresa, demostrando que era cierto que iba a estar ahí para esperarla siempre. Y Lis le besó con todo su corazón…

—¡Te quiero! —gritó después del beso, jadeando y temblorosa.

—¡Y yo, Lis! —exclamó él, abrazándola fuerte.

—Me he perdido —confesó Lis, mordiéndose el labio inferior.

—Me lo he imaginado. Por eso he venido a buscarte —dijo él con una sonrisa enorme.

—Tenía miedo de que pensaras que te estaba haciendo *ghosting* otra vez.

Marcos negó con la cabeza y habló para que se quedara tranquila:

—Sé que no me hiciste *ghosting*. Ni antes, ni ahora. Además, Mateo me contó el otro día que volviste más veces a nuestra playa…

—Te busqué por todas partes… y regresé un montón de veces al lugar donde le pusiste mi nombre a una estrella. Pero nunca estabas —exclamó Lis, con un nudo en el estómago de recordar lo mal que lo pasó.

—No fui capaz de volver a un lugar que me iba a traer tantos recuerdos… No quería enfrentarme a lo que había perdido ni a ese vacío tan grande de estar sin ti.

Lis suspiró. Sonrió porque estaban juntos, abrazados y felices, y replicó:

—Pero ya estoy aquí… A veces me pierdo, pero estoy. Y voy a estar siempre. Porque no necesito más tiempo…

—¿Ya no? —preguntó Marcos que, de pronto, sintió que le daba un vuelco al corazón.

—No. ¿Y sabes por qué? —musitó Lis.

—Dímelo tú —respondió Marcos, con el corazón retumbándole en las sienes, porque jamás había sentido algo así. Ni siquiera ante los mayores desafíos de su vida.

Esto era otra cosa. Esto era Lis, que habló con el corazón en la mano:

—Porque este es el momento justo para estar contigo y el momento perfecto para amarte…

Marcos la miró con los ojos brillantes y, sin decir nada, como si aún le costara creer que aquello fuera verdad, sonrió lentamente y masculló:

—Por fin…

Y ya no pudieron contenerse más y se dieron un beso espectacular.

Después, Lis musitó, feliz como no recordaba:

—Pues sí. Ya hemos esperado demasiado…

EPÍLOGO

Seis años después, Lis y Marcos volvieron a sentarse en las rocas y, como siempre, les dio igual fueran incómodas.

El cielo empezaba a pespuntearse de estrellas, la brisa movía la melena roja de Lis y las olas rompían bajo sus pies descalzos.

Otra vez estaban frente al mar infinito y oscuro donde había empezado todo, pero esta vez había algo distinto.

Ambos lucían un anillo en el anular que, en ese lugar, parecía brillar más todavía. Y era mucho más que un símbolo.

Era una historia que hablaba de aquellos días en que fingieron ser novios y la abuela Rita les reservó fecha para casarse en su parroquia, porque, en cuanto los vio entrar por la puerta, supo que aquello solo podía acabar así.

Y poco después de la boda, llegó él…

El que tenía a bisabuela loca de amor, porque nadie la hacía reír como Martín.

Y Martín adoraba a su *bisa*, porque, para las trastadas, ella era peor que él.

Aquel día, Martín devoraba una tarrina de helado de fresa, sentado entre sus padres, con la cara cubierta de helado y las manos pegajosas.

Y, de repente, al preguntarle algo a su padre, le manchó sin querer la camiseta blanca con un gotón de helado rosa.

—¡Oh, no! —exclamó Martín, señalando la gota rosa con cara de que la había liado otra vez.

Marcos miró la mancha con resignación y le dijo a su hijo revolviéndole el pelo:

—No pasa nada. Es una maldición familiar.

—No es una maldición. Es una tradición —le corrigió Lis mientras sacaba un clínex del bolso—. Los Suárez manchamos a quienes amamos. ¿O qué fue lo primero que hizo mi padre cuando vio a Martín? ¡Alzó su vaso de zumo de naranja para brindar como abuelo orgulloso y derramó un poco en el babero recién estrenado de Martín!

—Vale. No es una mancha. Es amor —farfulló Marcos, justo cuando Lis, al intentar limpiarla, la hizo más grande. Para variar.

Y Uli, el perro que adoptaron un poco antes de que llegara Martín —una mezcla de todo un poco, con las orejas caídas, cuerpo alargado, patas largas, pelo fosco y fuerte y mirada adorable—, y que medio dormitaba al lado de Lis, asintió con la cabeza como corroborando sus palabras. Aquello era amor...

Acto seguido, Martín se percató de algo y gritó, señalando el cielo con un dedo pegajoso de helado:

—¡Ahí hay una estrella muy *grandeeeeeeee*!

Lis y Marcos alzaron la cabeza y vieron que ahí estaba su estrella, brillando como ninguna, en mitad de un cielo precioso.

La misma que vieron años atrás, a la que Marcos le puso el nombre de Lis para que, cada vez que quisiera encontrarla, solo tuviera que mirar al cielo.

—¿Sabes que esa estrella se llama como mamá? —le comentó Lis.

Martín, impresionado, abrió la boca, al tiempo que Uli se estiraba entre las rocas y después levantaba la vista al cielo.

—¿Y por qué se llama como tú? —quiso saber el niño, arrugando la nariz.

—Porque la estrella es tan brillante como tu madre. Y porque no quería olvidarla —respondió Marcos, mirándola con la misma expresión que cuando tenía dieciocho años.

—¿Y tengo que pedirle un deseo? —preguntó Martín, sin dejar de contemplarla.

Marcos los miró —a Lis, a Martín y a Uli— y sintió que lo que habían construido no podía ser más perfecto, con todo su caos y toda su destrucción. Y le respondió a su hijo:

—Tú pide un deseo, si quieres...

—¿Y tú? —replicó Martín.

—Yo tengo todo lo que necesito —aseguró Marcos—. Y la estrella brilla para recordármelo.

Lis y Marcos se miraron sin decir nada, pero sabiendo que ese instante también lo iban a atesorar para siempre.

Aunque, de golpe, ese silencio tan mágico se rompió porque sonó el teléfono de Lis.

Y era Ava que, antes de llamar, había dejado unos cuantos mensajes…

AVA:
Tía, tíaaaaaaaaaaa, tíaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.
¡No me lo puedo creer!
¡No te lo vas a creer!
Estoy que me mueroooooooooooooo…

—Es Ava… Dice que se muere… —masculló Lis, preocupada.

—¿Ava se está muriendo, mamá? —preguntó Martín, con los ojos muy abiertos.

Ava llevaba con Christian desde el día que él dejó caer una camiseta a la cuerda para tener una excusa para volver a hablar con ella.

Estaban genial. Ava decía que nunca había sido tan feliz. Y él también.

Pero… la vida a veces daba giros inesperados. Y Lis solo esperaba que ese giro fuera para traer algo mejor todavía, así que le respondió a su hijo:

—De alegría. Supongo… —murmuró para sus adentros—. Voy a coger la llamada…

Pero justo cuando iba a aceptarla, Lis sintió cómo Marcos le agarraba del brazo con firmeza y luego le pidió:

—Quédate aquí quietecita, que te pierdes…

—Tranquilo, que no me voy a mover. Con la que hemos liado… si me pierdo, tiene que ser con todos vosotros —habló Lis, risueña.

—Que no sea nada lo de Ava —repuso Marcos, haciendo gestos con las manos para que cogiera la llamada.

—Eso espero —replicó Lis, que respondió a la llamada.

—Ava, ¿qué pasa? —preguntó intentando parecer calmada, pero había un matiz de preocupación en la voz.

—¿Te interrumpo? —quiso saber Ava, en un tono que Lis no supo descifrar.

—Estamos en las rocas…

—¿Prometiendo votos? —supuso Ava.

—No exactamente, pero sí. Acabo de decirle a Marcos que, si me pierdo, tiene que ser con él, con Martín y con Uli.

—¡Qué bonito, tía! —exclamó Ava, feliz por ellos—. ¡De nuevo interrumpo un momento memorable!

—Pero seguro que es para algo importante… —afirmó Lis, que estaba ansiosa por escuchar lo que tuviera que contarle.

—Lo es —aseguró Ava, rotunda—. Te he llamado porque Christian acaba de marcharse a trabajar y, una vez más, te elijo como testigo oficial para que valides la realidad…

—¿Qué realidad? —inquirió Lis, hablando atropelladamente por los nervios.

—¿Te acuerdas que ayer te dije que me sentía muy cansada, que estaba revuelta y que…?

Ava no pudo terminar, porque Lis la interrumpió. No necesitaba más explicaciones para saber lo que estaba pasando y gritó emocionada:

—¡*Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay*!

—¿Por qué gritas, mamá? —preguntó Martín, sin entender nada.

Lis miró a su hijo emocionada y respondió con el corazón a punto de estallar:

—Porque Ava va a tener un bebé.

—¡Ahora que lo escucho de tus labios empiezo a creerme que es verdad! —chilló Ava, desbordada de alegría, desde el otro lado del teléfono.

—¡Muchas felicidades, Ava! ¡Ese bebé no podría tener mejores padres! ¡Bienvenidos al club! —gritó Marcos, con la felicidad brillándole en la cara.

—*¡Felicidadesssssssssss*, Ava! —chilló Martín, muy contento.

Uli se sumó a la celebración ladrando, y desde el otro lado de la línea, Apolo replicó maullando.

—¡Felicidades a los dos! —exclamó Lis, en mitad de ese guirigay.

—¡Muchas gracias, familia! —habló Ava, acariciando el lomo de Apolo—. Acabamos de hacernos la prueba hace un rato. Me he tumbado de la impresión al ver el resultado, y Apolo, que lo sabe

todo, se ha venido directo a mi vientre y se ha acomodado encima… porque ya está protegiendo al nuevo miembro de su familia.

A Lis le emocionó mucho escuchar aquello y musitó:

—Estoy llorando de felicidad…

—Y yo, pero ya te dejo para que sigáis con lo vuestro. ¡Os quiero mucho! —dijo Ava, justo antes de despedirse.

—¡Y nosotros a ti! —replicó Lis, al tiempo que se enjugaba las lágrimas.

—¿Lloras porque eres feliz? —repitió Martín, que aún no terminaba de entender.

—¡Muy feliz! —exclamó Lis, sonriendo a su hijo de oreja a oreja. Luego miró a Marcos y le comentó, con ilusión y con entusiasmo—: Al final, todos hemos encontrado nuestro lugar…

Marcos la abrazó y Lis sintió que, en ese abrazo, estaba todo: lo que habían sido, lo que eran y lo quedaba por venir.

Y también que todo estaba donde debía estar… Y no porque fuera perfecto, porque nunca lo era. Sino porque todo lo que siempre había deseado estaba ahí, era real y era suyo.

Marcos.

Su hijo.

Su perro.

Y la estrella.

Todos juntos en el mismo sitio donde empezó todo.

Solo que ahora eran más… y mejores.

AGRADECIMIENTOS

¡Miles de gracias por acompañarme en esta aventura literaria!

Sin ti, nada de esto tendría sentido.

Espero de corazón que hayas disfrutado de la historia, que te haya hecho reír, emocionarte o soñar, tanto como a mí al escribirla.

Y ahora, si me permites pedirte un favor…

Si esta novela te ha gustado, te estaría infinitamente agradecida si pudieras dejar una reseña en Amazon.

Es algo muy importante para mí.

No hace falta que escribas una reseña larga o muy elaborada si no te apetece, con unas pocas palabras basta para ayudar a que más lectores descubran este libro… y a mí, para seguir escribiendo más historias como esta.

Tu opinión tiene un valor enorme.

Gracias por tu tiempo, tu apoyo, y por estar al otro lado de las páginas.

Seguiré escribiendo con todo mi corazón, para no decepcionarte.

Y ojalá nos volvamos a encontrar muy pronto… en la siguiente novela.

Un abrazo enorme,

Gema

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

https://www.amazon.es/Gema-Samaro/e/B00DXFAW7K/ref=dp_byline_cont_pop_ebooks_1

No estoy para flechas
Solo faltas tú
Aquí hay amor
El amor vive abajo
No estoy invitada
Me vienes fatal
Lo nuestro es imposible
Me enredas así
¿Tú qué crees?
Incluso el amor
No estoy para ti
Un desastre con patas
Por fin tú
Nada que ver contigo
Volver otra vez
Un momento perfecto
Mi mejor error
Tú y tus ideas
Ella dijo sí
No debería ser amor
Nuestro mágico destino
Eres lo mejor que tengo
Citronela
¡Ni se te ocurra!
Tenía que encontrarte
Lo hago por ti
Antes de que me eches de menos
Burbujas
Dale la vuelta
Magia inesperada
Mauks: Una bicicleta para dos

Beséame
Aunque no lo sepas
Cualquiera menos tú
Eres de otra galaxia
Mientras te esperaba
Como una luna en el agua
Vicky tiene un vestido
Sucederá lo que quieras que suceda
Entre las azucenas olvidado
La última línea del espejo
Navidad en Manhattan
Susana&Co
El hombre que encontró su casa
Brianda
El secreto de tu nombre

REDES SOCIALES

https://www.facebook.com/kaguface/

https://www.instagram.com/gemasamaro_autora/?hl=en

https://twitter.com/gemasamaro